

Las siete y veinte

IES Alcaria. Relatos con Clase 2021

BORRADOR

Nota: El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**



*Educación
Cultura
Talento
Solidaridad*

© 2021 mayo, 2021

© Dibujo portada: Gema Martínez Moreno

Licensed under a Creative Commons Reconocimiento-Compartir Igual 4.0
Internacional License. <https://creativecommons.org/>



Publicado por Gesernet S.L.

Depósito legal: SE 852-2021
Primera edición: mayo, 2021
Impreso en España

Gesernet S.L.

Autores:

Adriana Fernán Medrano
Ainhoa Gutiérrez Japón
Álvaro Ruiz Terriza
Amparo Infante Vázquez
Carla Arroyo Piñero
Carlos Romero Morales
Curro Viejo Carrabeo
Elia Llano López
Emma Miranda Caramé
Claudia Escacena Montero
Eva Álvarez Abad
Gema Galbarro López
Gema Martínez Moreno
Iana Miranda Caramé
Inés Frenández Quesada
Julia Caro Cobano
Lucía Romero Mijes
Lucía Silva Montero
Lucía T. Cantos Romero
Lucía Vélez Bizcocho
María Díez Márquez
Marta Rivas Costales
Nerea Román Lamas
Paula Moreno Carrabeo
Sofía Mendoza Albert
Yadira Prado Claudio

BIBLIADOR

Los primeros días de cada curso acordé con mi clase que les contaría una historia diez minutos antes de terminar la jornada si todos se portaban bien durante el día —escribió—. Todo alumno que no cumplía los requisitos se quedaba sin escuchar la historia y se le asignaba una tarea especial en otra aula. Esto resultó ser un incentivo muy bueno y la mayoría de los alumnos se portaba bien. . . . Las historias eran como una varita mágica.

Hermana Matthia

678 monjas y un científico

David Snowdon

BORRADOR

Prólogo

TU TIEMPO

El tiempo es la sustancia de que estoy hecho. El tiempo es un río que me arrebató, pero yo soy el río; es un tigre que me destroza, pero yo soy el tigre; es un fuego que me consume, pero yo soy el fuego.

Nueva refutación del tiempo, Jorge Luis Borges.

Una hormiga delgada, solitaria,
trepando por el tronco de un árbol.

El árbol de un marrón profundo, de grueso tronco,
con hendiduras entre la corteza.

El día gris, oscuro.

Solo el tronco, la áspera corteza y la hormiga,
mirando atrás, caminando hacia adelante.

Sola.

El proceso creativo es un camino dificultoso, solitario, plagado de orificios o túneles por los que te puedes perder. A veces, consigues salir adelante, retomar el sendero y llegar a la meta. Otras, te rindes antes de ver tu creación finalizada. El escritor, como la hormiga, debe ir trepando y esquivando los inconvenientes, acumulando todos sus esfuerzos para disfrutar, al final, del día soleado.

Los participantes han pasado por un proceso creativo intenso. Las primeras reacciones fueron de curiosidad. ¿Qué vamos a hacer? ¿Quién nos va a ayudar en el camino? ¿Realmente publicarán un libro? Ilusión e inquietud en sus miradas.

Fijamos la fecha de la reunión inicial y acudieron todos a la cita con puro interés y motivación. Algo que a veces escasea en nuestra labor docente. Se respiraba nerviosismo y ansias de creación. Ahí nació el título de nuestro libro, *Las siete y veinte*. Prefirieron tener libertad temática, pero respetar un hilo conductor, un motivo: una hora concreta en el reloj.

De esta forma, sin apenas reflexión consciente, introdujeron el tiempo en sus creaciones. El tiempo, tan deseado para todos. Nuestros alumnos decidieron ocupar parte de su tiempo en pensar, imaginar, crear, reflexionar, corregir, dudar, modificar, dejarse aconsejar, aprender a recibir críticas... En definitiva, determinaron aprender y madurar.

El tiempo, esa hora concreta del reloj, aparece de forma muy diversa en sus creaciones. Puede ser el recuerdo de una hora en el que te dieron una mala noticia, el momento en el que recibes el mensaje de un admirador, el nerviosismo de una cita, el instante en el que consigues parar el mundo, el encuentro bajo un cerezo, la muerte de un familiar, la posibilidad de volver a nacer... El tiempo marca la vida de los personajes de cada relato al igual que marca las vidas de nuestros alumnos y las nuestras propias.

Ellos decidieron utilizar el tiempo como motivo literario y ocupar su tiempo en crear literatura. Es de admirar que, dentro de la sociedad que nos envuelve, donde todo se consigue de forma inmediata, hayan preferido perder horas y horas en escribir palabras que expresen sentimientos, realidades soñadas, situaciones angustiosas, deseos inalcanzables, amores imposibles, muestras de valentía... en vez de ocuparlas en otros intereses más atractivos para estas edades. Han demostrado valentía en la elección: dedicar su tiempo a la literatura.

Sin embargo, no todos han conseguido ver realizada su ilusión inicial. Algunos han abandonado a lo largo del curso. A ellos, también hay que agradecerles su participación. En el proceso han descubierto que el esfuerzo, dedicación y sacrificio son necesarios para llegar al resultado deseado. Quizás, se perdieron en un túnel sin salida o no encontraron suficientes semillas para alimentar su creación. Solo espero que también les haya enriquecido este proyecto y que, en un futuro, puedan volver a retomar sus bocetos.

Con estas breves líneas solo pretendo darles las gracias a todos los alumnos que han empleado su tiempo en esta iniciativa. Gracias por elegir “consumir” parte de vuestro tiempo para hacer posible este libro. Gracias queridos alumnos.

Gracias a mi departamento de Lengua, al que tanto le debo. Gracias por el apoyo incondicional, la ayuda y

colaboración. Aunque estas palabras las firme yo, el trabajo ha sido de todos nosotros.

Gracias a las familias por confiar en sus hijos y en nosotros, que los secuestrábamos de sus clases y nos íbamos a charlar sobre lo que habían escrito.

Gracias al equipo directivo y a mi director, Juan Antonio Martín, que siempre acoge todo proyecto o idea que le presento con interés y ofreciéndome la ayuda que necesite.

Gracias a todos los profesores a los que hemos interrumpido en sus clases para llevarnos a sus alumnos. Gracias por su paciencia y comprensión.

Gracias a nuestros compañeros de guardias, las cuales hemos desatendido para trabajar el proceso creativo con los alumnos del proyecto.

Gracias a la Fundación Avanza y a Alberto Flaño, por su paciencia para resolver todas mis dudas y por hacer posible que los participantes asistiesen a un encuentro de escritura creativa con Diego Rodríguez Toribio. Gracias por apostar por proyectos de creatividad literaria.

Gracias al Ayuntamiento de La Puebla del Río, sin el cual no hubiese sido posible la publicación de este libro.

Y gracias, querido lector, por tener este libro en tus manos, por gastar tu tiempo leyendo estas líneas y disfrutando de los relatos que vas a descubrir.

Y la hormiga, satisfecha,
pudo ver el sol.
En compañía.

M^a Carmen Vela Ignacio

BORRADOR

Índice

	Página
Prólogo	II
Adriana Fernán Medrano 1º F	4
Simplemente recuerdos	
Ainhoa Gutiérrez Japón 1ºG	9
The dead side	
Álvaro Ruiz Terriza 1ºG	13
Lili y el tiempo	
Amparo Infante Vázquez 1º Bachillerato A	17
Un encuentro a dos pasos del cielo	
Carla Arroyo Piñero 1º C	23
Un febrero deseado	
Carlos Romero Morales 1º Bachillerato A	30
Gen-H	

Claudia Escacena Montero 2º D	39
Una muerte elegida	
Curro Viejo Carrabeo 2º Bachillerato A	45
La verdad de los ojos	
Elia Llano López 2º C	54
Cerezos	
Emma Miranda Caramé 2º D	63
Cluedo	
Eva Álvarez Abad 2º A	75
Un “te odio” no es la mejor despedida	
Gema Galbarro López 1º G	82
Un largo tiempo sin su reflejo	
Gema Martínez Moreno 3º D	90
Butterfly	
Iana Miranda Caramé 1º Bachillerato A	101
Edén	
Inés Frenández Quesada 1º D	106
No todos saben comprender	
Julia Caro Cobano 1º G	109
El campo que hace retroceder los relojes	
Lucía Romero Mijes 1º F	113
Dime quién eres	

Lucía Silva Montero 3º F	118
Viaje de ida	
Lucía T. Cantos Romero 2ºE	122
Cuenta atrás	
Lucía Vélez Bizcocho 1º Bachillerato A	130
Caos y Orden	
María Díez Márquez 1º C	137
El misterio en el The Brooklyn's Hotel	
Marta Rivas Costales 3ºA	142
Nuestra historia	
Nerea Román Lamas 1ºG	149
Dos polos opuestos	
Paula Moreno Carrabeo 1º Bachillerato A	154
Niebla	
Sofía Mendoza Albert 1º F	159
Black hat	
Yadira Prado Claudio 3º F	165
Los diamantes	

Adriana Fernán Medrano 1º F

SIMPLEMENTE RECUERDOS

Hoy era el día de recogida de premios, el día anterior puse mi alarma a las siete y veinte en el reloj del año treinta y cinco, un regalo que me hicieron mis padres a la corta edad de siete años, en aquel entonces no sabía identificar qué hora era, pero aun así me encantó.

Me dirigía a ponerme mi traje beige con mi corbata negra y mis gemelos con forma de pluma, cuando de repente me llamó mi taxista, me dijo que se veía obligado a llegar diez minutos tarde, ya que había un atasco.

No le di mucha importancia, así que seguí vistiéndome, me puse los calcetines y unos zapatos negros desgastados por la punta y con muchos intentos de arreglo.

Cuando ya estaba listo, bajé los ocho pisos, a lo mejor para un joven de veintipocos años son pocos escalones, pero para mí, un viejo de ochenta y un años, es una eternidad.

Cuando bajé aquel infierno, suspiré, abrí la puerta y justo llegó mi taxista con cara de angustia, pitó, salió del coche y me abrió la puerta. Sé que soy viejo, pero creo que sé abrir una puerta o eso creo. Mientras iba a aquella recogida

que se encontraba a dos horas de distancia de mi ciudad iba recordando cómo llegué a este punto.

Todo empezó con mi primer libro, *Las fábulas* de Joan de la Fontaine. Ese fue el libro con el que me enamoré de la lectura. En ese entonces tan solo tenía siete años y acababa de empezar a leer. Nos lo dio la señorita Dupont para que aprendiéramos a leer con más facilidad, me acuerdo de aquella letra grande, y de cómo se trababan los niños, pero yo esperaba mi turno con ansias para poder leer aquel fragmento de "La liebre y la Tortuga". También tengo un recuerdo un tanto borroso de una tarde en la que llovía a mares. Era el año 1952, tenía doce años y me obsesioné con una novela de misterio donde la protagonista mata a su marido, había cosas que no me encajaban del todo. Mi abuela me dijo que escribiera mi propia novela y así poder elegir el camino y qué iba a suceder. Mi cara se iluminó, aquella tarde se me hizo cortísima escribiendo esa novela con faltas de ortografía y una mancha de café en la página catorce.

Cuando terminé, mi abuela me la cosió y al día siguiente fui al departamento de Literatura donde el humo del tabaco del profesor me cubrió la cara. Se la entregué con entusiasmo y me la devolvió al día siguiente. Me dijo que no había visto cosa más horrible en toda su vida, echó una carcajada y me dio dos palmaditas en la espalda.

Ese día llegué destrozado a mi casa. Mis padres, al escuchar la historia sucedida esa misma mañana, me dijeron que nunca dejara de hacer lo que me gustase por gente como esa. Yo los escuché con prudencia.

Aquel profesor se fue de la escuela para dejar al cargo a la señorita Honey. Tenía mucha ilusión porque mi novela fuera reconocida por alguien que no perteneciese a mi entorno familiar, así que con escalofríos me dirigí al departamento, pero esta vez olía a lavanda. Le entregué aquel libro que me devolvió ese mismo día. Por mi experiencia pensé que me lo tiraría a la cara, pero en vez de eso me dijo que era sorprendente que un chico de mi edad escribiera aquel relato tan profundo.

- ¡gggg! - carraspeó mi taxista. De repente, volví a la realidad.

Es una tarde calurosa de verano y se huele el rico olor de los brioches de mi madre sentada a mi lado. Apoyada en aquel hule que sustituía al mantel de hilo con flores bordadas, que se manchó del chocolate de mi merienda pasada, seguía pensando en mi nuevo relato.

Terminé de comer y me fui a los columpios donde se me ocurrían ideas que luego olvidaba. Pensé en ese momento en la idea de llevar siempre una pequeña libreta. Costumbre que me acompañaría desde entonces y que acariciaba nervioso en el asiento de atrás de mi taxi.

El silencio en el salón del señor Matthew, así se llamaba la novela por la cual se me reconoció como escritor. Trataba de la reflexión del señor Matthew al llegar a su casa con veinte años más de los que partió. Era un arqueólogo reconocido que viajó hacia Roma para encontrar los restos de una villa romana. Cuando llega a casa reconoce su olor característico,

se sienta en su sillón, que tenía la forma de su figura hundida en los cojines, y, sobre todo, habla de las emociones que le causa esa llegada.

Cuando hablo de este libro, hablo de emociones que alguien no suele sentir en cualquier momento de su vida. Cuando empecé a escribir, lo veía como algo pasajero, siempre nos subestimamos a nosotros mismos, todo ser humano se subestima, es algo que nos ayuda a sobrevivir. Sin embargo, pocas personas son capaces de aprender a subestimarse, me refiero a que no llegan a aprender. Yo lo aprendí a lo largo de mi vida. Entonces, me pregunto por qué hago esta reflexión. La respuesta es sencilla, he pensado en mi primer libro, que trata justo de este maravilloso tema y, a partir de ahí, he reflexionado, pero todo parte de una base. En otra parte de mi cabeza, mientras recordaba, me subestimaba. El final de mi reflexión es que ningún ser humano aprende nunca algo del todo, simplemente sabe llevar algún tema, por eso pienso y me hundo tanto en mis recuerdos. Todos parten de una base que es compleja de deducir.

- Hemos llegado, señor, ya ha terminado la travesía... señor... - escuchaba en voz leve.

- Gracias- afirmé y salí del taxi.

Pequeños canapés, aperitivos, copas y varias botellas de vino sin abrir. Ya había llegado.

La reflexión de mi larga vida es bastante compleja, pero cuando hablo de mi resumen de cinco minutos hablo de

lectura. Mi pensamiento de la lectura es como el de cualquier buen lector. Un buen lector es aquel que reflexiona al acostarse sobre cómo sería su vida. Si fuera como la del protagonista, sería aquel que viaja a lugares, países e incluso galaxias por un simple libro.

- ¡Y... primer premio a... Belmont Durand!

Ainhoa Gutiérrez Japón 1ºG

THE DEAD SIDE



Una mañana, me desperté y me dieron una impactante noticia, mi abuelo se había muerto. Él era la persona a la que yo más quería, la persona más importante para mí. El día que murió era mi cumpleaños y la verdad, no tenía ganas de celebrar nada. Llamaron a la puerta, yo estaba en mi habitación deprimida. Era mi familia, venían a traerme algún regalo y a cantarme cumpleaños feliz como siempre hacen. Me cantaron para que yo estuviera un poco más animada, entonces llegó la hora de los regalos. Mi abuela me regaló un jersey, mis padres unos pantalones y mis tíos un juego de mesa. Creí que había acabado de abrir todos los regalos, pero mi abuela me dio otro. Me contó que mi abuelo había tenido este objeto en su escritorio durante mucho tiempo, él quería que fuera para su nieta Danna cuando cumpliera los doce años. Al abrirlo sentí que algo me conectó con mi abuelo. Era una máquina de escribir muy antigua. Al marcharse todos mis familiares, empecé a escribir un diario, soltando todas las cosas que no podía decirle a nadie. Escribí cosas sobre el chico que me gustaba, pero, sobre todo, escribí lo mucho que extrañaba a mi abuelo. Esa máquina se convirtió en mi diario personal.

Un día, exactamente el 1 de marzo, me fui a la cama, estaba muy cansada, me quedé dormida al segundo. Al despertarme, sentí que estaba en una tierra totalmente diferente. Era una casa, yo estaba en una habitación acostada en la cama. Bajé al primer piso a ver qué estaba pasando porque no me parecía normal, vi a mi abuelo cocinando unos huevos revueltos para el desayuno. Corrí a abrazarlo, no podía creerlo, pensaba que su muerte había sido un sueño, pero no, era totalmente real. Estábamos en el lugar que estaban todas las personas fallecidas.

No me lo podía creer, tampoco me podía creer que estuviera abrazando a mi abuelo después de llorar tantas noches por él e incluso rezarle al Universo porque estuviera protegiéndome. Nos abrazarnos y nos contamos muchas cosas. Mi abuelo me dijo que en estos últimos días todo estaba muy extraño: había personas que estaban cayendo enfermas, e incluso había gente que se moría. Esto ocurría porque había llegado una mujer para ser la nueva reina de The dead side, a ella le gustaba que la gente sufriera, así que quitó el diamante que le da vida a la tierra. Este era un diamante que hacía que esa tierra funcionara como debía y que no pasara nada fuera de lo normal. Cuando me dio esta noticia me quedé impactada, más aún al contarme que yo era la elegida para salvar The dead side.

-Hay una persona que te puede ayudar a encontrar a la reina, ya que ella se esconde en un lugar que nadie sabe excepto una persona-me explicó mi abuelo.

Fuimos a ver a esa persona que era un antiguo súbdito de la reina, hasta que ella lo echó sin saber por qué. Al indicarnos dónde podíamos encontrar a la reina, mi abuelo y yo nos dispusimos a encontrar un mapa donde estuvieran todos los túneles secretos de la tierra, pasadizos y demás. Conseguimos el mapa, por suerte, pasamos por todos los túneles hasta que llegamos a la base secreta de la reina.

-¿Ya está aquí “la elegida”? Jajaja -preguntó la reina.

-Sí, ya estoy aquí, vengo a que nos des el diamante que le da la vida a The dead side.

-Nunca te lo daré, me gusta ver sufrir a las personas, me gusta el dolor- dijo con tono agresivo.

En ese momento no sabía qué hacer, cogí un cuchillo que tenía en el bolsillo, sin pensarlo le corté la barriga. Ella desapareció en la nada. Cogí el diamante y lo devolví a su sitio para que todo volviera a la normalidad.

Al llegar al centro de The dead side todo el mundo volvió a estar bien. Comprendieron que éramos nosotros los que los habían salvado, nos dieron un abrazo y nos alabaron. Hubo una votación para elegir a la nueva reina, yo me presenté sin pensarlo. Al acabar la votación estaba muy nerviosa.

-La elegida es. . . ¡Danna!

Yo estaba muy emocionada, no me lo podía creer. Mi abuelo se puso muy contento por mí y por lo que había logrado.

-Abuelo, creo que no podría ser la reina de esta tierra, ya que no soy de ella- le dije con tono preocupante.

-No te preocupes, podrás venir cuando quieras, esa máquina de escribir, no es una cualquiera, es una máquina teletransportadora, por eso te teletransportaste al usarla. Si quieres venir solo tienes que escribir lo mucho que me extrañas a mí, así como lo mucho que extrañas estas tierras. Duérmete, al despertar estarás aquí- dijo tranquilamente.

Me despedí de todas las personas para regresar a mi casa. Para volver, tuve que pasar por un pasadizo y pensar con mucha fuerza dónde quería ir. Aparecí en la puerta de mi casa a las siete y veinte.

-¿Dónde te habías metido Danna? -preguntó mi madre.

-¡Estábamos muy preocupados! -exclamó mi padre.

-Estaba en casa de una amiga, perdón por no avisar y por haberos asustado.

Así fue como terminé siendo la reina de "The dead side".

LILI Y EL TIEMPO

Era un día soleado, Kevin y yo estábamos ensayando en el instituto porque quedaba poco para el baile de fin de curso. Decidí ir a beber agua que estaba en mi taquilla, así que fui a por ella, Kevin me acompañó. Se acercó Leslie, la chica más prepotente e insoportable de todo el instituto, parecía que venía hacia mí y así fue. Empezó a criticar cómo bailaba, yo la ignoré y mientras buscaba la botella de agua, tuve que sacar unas cuantas cosas de la taquilla. Ella empezó a criticar mi forma de ser, mi pelo, mi forma de vestir, ahí es cuando yo exploté. No sabía que tenía mi varita en la mano e hice un movimiento muy brusco. De repente se paró todo. ¿Todo el mundo se había quedado paralizado? No me explicaba por qué había pasado eso, pero al mirar mi mano vi lo que tenía y ahí lo entendí todo. Mientras rebuscaba en mi taquilla la saqué sin darme cuenta. ¡Había parado el mundo!

Kevin no se había paralizado. No entendí nada, pero no quise perder más tiempo, así que fuimos corriendo a casa, busqué en el libro de hechizos que me vendieron junto a la varita y por fin encontré cómo volver a reponer el tiempo. Con un movimiento ligero pero elegante, de izquierda a derecha, se abriría un portal que nos llevaría directamente al mundo del tiempo.

Seguí todos y cada uno de los pasos y, efectivamente, el portal se abrió. Kevin y yo estábamos muy preocupados, teníamos miedo. Atravesamos el portal y al entrar allí, nos encontramos unicornios volando, relojes en vez de nubes, conejitos gigantes pero adorables, todo era de colores, era el sitio más maravilloso del mundo. De repente se nos apareció un duendecillo que nos explicó qué debíamos hacer para que todo volviera a la normalidad. El hechizo que había hecho hizo que el Dios del Tiempo se bajara de su rueda, la que permitía que el tiempo siguiera funcionando. Para llegar a él había que superar tres obstáculos bastante difíciles, nos señaló dónde teníamos que ir para encontrar el primer obstáculo, así que nos pusimos manos a la obra.

Para llegar al primer obstáculo cruzamos un bosque de árboles con hojas rosas y troncos azules, en vez de manzanas, los frutos que tenía el árbol eran relojes dorados. Era una fantasía. Poco a poco íbamos cruzando el bosque, eso fue una experiencia maravillosa que nunca se me olvidará. Al llegar al primer obstáculo, vimos que había un acantilado que teníamos que saltar, era bastante alto. A Kevin le dan horror las alturas, intenté convencerlo de saltar, pero él se negó rotundamente, nos llevamos cinco minutos discutiendo hasta que por fin pude convencerlo. Lo agarré de la mano muy fuerte, juntos saltamos. Había un banderín en el que ponía primera fase. Esa primera fase estaba llena de relojes levadizos que eran muy inestables a la vez que peligrosos, si perdías el equilibrio y te caías podrías morir, pues abajo no había nada. Poco a poco fuimos cruzando, por cada reloj que tocábamos nuestro cuerpo se convertía en el cuerpo que teníamos de bebé o el

que íbamos a tener de adultos o de viejitos, fue gracioso, pero a la vez pasamos mucho miedo.

Conseguimos pasar la primera fase, tuvimos que andar bastante para llegar a la segunda, fue incluso mejor que el bosque que habíamos cruzado antes. Era un camino que a sus lados tenía peluches gigantes, conejitos correteando que llevaban un collar con un reloj, había patitos y perritos, eran todos adorables. Llegó el momento difícil, cruzar la fase dos. Para seguir caminando teníamos que luchar contra un dragón de siete cabezas, a Kevin y a mí nos aterrorizaba, así que decidimos escondernos, pensábamos que esta fase no la podríamos superar.

En ese instante recordé cómo conseguí la varita que había causado todo esto. Era un día normal, pero yo pisé una piedra que resultó ser un botón que abría un camino entre dos mundos, decidí cruzarlo. Había miles de tiendas, pero me llamó la atención una, allí fue donde compré la varita. También recordé una frase que me dijo mi padre antes de morir, “los problemas hay que afrontarlos sea como sea, porque si nos escondemos de ellos nunca progresaremos”, así que cogí a Kevin de la mano y con un palo que encontramos decidimos luchar contra el dragón. Nuestra técnica era irnos cada uno por un lado y engañar al dragón hasta que hiciera nudos con sus propios cuellos, ya que tenía siete. Así fue, lo conseguimos y el dragón murió.

Entonces escuchamos unas voces pidiendo ayuda, corrimos hasta encontrar a la persona que emitía esas voces, era el Dios del Tiempo, lo que significaba que ya habíamos pasado todas

las fases y que volvería todo a la normalidad. Le preguntamos que qué le pasaba, nos contó que alguien le había hecho un conjuro, había encadenado sus piernas y no podía correr en su rueda. Intentamos cortar las cadenas de sus piernas, pero eran tan potentes que no podíamos. Gritamos por todos lados y apareció un vendedor ambulante del mundo del reloj, le preguntamos si tenía algún utensilio que pudiera cortar una cadena, nos dio una espada. Con un poder con la que cortamos las cadenas al Dios del Tiempo, él nos lo agradeció. Antes de que se montara en su rueda le pregunté por qué Kevin estaba aquí y no se había paralizado como el resto de personas. Me explicó que él no se había paralizado porque era mi alma gemela, en ese momento me quedé alucinada, igual que él, desde entonces somos novios.

El Dios del Tiempo volvió a su ruleta y aparecimos otra vez al momento en el que se había parado el tiempo. Todo volvió a la normalidad al fin de un agotador día, a las siete y veinte, nos fuimos todos a nuestra casa y descansamos.

Amparo Infante Vázquez 1º Bachillerato A

UN ENCUENTRO A DOS PASOS DEL CIELO



9 de enero de 2021. Otra vez me voy a dormir agotada después del día de hoy. Las risas, los juegos, las conversaciones... , e incluso el simple hecho de observar la naturaleza en busca de la tranquilidad forman parte de esos recuerdos inolvidables que repetiría una y mil veces más.

Doy gracias a Dios por darme el lujo de vivir un nuevo día rodeada de todos ellos, disfrutando, y protegiéndonos de todo mal. Cuídame a los que tuviste que acoger en tu Reino y no olvides a quienes necesitan de tu ayuda. Amén.

16 de diciembre de 2020. Cenando con inecuaciones. Suena el teléfono de mi padre. – Nos tenemos que ir. Ya ha sido - dice. La llamada más esperada, la más angustiada y la más triste ha sonado. Mi tía había fallecido.

Cuando llegamos a su casa había vuelto a la vida después de permanecer veinte minutos sin pulso ni respiración. Su corazón se mantenía en un hilo, tan fuerte, que algunos no nos explicamos cómo aguantó.

Aquella maldita enfermedad se encontraba a un jaque mate de vencer a mi tía. Pero ella seguía sin rendirse. El miedo

que le había perseguido durante toda su vida a la muerte y a encontrarse dentro de un nicho era más fuerte que todo lo que tenía por dentro.

Pero, poco a poco, la muerte vencía al miedo.

17 de diciembre de 2020. Pensaba que iba a ser el día, pero nos equivocamos. Al parecer el miedo era más fuerte de lo que creíamos. Ella ya no era ella. Se encontraba fuera de su ser. Solo quedaba el temor y su pánico a la muerte.

18 de diciembre de 2020. Los murmullos de mi madre me despiertan. - Hija, esta vez sí - dice. En menos de dos minutos ya me había lavado la cara, cepillado los dientes, vestido, peinado y el coche ya estaba en marcha.

Un gran silencio nos acompañó durante el camino hacia la casa de mi tía.

Llegamos justo en el momento que se la llevaban, todo el mundo lloraba de dolor, yo estaba en shock, no fui capaz de derramar una sola lágrima.

Estuve todo el día en el tanatorio. Llegaron innumerables ramos y coronas de flores. ¡Ay si ella se viera! Aquello era un valle de lágrimas, la tristeza merodeaba constantemente por allí.

A las 22:00 era el toque de queda, y yo me tuve que venir a mi casa a descansar.

19 de diciembre de 2020. Me desperté antes que la alarma lo hiciese.

El día era gris, las nubes negras paseaban por el cielo llorando de tristeza y el canto de los pájaros ya no era el mismo de todos los días.

Llegué a la Iglesia, allí estaba toda mi familia y otras personas preparadas para darle el último adiós. A la llegada del féretro todo el mundo empezó a soltar ríos por los ojos, pero yo, sin embargo, seguía en shock y no desperté de ese bloqueo hasta que llegamos al cementerio.

Mi padre y mis tíos se dirigían a sacarla del coche fúnebre entre lágrimas, llantos y suspiros. A partir de ese momento, todo lo que veía por mis ojos parecía una película. Me sentía con los pies en la tierra y a la vez con el alma fuera de mí. Era un recuerdo que se estaba grabando en mi memoria en forma de vídeo, como si los mejores camarógrafos de todo Hollywood lo estuvieran grabando. Es increíble pensar cómo tuve la capacidad de adquirir un momento de la vida tan nítido en forma de recuerdo. Ni un detalle le faltaba.

Al entrar el ataúd en el nicho se me inundaron los ojos de lágrimas, no pude aguantar el llanto que tan inesperadamente salió. Ya asimilé la situación.

Fue uno de los momentos más duros que he sufrido en mi vida, pero más duro fue llegar a la casa de mis abuelos y mirar hacia el balcón de la casa de al lado, donde ella vivía, y verlo tan vacío. Cada vez que iba a la casa de mis abuelos, ella

siempre estaba asomada en el balcón y raro era el día que no estaba allí. Cuando no estaba asomada, estaba en la casa de mi abuela sentada en el sofá de la esquina, el cual ya parecía hasta suyo.

20 de diciembre de 2020. Es un día raro, un día de reflexión, un día de acostumbrarse a la nueva normalidad. No he hecho nada fuera de lo común, solo pensar, pensar y pensar.

10 de enero de 2021. Estoy en una cena en la casa de mi tía con mis abuelos. - ¡Ay mi niña! ¡Ay mi niña! ¡Qué guapa es, la más guapa de toda España! - me dice mi tía durante un achuchón muy fuerte.

- Hay que ver, que me haya tenido que morir ya, y lo fea que estaba - continuó.

- Bueno tita, pero mira cómo estás ahora, guapísima, y te podemos ver, abrazar, tocar y hablar, ¿ves como no pasaba nada? Ahora nos tienes aquí reunidos a todos, como tú querías - dije yo.

- ¡Ay *miarma*, mi niña!, ¡qué bonita es! ¡Qué te quiero yo, *miarma*! - me dijo durante otro achuchón.

Qué abrazo más reconfortante.

Durante el abrazo le fui a dar un beso en la mejilla, pero lo intentaba y no podía, lo volví a intentar y no podía, parecía como si de un espíritu se tratase. - ¡Qué raro! - pensé. Le

intenté dar un beso tres veces y nada, no había manera. A la cuarta por fin lo conseguí y me quedé tranquila, pero. . .

- ¡Pip, pip, pip...! - Suena la alarma.

Eran las siete y veinte de la mañana, todo parecía ser un sueño.

De repente, me encuentro en mi habitación, tumbada en la cama y con la sensación de estar satisfecha. Era una sensación única, de estas veces que te sientes tan a gusto, tan feliz, tan liberada, tan tranquila que en ese momento te sobra todo.

Estaba convencida de que eso no había sido un simple sueño. Había podido hablar con ella, tener una conversación, abrazarla y decirle todo lo que sentía. Pude despedirme de ella como no podría haberlo hecho con los ojos abiertos.

Cuando mi padre llegó a la hora del almuerzo se lo conté y se quedó muy impactado. Pero la cosa se quedó ahí.

11 de enero de 2021. - ¡No te lo vas a creer!, he estado hablando con la abuela y tú, la abuela y tu otra tía habéis soñado lo mismo a la misma hora, vamos que es imposible que fuera un sueño - dijo mi padre.

- ¿Cómo? - dije. En ese momento se me saltaron las lágrimas.

- ¿Y qué te ha contado la abuela? - pregunté.

-Pues verás, hablando con ella salió el tema de tita y me empezó a contar que la noche anterior había soñado con ella. Entonces, le comenté tu sueño y resultó ser el mismo que tuvo ella y la otra tita. La abuela me preguntó si tú también te levantaste de aquel supuesto sueño a las siete y veinte de la mañana y le dije que sí. Ahora todo coincide -.

- ¡Es increíble! Esto no era un sueño, era un viaje astral que realizamos para despedirnos de ella - dije.

Me siento súper afortunada de haberla podido ver, de haberla sentido, de haber hablado con ella... Nunca creí en los viajes astrales y lo onírico, pero, una vez vivido, no me queda más remedio que creer. Son sensaciones únicas que se sienten en el alma y están tan escondidas que, hasta que no realizas el viaje y experimentas con ellas, crees que no las tienes.

UN FEBRERO DESEADO



Yo estaba en mi habitación, ya había llegado el 14 de febrero, día de San Valentín, y no había recibido ninguna muestra de afecto ni cariño de mis familiares o amigos. Se ve que acabaré el día como todos los demás. Pero justo a las siete y veinte de la tarde llamaron a mi puerta.

¿Quién será? - me pregunté, nadie contestó. Al momento una carta se deslizó por debajo de la puerta. Curiosa me dirigí a cogerla. Al verla, había un mensaje escrito en la parte delantera: FELIZ SAN VALENTIN.

Con aún más intriga que antes, me dirigí a abrirla, dentro había un escrito con una hermosa letra:

Hola Mia.

Soy un gran admirador tuyo. No sabía cómo decirte lo que siento, así que lo haré de la forma más cobarde que se me ha ocurrido a través de una carta el día de San Valentín, aunque creo que también tiene su lado romántico.

Pero lo que de verdad quería decirte era que me gustas, me llevas gustando desde hace mucho pero no me he atrevido

a decírtelo, no he tenido la suficiente valentía, por eso te envió esta carta anónima.

Espero que descubras quién soy y sientas lo mismo que yo.

Un beso Mia.

Me muero, qué romántico -fue lo primero que pensé- ¿pero... quién podría haber sido?

Minutos después me puse a pensar. No tenía la menor idea de quién podría haber sido el misterioso galán. Después de un rato de conjeturas se me vinieron a la mente siete posibles candidatos:

- Lucas: es muy lindo y sensible, un poco cobarde a veces, va a un par de clases conmigo y siempre he creído que le gusto.
- Javier: lleva gustándome desde principios de curso, es muy gracioso, tiene unos ojazos, pero no le gusto o eso creo.
- Parker: el típico deportista guapo y engreído que se cree que todas van detrás de él, lleva intentando acercarse a mí desde principio de curso, a mí él no me gusta, ¿o sí?
- Dylan: supermono, amable, romántico, lo tiene todo, va a la misma clase que yo, pero no hablamos mucho.
- Jorge: lleva enamorado de mí desde el colegio, pero yo no siento lo mismo, o eso creo, no porque no sea guapo, porque

es guapísimo, sino porque es como un hermano, somos muy amigos.

- Liam: juega en el mismo equipo que Parker, pero él es más simpático, no creo que sepa que existo.

- Jason: típico chulo, matón, que hace creer a la gente que no tiene sentimientos, pero los muestra conmigo.

Tengo que empezar a investigar, y creo que sé qué hacer. Lo primero es llamar a Natalia, ella sabrá qué es lo más adecuado en estos casos.

Natalia es una persona muy amable, sincera, hermosa, apasionada y maravillosa descubriendo misterios. Ella, sorprendentemente, había estado ante situaciones como esta y siempre las había resuelto. Yo sabía que ella era la más adecuada para esto.

Media hora después... Ya estoy aquí- dijo Natalia tan enérgica como siempre.

Hicimos un análisis rápido de la situación, pero no sabíamos quién podría ser el anónimo enamorado, ya que dos de ellos, Parker y Liam, estaban fuera de la ciudad, pero podrían haber encargado que mandaran la carta o algo parecido.

Tras un rato de conjeturas, Natalia me pidió ver la carta. Natalia descubrió algo de lo que yo nunca me hubiera dado cuenta. Lucas comentó el otro día que le gustaba alguien y que

a lo mejor le escribiría una carta. Cuando Natalia me lo dijo, cogí rápidamente el móvil y le escribí: ¿al final le escribiste la carta a la que te gustaba? Lo más extraño es que me dejó en leído, aunque no es muy raro en él.

Al día siguiente cuando me dirigía a escribirle a Lucas, llamaron impetuosamente a mi puerta. Era Claudia, otra de mis mejores amigas. Entró rápidamente y, llena de alegría, me enseñó una carta. Cuando la leí, ella me dijo que Lucas se la había escrito y que estaban saliendo desde el día anterior. Entonces ya solo quedan seis posibles pretendientes.

Claudia ya se había ido y yo me dirigía a prepararme el desayuno cuando llegó de nuevo Natalia a mi casa y desayunamos las dos. Al terminar seguimos pensando y por fin me decidí a escribirle a Jorge, el cual me dijo: No estoy de humor Mia, lo siento. No te lo tomes a mal, no es por ti, sino que me han rechazado por San Valentín. Lo siento, mañana hablamos.

La verdad es que me sorprendió, creí que había sido él, pero se ve que no. Entonces quedan Javier, Parker, Liam, Dylan y Jason.

Natalia seguía creyendo que me había escrito Javier la carta, pero yo tenía claro que no podía ser él, ya que no sabe ni que existo, creo, aunque todo puede ser.

Parker subió una foto a Facebook al borde del precioso acantilado en el que veranea, ya que le encanta hacer

coasteering, en la que ponía esperando respuesta. Eso me hacía dudar aún más de quién podría ser.

Recordé unos momentos muy especiales con todos:

Parker, el primer día de clases se tropezó conmigo y me dejó caer. Entonces me miró a los ojos y me preguntó si estaba bien. Yo le respondí que estaba perfectamente y desde ese día anda detrás de mí.

Javier, a mitad de curso, fue de lo más caballeroso. Estábamos en educación física saltando a la comba y, de repente, caí de culo. Él se preocupó mucho por mí. No se fue hasta que se aseguró de que estaba bien y me ayudó a levantarme. Después dije que tenía frío y él se quitó la sudadera y me la ofreció.

Los primeros días del curso cuando Parker estaba intentando que me fijara en él, me tiró una pelota para que me diera y yo lo mirara, pero la pelota iba demasiado fuerte y Liam fue corriendo, me apartó y la paró. Se peleó con Parker, fue muy romántico.

Recuerdo que hace unas semanas en un intercambio de clase Dylan me salvó de tener un gran accidente, en ese momento fue como un príncipe azul salvando a su princesa. Aunque a ninguno nos van mucho los cuentos de hadas, creo que si no me hubiera salvado estaría con muletas.

El 17 de enero Jason empezó a abrirme su corazón, expresarme sus sentimientos, poco a poco notaba cómo cada

vez confiaba más en mí. Después de clases me acompañaba a casa. Ya no era el mismo, este Jason era amable, cariñoso y expresivo.

Seguí investigando, buscando, leyendo una y otra vez la carta, pero nada, no había nada que me ayudara a identificar a nadie.

Pero al pensar una y otra vez, me di cuenta de que Jason era imposible que la escribiera. Ya que me dijo que él no creía en las cartas de amor, eran tonterías para él. Además, no me acordaba de que estaba en Málaga con sus padres, es imposible que sea él.

Yo seguía pensando en quién podría ser. De pronto, otra vez una carta se deslizó por debajo de la puerta, escrita en un trozo de papel y con una hermosa letra.

Nos vemos en el patio del instituto en una hora.

De tu admirador secreto.

Sin dudarlo fui al instituto. Cincuenta minutos después estaba allí y cuando llegué no podía creerme lo que estaba viendo. Me encontré a Javier, Parker, Dylan y Liam, mirándome fijamente. De pronto, Parker dio un paso hacia delante y me dijo:

Mia, sentimos haberte hecho estar preocupada tanto tiempo, pero queremos decirte que la carta la enviamos los cuatro, ya que a todos nos gusta y queríamos decirte que

tendrás que escoger a uno o a ninguno, eso ya es decisión tuya.

Pues la verdad es que hay uno de vosotros que me gusta más, él es

RING, RING, RING, RING, RING....

Me desperté sobresaltada y me dispuse a apagar el despertador. Caí en la cuenta de que todo había sido un sueño. Mi 14 de febrero deseado había sido todo un sueño, nada era real. Ahora sí comienza mi verdadero San Valentín. Dudo que sea tan bueno que el de mi sueño. Y así termina esta historia con mi San Valentín deseado siendo un sueño, el verdadero día de San Valentín comienza ahora.

Carlos Romero Morales 1º Bachillerato A

GEN-H

Hace quinientos años apareció un ser malvado que estuvo a punto de destruir el mundo, pero Kvote, un héroe legendario que dio su vida para salvar a la humanidad, asesinó a este malvado ser o eso se creía hasta ahora.

Una tarde tranquila, en la universidad, apareció un villano mensajero del descendiente de este antiguo ser malvado, quien anunció que el fin de la raza humana llegaría dentro de poco.

Nuestro protagonista, Wilson Nukeri, era un hombre que solo quería seguir con su tranquila vida. Vivía una relajada vida como universitario, solo quería que una chica llamada Hikari se enamorase de él.

El gobierno comenzó a hacer pruebas de sangre a todas las personas para averiguar quiénes tenían un GEN especial provocado por una mutación. Wilson tenía ese GEN, aunque él ya lo sabía, pues de pequeño modificaron su cuerpo para que pudiese soportar más de un poder. En su ciudad otra persona era portador de ese GEN, se llamaba Cysse y casualmente ya se conocían, aunque eran enemigos porque ambos querían a Hikari. El único inconveniente de este GEN era que todos aquellos que fuesen humanos debían dejar de usarlo a las siete

y veinte; de lo contrario, su cuerpo asumiría las consecuencias y podría morir.

Wilson y su enemigo Cysse comenzaron el proyecto de entrenamiento; era la primera vez que Cysse usaba su poder.

Wilson tenía el poder de volverse intangible y de controlar la mente de las personas que lo mirasen a los ojos. Cysse era capaz de rebobinar el tiempo para un objeto o una persona en concreto. Cysse llevaba un duro entrenamiento en el que movía una pesa de veinte kilos a lo largo de un kilómetro y después volvía a rebobinar el recorrido. Esto era agotador, ya que nunca se había entrenado físicamente y además gastaba mucha energía al rebobinar el tiempo. Cuanto más grande fuese el objeto, más energía necesitaba para moverlo. Si dejaba caer la pesa o si dejaba de rebobinar el tiempo antes de que la pesa volviese a su lugar de origen, debía hacerlo diez veces más, por lo que Cysse se esforzaba mucho para no dejar caer la pesa o dejar que transcurriese el tiempo. Wilson también tenía un duro entrenamiento, pero gracias a la intervención que le realizaron de pequeño le era más fácil controlar sus dos poderes. Además, la operación también potenció sus poderes.

Pasaron muchos días de entrenamiento y cada día que pasaba se conocían mejor, acabaron siendo muy amigos, tanto que ambos darían su vida para salvarse mutuamente.

Listos para la aventura, ambos partieron hacia donde habían localizado la base enemiga. Cysse y Wilson habían entrenado muy duro para acabar con el temor que tenía la sociedad. Al llegar, descubrieron que se encontraban en un

desierto inhóspito, no había vida en unos cien kilómetros a la redonda.

Al fin estaban frente a su guarida. Eran unas antiguas instalaciones del gobierno que dejaron de ser útiles, ya que se quedaron obsoletas. Cysse iba a tocar la puerta cuando, de repente, apareció el líder de los Anstrog, la raza no humana que iba a destruir la tierra. Al verle, Cysse y Wilson retrocedieron un poco y comenzaron a temblar de miedo. Esa persona desprendía un aura muy sombría y sed de sangre.

Wilson decidió atacar intentando controlar su mente, pero no funcionó. Lo miró a los ojos, pero aun así no funcionó. No sabía por qué había ocurrido esto. Cysse, al ver que su ataque no funcionó, retrocedió el tiempo para el villano cinco minutos atrás, antes de que ellos dos llegaran. Cysse le dijo a Wilson que se retiraran de inmediato, de lo contrario morirían instantáneamente. Eso hicieron; se montaron en el coche y se fueron. Al ir llegando al final del desierto vieron muchas criaturas en fila, rodeando sus límites. Sabían que no tendrían escapatoria si no era por la fuerza. Ambos se bajaron del coche y comenzaron a luchar con los soldados. Fue una batalla encarnizada, pero finalmente consiguieron derrotar a los que le cortaban el paso. Cysse estaba cubierto de sangre y sudor por todo su esfuerzo, Wilson lo agarró y lo subió al coche para llevarlo al hospital más cercano.

Pasaron los días y Cysse aún estaba en el hospital, pues las heridas eran demasiado graves. A pesar de todo, Wilson no se rendía y comenzó a entrenar su poder para controlar a las personas. Tras muchas horas de entrenamiento y muchos

análisis en el laboratorio donde lo modificaron de pequeño llegó a una conclusión: ¿Y si podía controlar a la gente porque ya los conocía?

Wilson fue a la calle e intentó controlar a una persona, pero no pudo. Después le pidió su nombre y entonces sí lo logró. Era extraño, pero solo podía controlar la mente de las personas cuyo nombre conociese. Al aprender un poco más sobre cómo funcionaban sus poderes entró en un espacio paralelo. Parecía un flashback en el que estaba viéndose a sí mismo de pequeño, cuando lo sometieron a la operación que lo originó todo. Wilson se quedó sorprendido, había otro niño con él, en otra camilla. Intentó ver quién era, pero un fuerte dolor de cabeza repentino borró todo aquello de su mente.

Pasó una semana y Cysse por fin se había recuperado. Los dos compañeros tuvieron una reunión con el líder de la milicia de su país para informar sobre lo que había pasado en la batalla. Ellos le explicaron todo lo que sucedió. A Cysse se le ocurrió esperar a que fuesen los Anstrog quienes atacasen primero. Esperaron dos meses en los que estuvieron entrenando y por fin llegó el día, el 14 de agosto, un día que la humanidad no olvidaría jamás.

Por el oeste comenzaron a llegar criaturas no humanas desfilando encabezadas por su líder. Nuestros héroes de inmediato llegaron a la escena. Wilson le preguntó su nombre al líder de los Anstrog y este le dijo:

-Soy Kaleus, el líder de esta raza, pero no seré yo quien acabe con el mundo, ¿verdad, Zero?

Nadie sabía quién era Zero, todos se preguntaban lo mismo, ¿quién es Zero? Mientras todos dudaban, Wilson estaba en el suelo. Al oír ese nombre tuvo un flashback, en el que vio al niño. Wilson vio cómo investigaban con ambos y descubrió que aquel niño murió. Ese niño casualmente se llamaba Zero. Wilson estaba atónito, no podía creer lo que acababa de ver. Desapareció el flashback y se volvió a levantar, aunque sin poder controlar su cuerpo. Wilson no paraba de intentarlo, pero no lo conseguía, solo podía ver qué estaba pasando y una voz en su cabeza comenzó a oírse:

-Hola de nuevo, hermano.

-¿Quién eres? - preguntó Wilson.

-¿Acaso no me recuerdas? - dijo la voz de su cabeza. - Soy tu hermano mayor... Zero.

Wilson no se podía creer lo que estaba pasando. De repente, su cuerpo se colocó al lado de Kaleus y todos se sorprendieron, nadie sabía qué había pasado. Pero Cysse sabía que ese no era Wilson, sino otra persona, por lo que le preguntó:

-¿Quién eres?, ¿te crees que puedes controlar el cuerpo de mi amigo, así como así?

Esas palabras le llegaron a Wilson y, entre lágrimas, oyó a Zero decir:

-Vas a ser el primero en morir. Por cierto, mi nombre es ¡Zero! y seré yo quien destruya el planeta.

Al oír esto, Wilson inmovilizó su cuerpo y ni él ni Zero lo podían controlar, pero por fin podía controlar su voz.

-Cysse, soy Wilson. Al parecer Zero es mi hermano mayor. Por favor, ¡activa el plan de emergencia! - exclamó Wilson.

-Pero eso... ¡uf! -suspiró Cysse.

-Lo sé, pero, por favor, hazlo, hazlo por mí y por la humanidad - pidió Wilson con tono solemne.

A punto de que todas sus emociones colapsaran, Cysse abandonó corriendo la escena mientras Wilson intentaba recuperar el control de su cuerpo. Fue a donde estaba enterrado Kvote. Cysse usó todo su poder para hacer retroceder lo suficientemente el tiempo en él y así hacer que volviese a la vida. Aunque esto dejó a Cysse sin una gota de energía, le contó a Kvote en qué año estábamos y lo que había ocurrido. También le suplicó que no destruyera el cuerpo de Wilson, ya que, sin su amigo, su vida estaría vacía. Kvote no le pudo prometer eso y se marchó hacia donde se encontraban los Anstogs.

-Hola de nuevo Kaleus. - dijo Kvote. - Veo que sigues igual que siempre, sabandija. Esta vez juro que te mataré.

Su poder era el control total y absoluto de sus espadas. De un espadazo eliminó a medio ejército antes de que pudiesen hacer nada. Entonces Zero entró en acción.

-Así que tú eres Zero, ¿verdad? - dijo Kvote. - Me pidieron que no destruyese tu cuerpo, pero no sé si podré cumplirlo.

-Veo que eres muy arrogante - dijo Zero. - No me dejas otra opción.

Comenzaron a luchar. Zero ya sabía su nombre, ya que fue un héroe legendario cuya historia todos conocían. Zero, quien poseía los mismos poderes que su hermano, controló su mente e intentó que se clavara su espada, pero, antes de que pudiese hacerlo, un dolor de cabeza inundó su mente y todo se volvió blanco. Fue entonces cuando Wilson vio su oportunidad y salió. Este le dijo a Kvote, entre lágrimas:

-Por favor, mátame, no hay otra manera. De lo contrario, Zero controlará mi cuerpo y esta vez sí que hará que te claves esa espada.

-Pero... me dijeron que no destruya tu cuerpo - dijo Kvote.

-Eso no importa ahora, ¡mátame!, y dile a Cysse que fue el mejor amigo que un chico como yo ha podido tener.

Kvote cumplió con su deseo y le liberó de ese cuerpo. Además, destruyó todo el ejército de los Anstrogos para que nunca más amenazasen al mundo. Cysse, que estaba viendo todo, comenzó a llorar desconsoladamente.

Acudió de inmediato a la escena y agarró el cuerpo sin vida de su compañero; no podía parar de llorar. En ese instante, Kvote miró el reloj y vio que eran las siete y media, había usado su poder fuera del tiempo límite.

-Bueno, de todas formas, yo no pertenezco a esta época, ha llegado mi hora - dijo Kvote a Cysse.

-Sí - asintió Cysse. - Por cierto, gracias, gracias por cumplir la última voluntad de mi amigo.

Una vez dicho esto el cuerpo de Kvote se hizo polvo y desapareció.

Un año después... Los daños a la ciudad se habían arreglado, construyeron una estatua en honor a Wilson y otra, frente a ella, en honor a Cysse, por salvar al mundo de la destrucción, ya que sin su poder nadie podría haber traído a la vida a Kvote.

Cysse fue a ver la estatua de su amigo junto con Hikari, la amiga de ambos.

Una persona les esperaba allí y les entregó una carta. Una carta que había escrito Wilson por si acaso él acababa muerto.

Cysse abrió la carta y comenzó a leerla en voz alta.

-Bueno, parece que al final salvaste el mundo, ¿eh, Cysse? Quiero que sepas que, aunque ya no esté a tu lado, deseo que seas feliz. Vamos, tranquilo, no llores. Aún recuerdo cuando

éramos enemigos, jajaja. Y a ti, Hikari, también necesito decirte algo. Quiero que sepas que me gustabas, aunque yo sabía que amabas a Cysse. Por favor, trátalo bien. Y no me olvidéis, llevadme en vuestro corazón...

BORRADOR

Claudia Escacena Montero 2º D

UNA MUERTE ELEGIDA



Querida Viruca:

“No existe una segunda oportunidad para crear una buena primera impresión”. Esta frase me la repetía todas las noches.

Empezaré a contarte el día que terminó el instituto. Tú pensarás: “¡Qué bien! Hemos acabado las clases. Ya podemos irnos de vacaciones, quedar con nuestros amigos y salir de fiesta.” Nada de eso sucedió.

El veintidós de junio se acabó la escuela. Estábamos tan emocionados que decidimos celebrar una fiesta. Estuvo muy bien despejarse un poco de las clases, sobre todo porque nos sentíamos muy agobiados al examinarnos a cada instante, pero lo malo empezó cuando nos tomamos unas copas de más.

Ese día fue uno de los peores de mi vida, por una sola razón: ocultar un homicidio.

Fuimos a las termas. Esa mañana fue maravillosa. Estábamos complacidos de estar allí, hasta que vi entrar a Ana. Era mi “novia”, o eso creía yo. Encontré a mi mejor amigo

con ella. Me molestó cuando llegó. En apariencia demostré que estaba bien por fuera, pero por dentro mi alma estaba rota.

Cuando vino, lo arruinó todo. Lo que más me sorprendió fue que no dijo nada, ya que Ana no suele quedarse callada. Le gustaba llamar mucho la atención y resaltar por donde iba. Era su forma de ser. Se metió en el agua sola y no abrió la boca. Me quedé mirándola; pensando en si acercarme o no. No lo hice. Me arrepiento cada día de lo que pasó.

Al poco tiempo de llegar Ana, varios grupos empezaron a marcharse, hasta no quedar prácticamente nadie. No quería irme, así que convencí a mis amigos para que tampoco se fueran. Menudo error cometí.

Estaba borracho y mi pandilla también. No éramos muy conscientes de lo que estábamos haciendo. Deduzco que ese fue el problema.

Empezamos a insultarla, pero Ana ni se inmutó. Hasta que la presión pudo con ella e hizo que saliera corriendo. La perseguimos para intentar atraparla. Para nosotros solo era diversión, mientras que ella sentía un miedo incontrolado. Lo hicimos para asustarla, pero no pensábamos que nuestro juego fuera a llegar tan lejos... Ana se volteaba a veces para decirnos que paráramos. Gritaba y gritaba, pero nosotros nos reíamos y no hacíamos caso. Hasta que me empecé a dar cuenta de lo que estaba sucediendo. Sentí su mirada de terror y angustia. Fue ahí cuando intenté parar a mis amigos, pero ellos no hacían caso.

Corrió y corrió hasta el borde del precipicio y pensó que la única salida era saltar. . . Ya era demasiado tarde, no había vuelta atrás.

Ellos me miraron y se dieron cuenta de lo que había pasado. Aunque no pudimos ver su cadáver era totalmente improbable que hubiera sobrevivido. Decidimos que lo que había pasado no podía saberlo nadie o estaríamos acabados, así que planeamos encubrir un homicidio imprudente. Buscamos su cadáver por todas partes, pero no encontramos nada. Parecía que había desaparecido. Estábamos desbordados.

Cuando buscamos a Ana estuve pensando en lo cruel que fui con ella, pero tenía mis razones, no se portó bien conmigo. Lo pasé mal, ya que me utilizaba cuando le apetecía. Yo esperaba ser algo más para ella, así que un día decidí ir a visitarla a su casa, darle una sorpresa.

Cuando llegué, llamé a su puerta. Estaba muy nervioso, miré el reloj, marcaba las siete y veinte. Mi mano rodeaba unas preciosas rosas. Entonces Ana me abrió; se quedó paralizada cuando me vio allí. Le pregunté qué le pasaba, pues tenía la cara de no haberse alegrado por verme. Me respondió con una pregunta “¿qué haces aquí?” Yo le dije que solo quería sorprenderla... Ella me contestó que era mejor que me fuera. Fue entonces cuando entendí que no estaba sola en casa, así que me fui.

Aun así, seguí detrás de ella, intentando llamar su atención. Yo le decía que la quería, pero no terminaba de

creérselo. Suponía que lo estaba diciendo para burlarme, pero no, yo la quería de verdad. Además, no le convenía, ya que le gustaba más ir por libre y que nadie le molestara.

Cada vez me doy más cuenta del tiempo que perdí con Ana, pero no me arrepiento, porque, aunque lo haya pasado mal, mereció la pena “estar a su lado”.

Después de buscar durante horas, no la encontrábamos por ninguna parte, así que decidimos actuar como si no hubiera pasado nada. Nos fuimos cada uno a nuestras casas e intentamos parecer normales. Al día siguiente, la policía nos vino a preguntar si sabíamos algo de la desaparición de Ana, por qué había desaparecido y si podíamos aportar alguna información de lo sucedido.

Viruca, tú fuiste la más frágil al contestar a las preguntas en el interrogatorio. No supiste afrontar lo que sucedió y mostrabas que no estabas bien. Te afectó mucho en todos los sentidos. Te sentiste mal psicológicamente, llegaste al punto de no poder comer. Decías que no tenías hambre, que ya comerías más tarde, pero al final nunca lo hacías. Tampoco ibas al instituto, ni siquiera hablabas con nadie.

Fui a visitarte, pues mi vida estaba al filo del precipicio, necesitaba tu ayuda. Confiaba en que me animarías. Esperaba poder desahogarme contigo, pero mi sorpresa fue que estabas peor que yo. Tenías esperanza en que yo pudiera ayudarte. No supe hacerlo.

Cuando llegué a mi casa, después de haber estado hablando contigo, tomé una decisión.

CUÍDATE.

Queridos papá y mamá:

Soy Viruca y la carta que acabáis de leer son unas palabras de suicidio de Ander.

Como ya sabéis, él no estaba bien y ha dejado esta nota para todos los que lo querían. Hizo una copia y se la mandó a la policía, además de subirla a la web del instituto. En este momento, todo el mundo sabe lo que pasó.

Ayer fui a clase, como todos los días, pero lo que yo no sabía era que la gran mayoría ya la había leído. Rápidamente pude comprobar las caras de la gente mirándome como si fuera una asesina, comprobé el móvil y ahí fue cuando vi el tweet.

No sabía qué hacer, estaba paralizada y entonces me fui corriendo de allí. Entré en mi casa y os vi discutir en la cocina, recé para que no os hubierais enterado... pero lo sabíais. Yo me sentía aterrada y con miedo.

Me dijisteis que sabíais lo que había ocurrido. Y que me tranquilizara porque lo que me ibais a decir no me gustaría. Tendría que ir a declarar. Desde ese momento, no presté atención a lo que me comentasteis después. Pensé en un segundo todo lo que me podía pasar y entonces me fui a mi cuarto aturdida. Busqué por internet la pena de prisión

que me podía caer por lo que hice y me conmocionó saber que la condena era de uno a cuatro años de cárcel. Entonces lo pensé todo, tenía un plan.

Iba a escaparme. No tenía claro dónde ir, pero de lo que estaba segura era de que no me iba a quedar. Os dije que iba a dar una vuelta con Emma y que volvería pronto. Cuando me alejé llamé a Alex. Le conté lo que había planeado y me dijo que ni se me ocurriera, que era una locura. Le contesté que estaba bromeando y que no lo haría. Cuando me comentó su opinión sabía que no podía confiar en él.

Posteriormente llamé a Emma. Me dijo que no estaba de acuerdo, pero que, si de verdad lo necesitaba, que lo hiciera. Fue ahí cuando supe lo que debía hacer.

Regresé a casa y vosotros me dijisteis que, al día siguiente sobre las once, estaba prevista la declaración. Me agobié porque no sabía si tendría tiempo suficiente, pero intenté planificarlo todo para lograrlo.

A la mañana siguiente, me levanté muy temprano. No podía dormir, pero gracias a eso pude culminar mi estrategia. Estaba muy nerviosa porque sabía que lo que iba a hacer dañaría a las personas que realmente me importaban. Pero en estos momentos era necesario pensar en mí misma.

Estoy escribiendo esta carta como nota de suicidio. Supongo que ya habréis descubierto mi “plan”.

Tranquilos, estaré bien, con unos viejos amigos.

Curro Viejo Carrabeo 2º Bachillerato A

LA VERDAD DE LOS OJOS



ya en el epílogo de mi vida, amparado por el conocimiento que te otorga la vejez, decidí tornar la vista atrás y a través de la espesa neblina que es el paso del tiempo, someter a juicio el peor error que puede cometer un ser humano a lo largo de su existencia: rehuir una mirada que clama ayuda.

Amaneció y me desperté con el primer halo de luz que se coló por la persiana, salí de mi habitación para encarar la cocina de nuestro pequeño piso en el barrio sevillano de San Gil. No era mucho, pero en los tiempos que corrían tener un techo y pan todos los días era una bendición. Éramos tres personas las que hacíamos de ese sitio un hogar, mi padre Germán Pérez, mi hermano Rafael y yo. Mi padre era un hombre alto, de pelo negro y delgado, con una cara tan desgastada por los continuos golpes que la vida no paraba de ofrecerle, que le hacía aparentar bastante más de los cuarenta y seis años que tenía. Mi hermano Rafael era un niño todavía inconsciente de que, en la España de 1947, los niños debían hacerse hombres rápidamente para poder sobrevivir.

Mi madre era la que completaba la familia, pero hacía cuatro años que nos dejó. El nueve de noviembre de 1943

se la llevaron arrestada bajo el pretexto de ayuda al bando republicano. Fue el último día que la vi con vida, me sonrió antes de atravesar el marco de la puerta del piso. Corrió una lágrima por mi mejilla que presagiaba el transcurrir de los días venideros.

Me senté en la mesa de la cocina a desayunar con mi padre. Hacía ya dos años que trabajaba con él en la frutería y era rutina el tomarnos un café todas las mañanas antes de ir a trabajar. No solía hablar nunca. Se quedaba mirando la taza mientras escuchaba mis monólogos sobre fútbol, política o lo que tocara debatir ese día. Una vez el desayuno finalizó, escuché las primeras órdenes de mi padre como un soldado escuchando a su cabo.

-Jaime, vete abriendo la tienda. Bajaré en cuanto acabe el papeleo que tengo pendiente.

-Sí papá, ya voy.

Bajé las escaleras y salí a la calle. Metí la llave en la cerradura mientras saludaba a la vecina de al lado.

-Buenos días doña Paqui -dije esbozando una sonrisa -
¿Cómo está usted?

-Muy bien Jaime, hijo -respondió doña Paqui con una voz maternal- qué pena que tengas que estar trabajando con lo joven que eres, un niño con diecisiete años como tú debería estar en la escuela por la mañana y buscando a una buena mozalbeta por la tarde.

Le respondí a sus palabras con otra sonrisa y me metí en la tienda a empezar la jornada. La tienda era algo pequeña pero muy bien aprovechada, rodeada de estantes de madera y con un mostrador pequeñito en frente de la puerta. Encendí las luces y empecé a colocar las cajas de fresas que llegaron el día anterior por la tarde.

Una hora después, apareció mi padre y comenzó a organizar pedidos para que más tarde yo fuera a entregarlos. El transcurso de la mañana fue como siempre. Venía la Pepi, la vecina de en frente a contar historias sobre supuestas rebeliones y un futuro cambio, monólogo que mi padre siempre tenía que acallar.

-Pepi, cálese mujer. Si la escuchan hablando así...

-Pues que me oigan. Ya está bien de quedarse calladito, que al final de tanto cerrar el pico va a enfermar una.

Tras la Pepi, se pasaba la Puri a comprarle plátanos a su marido para que se los llevara al trabajo porque, según decía, “el campo es muy duro y un hombre necesita del potasio que le ofrece el plátano”.

Así avanzaban las horas y, vecina tras vecina, iba a finalizar la jornada de la mañana. Fue entonces cuando se abrió la puerta y apareció alguien que no esperábamos. Manuel Gallardo, el teniente de la guardia civil. Era un hombre no muy alto, pero fuerte y serio que se hacía respetar por toda Sevilla. Venía acompañado por su hija Laura, ella fue compañera de clase cuando yo asistía a la escuela. El polo

opuesto de padre. Vivaracha, risueña y desprendía simpatía por donde pasaba.

- ¿Qué va a desear, teniente? - dijo mi padre con voz servicial.

-Yo no quiero nada de una tienda como esta. Es mi hija la que, de paso por aquí, quería comprar manzanas para su madre y se le ha ocurrido pararse.

Se desplazó a un lado de su padre dejando de estar a su retaguardia y se dejó ver. No era para nada como la recordaba. Esa niña que yo conocía parecía haber sufrido una metamorfosis para dejar paso a una mujer. Era un poco más baja que su padre, pero no mucho más. Tenía el cabello castaño y largo, una tez fina y delicada como si la hubiesen fabricado en la China con porcelana. Tenía unos ojos marrones que parecían pronunciar más palabras que los labios delgados que posaban bajo ellos.

Laura era la debilidad del teniente. La única capaz de suavizar el carácter autoritario de su padre y, a expensas de algún hombre con más mando que el ilustre Manuel Gallardo, la única con la suficiente valentía para enfrentarse a él.

- ¿Cuánto tiempo verdad, Jaime?

Mi antigua compañera de enseñanzas reinaba en el barrio. Todos los jóvenes, revolucionados por el ajetreo hormonal que provoca la adolescencia, se quedaban prendados de aquella

niña. Y yo, como buen adolescente e idiota, que en este caso son sinónimos, no iba a ser menos.

Me quedé paralizado y fui incapaz de articular una sola palabra, tras un titubeo salió la voz de mi padre al quite dejando que mi tembleque en la voz amainara.

- ¿Qué va a querer la señorita?

-Una bolsa de manzanas si es tan amable.

Le despachó lo pedido y tomó otra vez el mando en la conversación el teniente con la voz sólida y firme que le caracterizaba.

- ¿Cuánto se debe frutero?

-Dos pesetas.

Le extendió lo debido y salieron padre e hija por la puerta. Una vez hubieron salido, mi padre se giró hacia mí y me dijo:

-Ten cuidado Jaime. Ten cuidado donde caes porque no vas a saber cómo salir.

Acabó la mañana y subimos al piso a almorzar. Mi padre no abrió la boca para variar, y era mi hermano Rafael quién amenizó esta vez la comida contando los goles que había marcado en el recreo y lo bien que se lo había pasado en la clase de Lengua con la señorita Asunción.

Mientras mi hermano hablaba sin fin, mi padre asentía con la barbilla hundida sobre el pecho, pensando con resignación, en lo poco que le quedaba de niño a su hijo y en que pronto tendría que hacerle ver lo dura que era la vida fuera de su aula. Yo tampoco era el alma de la fiesta. Me pasé todo el rato mareando el arroz, reviviendo el encuentro con Laura a cada vuelta que daba con la cuchara.

-Jaime, no creo que haya mucho trabajo esta tarde, tómatela libre ¿vale?

Me despertaron las palabras de mi padre del letargo en el que me encontraba, no era normal que me dejara una tarde libre, pero creyó que me vendría bien tomar un poco el aire, y yo también lo pensaba.

Una vez el calor primaveral de la tarde se sofocó un poco, reuní valor para salir a la calle. Salí a la puerta de mi casa y empecé a andar calle arriba. Giré a la derecha en la calle Escoberos y seguí adelante hasta la plaza de San Gil. Anduve con la cabeza gacha y distraído en mis pensamientos. No sé si porque todavía recordaba la escena de la mañana, o porque no me interesaban los dimes y diretes que las vecinas de la barriada pregonaban a voces desde el balcón, informando a toda la ciudad para regocijo de algunos y desinterés de otros, como yo.

Llegué a la plaza y me aposté en uno de los peldaños de la iglesia. Seguía en mi mundo, sin darme cuenta de lo que pasaba alrededor y sin percatarme de que alguien se estaba acercando a mí.

-Cualquiera diría que no te has alegrado de verme...

Por segunda vez en el día, mi garganta se hizo un nudo y me pareció que el sol por un momento dejó de calentar y cambió sus rayos por un viento gélido. Me costó un minuto recuperarme y deshacer el embrollo que se había formado en mi garganta. Una vez pude levantar la mirada y armarme de valor, decidí abrir la boca.

-Ya, bueno... No te esperaba. Lo siento.

-Hombre, si me ha honrado con nada menos que seis palabras. No te recordaba mudo antes de que dejaras el colegio.

-Yo te recordaba más bajita cuando íbamos a la misma clase.

No supe muy bien por qué dije eso. Me sentí ridículo al acabar. A cada palabra que decía, empequeñecía un centímetro y ella ganaba dos.

-Y yo que creía que ni te acordabas de mí.

-Por suerte o por desgracia, me acuerdo de todo.

-Oye... siento mucho lo de tu madre. No tuve ocasión de decírtelo.

Por primera vez en la conversación, levanté la mirada y me enfrenté a sus ojos. Tenía empatía y sinceridad en ellos; yo rabia e impotencia en los míos.

-Cada uno piensa como piensa, una pena que a algunos le repulsen las ideas de otros.

Me volví y eché un vistazo a la plaza. Los naranjos parecían estar también exhaustos del calor que sufría la ciudad y los azahares ya se estaban empezando a cansar de impregnar su olor en las calles. La primavera entraba en su escalada hacia el verano y yo, en ese momento, tenía frío.

Sentí tirar de mí y, al volver a enfrentarme a Laura, vi algo en ella que no había visto nunca. Estaba triste y me miraba con pena.

- ¿Te pasa algo?

Esbozó una sonrisa forzada que ni el más de los ingenuos se la creería.

-Me tengo que ir ya. Me esperan mis padres en casa.

Bajó los escalones y empezó a cruzar la plaza. Cuando iba a tomar la esquina, se giró. Yo seguía ensimismado intentando descifrar si con mi torpeza habría dicho algo para entristecerla.

-Me ha gustado volver a verte.

Levanté la cabeza para ver cómo desaparecía y cómo me dejaba allí; desconcertado, sin saber qué había pasado en esos diez minutos. Se levantó una brisa que hizo agitar las hojas de los árboles. La plaza que había sido testigo de aquella escena, parecía indicarme la salida de su recinto, como si ya hubiera tenido bastante ajeteo por hoy.

Bajé los peldaños despacio y comencé a andar buscando la salida. Miré donde hacía un minuto estaba sentado. El reloj de la iglesia marcaba las siete y veinte. Años después acabé prefiriendo que aquel entresijo metálico que dictaminaba la hora, perdiese una de sus manivelas y dejase de funcionar, como si así, la vida parase con él.

La aguja más longeva se movió, había pasado un minuto. Laura se había marchado y lo último que había visto de ella, fue una mirada triste. Una mirada que decidí rehuir.

CEREZOS



Cerezos, tan coloridos y llenos de luz, de vida... Eran tan alegres, tan increíbles. Esa caída de cada una de sus hojas en otoño que era capaz de conmover a cualquiera que viera aquel suceso. La gente siempre decía que nada de eso era cierto, al final eran solo árboles. Había muchos iguales, con las mismas hojas, con el mismo tronco... Eran como copias hechas a 3D y a color. Nada especial que ver en ellos, solo múltiples hojas de color rosado cayendo poco a poco.

Pero para Stella nada de eso era cierto, ella no creía las "vulgares mentiras" que soltaba la gente. Y es que, aunque parezca extraño, ella no veía los árboles iguales, cada uno tenía unas hojas y un tronco distintos, no entendía nada de lo que las personas decían de aquellos árboles llenos de vida.

Algunas veces, los árboles se secaban, al igual que las otras plantas. Pero siempre quedaba un recuerdo, que era el tronco, sin hojas, pero seguía ahí.

A la curiosa chica le llamaba la atención todo aquello, pues eran bonitos; pero si no los cuidabas bien, se secaban, aunque siempre quedaría un recuerdo, pero ya no todo sería lo mismo

que antes, al igual que el amor verdadero. Por todas aquellas casualidades ella los llamaba "los árboles del amor".

Por eso mismo, iba por la tarde sobre las siete y veinte a un bosque cercano a su casa, pero no era como cualquier bosque; si lo fuera, no habría ido tan a menudo. Era un bosque lleno de cerezos. No os podéis imaginar la alegría que le daba de golpe a la chica entrar en aquel "laberinto" y contemplar aquellos colores tan bellos.

Por desgracia, esos bellos colores de pétalos desaparecieron y dejaron un triste tronco con ramas secas.

A Stella esto le causó mucha impresión, se suponía que no era el momento para aquello. Faltaban meses para ese suceso natural. Ella miró los pétalos coloridos de los demás, observando su ambiente de felicidad y lujuria. Luego volvió a mirar al triste tronco donde ella se sentaba todos los días a dibujar.

—Ahora es diferente —dijo mirando hacia el cielo, intentando captar el motivo por el que sucedió aquello. Ahora era más triste, apagado y ni siquiera era la mitad de atractivo que los otros. La chica se alejó del cerezo apartada por su ambiente de melancolía y se dirigió al más bello, alto y reluciente.

Sin darse cuenta se sentía mal, un poco culpable de algo que ni ella misma podía entender. Desobedeciendo sus sentimientos se quedó dibujando en el mismo árbol. Y minuto tras minuto, llegó la hora de irse a casa.

Al día siguiente regresó al bosque simplemente para comprobar si los demás cerezos se encontraban en el mismo estado que su anterior favorito. Ella corría de prisa, como si de escapar se tratase hacia los árboles, cuando de repente vio algo diferente. Una chica arriba del cerezo más seco de todo el bosque.

Ella era hermosa, con un largo cabello liso teñido de un color violeta que realmente le quedaba espectacular, una cara fina, ojos grandes y marrones, una nariz rechoncha y unos labios hermosos. Llevaba un vestido de color blanco y rosa muy claro, tan largo que le llegaba hasta los pies.

A Stella le dio un poco de miedo aquella situación; la chica miraba al vacío cansada e inexpresiva. Ella había subido hasta ahí con su último aliento y Stella sabía que eso no podría suceder. No quería vivir esa experiencia, así que se armó de valor para correr y agarrarse a una rama, a continuación miró al suelo.

Se preguntó qué estaba haciendo, podría caerse ella también y estaría en peligro.

—Llegados a este punto, no puedo ir para atrás— Suspiró tomando fuerza para subir más hasta llegar a la desconocida.

La triste adolescente la observó durante unos minutos, su mirada era de sorpresa y, en el fondo, de alivio.

—¿Qué haces? —le preguntó Stella incorporándose para, seguidamente, sentarse junto a ella en la dura rama.

—Nada, solo observaba las vistas — le contestó la desconocida mostrándole una mirada vacía a Stella.

—No lo creo ¿Podría saber tu nombre? —dijo apartándole el pelo de la cara a la triste chica.

Por un momento se quedó callada, mirando a la nada y aparentemente pensando en algo.

—No tengo la necesidad de decírtelo.

Aunque Stella había visto a esa chica una única vez en la vida, tenía la sensación de que la conocía de antes. Fue entonces cuando solo se le vino un nombre a la mente: "Jenn". La chica se levantó apoyando sus desnudos pies en el tronco. A Stella la invadió el pánico y la agarró del vestido, empujándola para atrás y sentando a la chica muy pegada a ella para, posteriormente, pasarle el brazo por los hombros, protegiéndola de caer.

—¡Dame un respiro! - suspiró Stella.

—Lo siento, supongo que esperaré— le contestó Jenn mirándola con enfado.

Stella se puso de pie en la rama, apoyando su mano en el tronco y le tendió la mano a Jenn.

—Ven aquí, bajemos; hablaremos más tranquilas— Jenn la cogió de la mano y Stella la ayudó cuidadosamente a bajar del cerezo.

Una vez en el suelo, Stella la miró a los ojos y comprendió que ella en realidad no quería hacerlo.

—Escucha, te va a sonar raro, pero eso que quieres matar no eres tú. Es una parte de ti— le explicó Stella haciendo que Jenn reaccionara a esta frase mirando hacia abajo y encogiéndose de hombros.

—He tenido muchos sermones por hoy— dijo Jenn sonriendo. Esto le causó una pequeña carcajada a Stella.

—¡Sí que te aburres rápido! — rio Stella.

—Muchas gracias por ayudarme, supongo que eres la única que entiende que yo no quiero ser así— Jenn sonrió amablemente rascándose la cabeza. —Me tengo que ir— añadió rápidamente.

—Ven aquí mañana a la misma hora, me causas una impresión... extraña—la invitó Stella. Y posteriormente añadió —¡Ah! ¡Y ten cuidado! —le gritó Stella a la chica que ya se iba corriendo por el bosque hacia su casa. Ella se dio la vuelta mientras seguía corriendo.

—¡Sí, mamá! — le respondió ella con una sonrisa vacilona y soltó una gran carcajada. Stella miró al triste árbol de nuevo. De repente, le salió un pétalo en una de las ramas más altas de toda la planta. Ella no comprendía nada de esto, era muy raro y un tanto escalofriante. Horas después, volvió a su casa otra vez a realizar su rutina.

El siguiente día, allí estaba Jenn, esperando a su amiga sentada con las rodillas en el pecho sosteniendo un libro antiguo. Paseando su mirada a través de cada frase. Levantó la cabeza y la vio. Stella se encontraba corriendo hacia ella con un pequeño cuaderno de dibujo con portada negra y una larga cinta de marcapáginas. Ella levantó una mano en forma de saludo hacia Jenn y se sentaron juntas de nuevo.

—¿Qué tienes ahí? —le preguntó Jenn señalando a la libreta con una mirada feliz. A Stella le gustó bastante esto, ya que el día anterior se la veía muy apagada.

—Son dibujos, nada importante—le respondió Stella encogiéndose de hombros.

—¿Estás de broma? ¡Quiero ver!

Jenn le saltó encima juguetonamente para quitarle el cuaderno a Stella. Todo iba bien, se reían juntas muchísimo.

Era un sueño hecho realidad, Stella no tenía muchos amigos; aun así, siempre se imaginó la típica escena de mejores amigos charlando y riéndose juntos. Con ella era lo que conseguía, le encantaba pasar el día con ella, aunque esto significase estar bajo ese espantoso árbol un buen rato.

Por todas estas razones estuvieron día tras día, mes tras mes. Todo iba muy bien, hasta había florecido el árbol. Era hermoso. Stella llegó a la conclusión final de que quizás todo aquello fue demasiado. Demasiados sentimientos, demasiados días, demasiadas carcajadas...

Hasta que llegó el día que Stella se veía venir desde hacía tiempo atrás. Jenn esperaba con cara de vergüenza y felicidad. Estaba peinada con una trenza y tenía el pelo lleno de pétalos de color rosa caídos del árbol. Sus manos sostenían con fuerza un ramo de tulipanes rojos. Cada minuto que pasaba sus ojos se llenaban de más lágrimas, no sabía lo que pasaría o cómo se lo tomaría Stella. Fue en ese momento cuando se le estremeció el corazón al ver a Stella andando hacia ella mirando hacia abajo. Cada paso que daba Stella hacía el tiempo más largo para Jenn. Entonces llegó.

—¡Stella! — Jenn la abrazó lenta y profundamente. Stella hacía lo mismo.

—Estás... muy guapa— dijo Stella sonriendo y ofreciéndole una mirada encantadora. —Stella, has hecho cada minuto de mi vida muy especial y me encanta estar contigo. Eres la mejor persona que he conocido nunca. Durante estos días he sentido un remolino de emociones y creo que es hora de contártelo, espero no equivocarme.

Jenn agarró en el aire unos pétalos y los apretó con su mano izquierda, mientras le ofrecía el ramo de flores con su derecha.

—¡Te amo! —le confesó finalmente Jenn. Stella la miró a los ojos, llenos de lágrimas y emoción, felicidad y preocupación. Tantas emociones juntas...

Jenn se colocó rápidamente las manos en la cara, tapando sus ojos, evitando que Stella viera sus lagrimosos ojos.

—Jenn...— Stella le puso la mano en la mejilla y le levantó la cara, haciendo que la mirase a los ojos.

—Esto es demasiado. No puedo, lo siento— añadió Stella.

Jenn la miró a los ojos, desilusionada, sorprendida, rota. Stella solo observó la cara de Jenn, sintiéndose muy culpable. Luego partió lo más rápido posible hacia su casa, no quería soportar ese momento, no podía verla así, no por ella. Jenn tiró el ramo al suelo, ya no podía aguantar las ganas de llorar. Así lo hizo, lloró desconsoladamente. Por cada llanto una rama del árbol se pudría. Por cada lágrima, una hoja del árbol se caía.

Stella se encontraba en su casa mientras tanto, con la espalda apoyada en la puerta de la entrada. Miraba una imagen de Jenn y de ella misma. La había dejado sola, destrozada enfrente del árbol donde se conocieron. No quería volver allí nunca más.

Stella no vio a Jenn en días, ni siquiera pisó el bosque. Le dolía estar en ese lugar. Se preguntaba dónde y cómo estaría ella, quería verla otra vez. Quería revivir el pasado, los buenos momentos. Las carcajadas, las miradas. . .

Así que decidió ir allí de nuevo y superar aquel suceso.

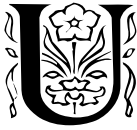
Cada paso que daba por allí, más se estremecía su corazón. Entonces lo vio. El árbol no estaba realmente destrozado, la ropa de Jenn estaba en el suelo y en el tronco parecía haber un mensaje tallado. Este decía: "Mira lo que conseguiste".

Entonces logró darse cuenta de que jamás volvería a verla.

BORRADOR

Emma Miranda Caramé 2º D

CLUEDO



Una melodía bajo la fría nieve de diciembre. Un sinfín de notas que me causan nostalgia y melancolía. Este recuerdo del pasado. . . esta sensación tan cálida y hogareña... ¡es navidad! Mi familia y yo cantando villancicos mientras tomábamos chocolate caliente. . . Repetiría ese momento una y mil veces más, si tan solo eso fuese posible. . .

No recuerdo mucho de la masacre, está todo borroso y confundido dentro de mi cabeza. Tras la tragedia ocultaron el caso e hicieron como si nada hubiera sucedido, pero la presión pudo con algunos y la locura se llevó a otros.

Pregunté al respecto, pero callaron; decían que no lo entendería con quince años. Entonces les propuse una idea: investigaría el caso yo misma. “Por los viejos tiempos” decía. . . y allí estaba, investigando el asesinato de mi tía June, Junie para la familia.

A nuestra sangre siempre nos ha llamado el misterio, por eso nuestro juego era el Cluedo. Todos los años jugábamos cuatro veces: el último día de la feria del pueblo, el día de los fuegos artificiales de verano, el día de los muertos y en navidad.

Esos días serían el escenario de un crimen perfecto. Nos reuníamos, planteábamos el crimen, y teníamos hasta el siguiente encuentro para resolverlo. Todo es tan divertido cuando es un juego, que nos olvidamos de lo corrupto que sería si eso pasase. Y el karma decidió darnos un buen escarmiento, haciendo realidad uno de nuestros casos.

Lo primero que hice fue hablar con Gorka, mi tío. Me dirigí a su piso y le conté mi plan. Me apoyó, aunque confesó:

– Ane, te quiero dar un consejo. No confíes en nadie, incluso si es muy cercano. No sabes de lo que somos capaces. . .

Lo miré extrañada y sonrió.

Hice una lista de los familiares que asistieron a la fiesta:

Anfitriones: - Ainhoa, Mikel

Asistentes:

- ~~June~~
- Gorka
- Letizia
- Carlos
- Ane
- Jon
- Maya
- Julen
- Aliza
- ~~Aitor~~

- Itziar
- Adame

- Genial, ahora solo te queda tomar testimonio de catorce personas, de las cuales tres han muerto y otras tres han perdido la cordura. - Dijo en tono burlón.

- Puedo hacerlo.

No tardé en ir a por la primera persona de la lista.

AINHOA

Ainhoa es mi tía, anfitriona aquel trágico 2012. Después de aquello, salió bastante afectada. No ha vuelto a ser la misma desde entonces.

Cuando llegué a su casa, no recordaba lo grande que era. Mi abuelo había decidido con razón el escenario del crimen. Parecía una típica mansión americana, solo que estábamos en el País Vasco. Era la casa soñada, perfecta, pero con una historia oscura detrás. . .

Llamé a la puerta. Me abrió Mikel y me invitó a pasar a la sala. Allí se encontraba ella, sentada, mirando la vieja chimenea de leña, viendo cómo las ascuas estallaban en ira y pasión. Antes de poder decir nada, empezó a hablar:

-Siéntate. Sé por qué estás aquí. Era el veinticuatro por la noche, cuando tu abuelo convocó una asamblea familiar de emergencia, anunciando un nuevo caso de homicidio.

Todo el mundo se alegró de participar en la última jornada, incluyéndome. El suceso era el siguiente: “Había un asesino entre nosotros, y esa noche atacaría a su víctima. Decidimos que Junie. . .” – mi tía empezó a llorar desconsolada.

Me quedé en blanco, pero vino Mikel y la tranquilizó mientras me decía con la mirada que lo esperase en un lugar apartado.

Fui a su despacho y lo esperé.

MIKEL

– Ainhoa dice que lo ha superado... Ojalá fuese así. Perder una hermana no es fácil – dijo.

Asentí y le pedí su historia.

– Ainhoa y yo pasamos la noche juntos, este testimonio vale por los dos. Como iba diciendo, empezó el juego. Pasó cerca de una hora desde el anuncio del caso cuando tu hermano gritó horrorizado. Fuimos a buscarlo y cuando lo encontramos. . . ella estaba muerta. Colgaba de la lámpara de araña de aquella habitación y una cuerda rodeaba su delicado cuello. Además, tenía signos de violencia y lesiones graves producidas por un arma; no se había suicidado. Nadie sabía qué había pasado. Solo sabíamos que alguien entre nosotros. . . era un asesino.

Sé que no recuerdas apenas nada. También tengo la respuesta a esa pregunta. – Dijo con expresión preocupada –

Los adultos allí presentes tomamos una decisión: ocultaríamos el crimen con un par de sobornos y a los más pequeños, os libraríamos de la culpa. Algo de escopolamina y no recordaríais nada. Drogaros con burundanga era lo más asequible.

Me vio aturdida y dijo:

– Lo siento. Pero no había otra opción.

– Siempre hay otra opción – dije abandonando la sala y dirigiéndome a casa con lágrimas en los ojos.

LETIZIA

Cuando volví a casa desconsolada, mi madre en seguida vino a preguntar. Le conté lo sucedido y se mantuvo en silencio unos minutos hasta que comenzó a hablar:

– Cuando dijeron que ella iba a ser la víctima nos dividimos en grupos. Mikel y Ainhoa fueron juntos y se perdieron detalles que yo no pasé por alto al ir con June. La veían normal, pero estaba intranquila. Se comía las uñas y se tocaba muchísimo el bolsillo izquierdo. Le pregunté qué pasaba, pero se limitaba a mirarme y evitarme. Después de todo, al ser el muerto, no puedes hablar hasta que termine la partida. Me desisté un momento y cuando miré atrás, ya no estaba. Había desaparecido... – calló y preguntó – ¿Te apetece que hornee galletas?

Mi madre evitó el tema durante la semana, pero fui su sombra hasta que contestó:

– ¿Tantas ganas tienes de que siga? Vale. June desapareció sin hacer ruido. Tampoco la busqué, ya que no podía participar en la partida. No la volví a ver hasta el incidente. No hay más que decir.

– ¿Y por qué estaba tan nerviosa? ¿No le insististe? Podría ser causante de su muerte. Mamá...

– Ane, no todo el mundo es igual de enfático que tú.
– Me respondió muy molesta, ya que estaba insinuando su culpabilidad.

Me marché frustrada a mi habitación.

JULEN

– ¡Hermanita! – exclamó mi hermano detrás de mí.

– ¡¿Qué quieres?!

– Relájate fiero.

– Perdón, estoy estresada con esto del crimen. La justicia me llama – dije riendo.

– Disculpas aceptadas – respondió haciendo una reverencia.

Ambos reímos.

Nos llevamos dos años; él es mayor, pero yo soy más madura. Sin embargo, cuando Junie murió, fue el que me consolaba incluso si estaba igual de triste que yo; siempre ha sido muy fuerte mentalmente.

– ¿Recuerdas algo de aquella noche? – susurré mientras escuchábamos música tumbados en el suelo de la habitación.

Negó con la cabeza y dijo:

– Lo resolverás. Confío en ti.

ALIZIA, JON, GORKA

Fui velozmente a casa de mis abuelos. Llegué y entré sin dudar. Lo que me encontré no fue de mi agrado. Tan solo ver cómo callaron al verme, me molestó...

– Vengo a por vuestras versiones – dije ofendida.

– Peque, no es el momento... – respondió Gorka en tensión.

Miré desafiante y entonces prosiguió:

– Vale... ¿por dónde empezamos?

– ¿Qué tal por lo que acabáis de ocultarme tan descaradamente?

– Ane, no te incumbe.

– ¿No? ¿Y por qué he escuchado mi nombre si no me incumbe?

– Querida, solo hablábamos de que... te has obsesionado con este caso. Deberías dejarlo – intervino mi abuela.

– Vengo a por testimonios – repetí.

– Hablaré – dijo la áspera voz mi abuelo desde el fondo de la habitación – Decidimos que habría un cambio en el juego. Antes de empezar, cada uno le escribiría una nota anónima a la muerta. – Me apartó y me enseñó una de las cartas. Esta decía: “¿Y si murieses hoy de verdad?” – Me siento tan culpable por no haber hecho nada... Le dije que se despreocupase y guardó la nota en su bolsillo izquierdo. Cuando vi su cuerpo sin vida, deseé haber detenido el juego, haber estado en su lugar. Pero la empatía ya no servía y la culpabilidad me inundó. No lo superaré en la vida... – Una fría lágrima resbaló por la mejilla de mi abuelo mientras los demás agachábamos la cabeza.

– ¿De quién era la letra de la nota?

– Sé que era infantil. Por eso os drogamos, por si alguno de vosotros la había matado...

– Gracias por todo.

Asintió.

Por fin viendo luz al final del túnel... Solo quedaba una persona en la lista.

ADAME

Adame es uno de los hijos de June. Tenía doce años cuando sucedió la masacre, así que sospeché de antemano que lo drogaron. Aun así, fui a visitarlo.

– ¿Esa es la razón por la que no recuerdo bien? Vaya...

– Entonces... ¿nada?

– Recuerdo partes de la noche. Solo son fragmentos, pero a lo mejor te sirven.

– Todo sirve.

– Algo que no olvidaré es la imagen del cuerpo de mi madre. Ella había luchado por su vida, ¿sabes? Tenía la ropa rasgada; había intentado huir. – Notaba en su expresión lo roto que estaba – También recuerdo cuando los mayores se reunieron. Nos encerraron, pero logramos escapar para escuchar lo que había sucedido. No pudimos enterarnos de mucho, solo se escuchaban murmullos, pero comprendí algunas frases: “Los demás estábamos juntos”. “¿Qué debemos hacer?”. “No ha sido un suicidio y mucho menos un accidente”. “No puede haberla matado sola”.

Adame estaba siendo de mucha ayuda, eran detalles que me habían ocultado los demás.

– Yo también la echo de menos. . . – dije.

Sonrió y me fui.

Terminé. Solo quedaba unir las piezas del puzle reuniendo a la familia de nuevo.

FAMILIA

– No podáis ocultarlo siempre – dije entrando a la sala de reuniones: la piscina.

– Ane, podrás resolver todos los misterios del mundo, pero este, no – respondió mi abuelo.

– Ya veremos – respondí vacilando. – Conclusiones: June murió el veinticinco de diciembre a las siete y veinte de la mañana, cuando la noche era joven y el juego acababa de comenzar. El cuerpo fue encontrado en la habitación de invitados en casa de Ainhoa y Mikel cuarenta minutos después de morir. El arma se encontró rodeando su cuello de marfil: la cuerda. Tuve dudas sobre el asesino, pero la expresión fría de Blanco la delató – todo el mundo miró a mi abuela, en el juego llamada así. Entonces mi abuelo empezó a reír a carcajadas.

Lo miré perpleja. . . ¿Se estaba riendo de mí?

– Ups, se te ha escapado un detallito. ¿No has pensado... que tú misma podrías ser la asesina?

Los allí presentes me contemplaron. No dije nada. Estaba demasiado ocupada pensando.

– ¿No hablas? – preguntó mi madre.

– ¡¿Por qué me lo ocultasteis?! No fuisteis sinceros... – no pude evitar llorar. Una vez empecé, no paré. Tenía que desahogarme.

Pasó el rato y la familia se disipó por la casa mientras mi abuelo se acercaba a hablar conmigo:

– ¿Soy una asesina? – dije derramando lágrimas aún.

– No fue tu culpa del todo, Ane.

– ¿Cómo que no “del todo”?

– No digas que no deseabas un misterio, real. Toda la familia lo anhelaba tanto, que decidimos preparar uno en vida real, con muerte real. Junie era la candidata perfecta: todos la amaban y nadie imaginaría un asesinato colectivo. Esta es nuestra familia, algo perturbada y retorcida en el fondo... El único caso que nadie nunca resolverá será el de la familia Iriondo... – Jamás podré olvidar la expresión de satisfacción de ese loco.

Me di la vuelta y todos estaban mirándome con una sonrisa de oreja a oreja. Habían mentido. Todos. Estaba tan confundida... Toda mi vida estaba basada en una mentira. Tenía una familia de psicópatas... literalmente. Había estado investigando para nada. Toda la historia de June era lo que veía del iceberg sin saber todo lo que me esperaba en las profundidades del mar...

– ¡¿ESTÁIS LOCOS?! – grité asustada de mi propia familia, si es que puede considerarse así.

Mi madre miró a Julen y asintió. Antes de volverse todo negro vi cómo la adrenalina de aquellos locos subía sin control y entonces desperté aquí, en este extraño lugar.

Aún no he conseguido averiguar muy bien dónde estoy: solo puedo decir que es una habitación blanca muy grande, en la cual no puedo distinguir paredes.

Tan solo tengo un objeto: un reloj, en el que las agujas no se mueven y marcan las siete y veinte.

UN “TE ODIÓ” NO ES LA MEJOR DESPEDIDA

Las siete y veinte. Era la hora que marcaba el reloj.

Me encontraba sentado en el asiento del coche. Mi padre estaba conduciendo lo más rápido que podía y mi madre estaba atacada de los nervios.

“Esto no está pasando”. Me negaba repetidas veces a mí mismo. Las lágrimas empezaron a brotar de mis ojos al recordar lo ocurrido hace unos días.

Estaba en la casa de mi abuelo ya que mis padres se habían ido a trabajar. Mi abuelo tenía el pelo bastante canoso por la edad, los ojos, verde esmeralda, un poco de barba, una estatura normal y varias manchas en sus dientes debido al tabaco. Él ya no fumaba, pero los años en los que los cigarrillos formaban parte de su vida, le jugaron una mala pasada. Era una persona muy carismática; siempre ayudaba a los demás sin querer nada a cambio y comenzó a ser mi psicólogo personal cuando mi hermano se fue a Inglaterra. Mi hermano, al igual que yo, es de pelo castaño y ojos verdes. Es el mayor, tiene la piel algo pálida y hace más o menos dos años que no lo veo. Hablamos muy poco por WhatsApp, y con

“muy poco” me refiero a una vez al mes. Normalmente, nos enviábamos audios para escuchar la voz del otro. Para mí no era suficiente. A veces me preguntaba: “¿Estará enfadado y por eso no se comunica conmigo más de una vez al mes?” Me daban igual sus estudios y quería que estuviese junto a mí, por esa razón mi madre me llamaba infantil. Marcos nunca ha dejado de interesarse por el cuerpo humano y los seres vivos. Probó en varias universidades de la zona, pero por mucho que se esforzara y lo intentara, no lo aceptaban. Finalmente encontramos la Universidad de Westminster, que tenía Ciencias Biológicas como una de sus carreras, así que se fue del país. Me dolió que se fuera. Todo chico de catorce años lo haría si su hermano mayor se fuese al extranjero. Menos mal que mi abuelo era realmente bueno escuchando a las personas y, créeme, te sientes muy bien al desahogarte con alguien de confianza.

- Espero que Marcos venga de nuevo a casa, aunque sea tan sólo por mi cumpleaños - le comenté.

En ese momento yo estaba sentado en el sofá del salón y mi abuelo no paraba de cambiar de canal con el mando del televisor mientras se acomodaba en un sillón que había cerca del sofá.

- Yo también lo espero, Óscar - me dijo con una sonrisa nostálgica.

No me di cuenta del momento en el que me quedé dormido frente al televisor. Una voz conocida me hizo despertar de mi

sueño, pero no abrí los ojos ni me moví del sofá, tan sólo escuché la conversación.

- ¿Por qué? ¿No querías hacer esto?

- “Nada del otro mundo. Es el abuelo hablando por teléfono” - pensé, pero cambié de opinión al escuchar su voz. Estaba puesto el altavoz y podía escucharlos a ambos. Esa otra persona era mi hermano. Conocía perfectamente su voz. Habían pasado dos años desde que lo vi en persona en vez de a través de una pantalla. Marcos solo volvió a casa el día de Navidad de su primer año en Inglaterra. A partir de ahí, sus exámenes se le hicieron más complicados, tenía que estudiar en las vacaciones para recuperar algunas asignaturas suspensas y empezó a trabajar en una cafetería.

- Claro que quiero, pero con el trabajo y las clases casi no me da tiempo de estudiar. Y los exámenes están a la vuelta de la esquina. No sé si podré.

- No digas eso. Te haré una transferencia bancaria. Tú deja ese trabajo y ponte a estudiar - aportó firmemente.

- Abuelo...

- Ni abuelo ni nada, te ayudaré a terminar esa carrera.

- No hay manera de hacerte cambiar de opinión, ¿verdad?

- Exacto.

- Entonces, de verdad que te lo agradezco. Te debo un favor.

- Dejarás de deberme ese favor cuando hayas terminado la carrera de Biología, así que no vuelvas hasta conseguirlo.

- Lo prometo.

El hecho de que él pudiera volver y mi abuelo estuviese dándole ánimos para quedarse me ponía furioso. Quería pasar tiempo con Marcos, quería recuperar el tiempo perdido, y quería verlo en carne y hueso.

Ellos intercambiaron algunas palabras más y finalizaron la llamada. Volvió a sentarse en el sillón. Yo, en cambio, abrí los ojos y lo miré enfadado.

- Óscar, ¿estás bien? - preguntó preocupado.

- ¿Cómo voy a estar bien? Estás obligando a Marcos a quedarse en Inglaterra y sabes perfectamente que lo necesito a mi lado, que odio que esté lejos.

- No es así, lo hago porque sé que de verdad tu hermano quiere sacarse esa carrera. Yo le doy ánimos para que no se rinda tan fácilmente - se defendió.

- Que se rinda e intente otra carrera en nuestro país.

- Óscar, sabes que a Marcos le apasiona la vida de todos los seres vivos, la Biología.

- No puedes decidir por él.

- Y no lo hago, le estoy ayudando.

La ira me consumía por dentro y estaba seguro de que explotaría en cualquier momento. Mi cabeza no quería entenderlo.

- ¡Te odio! - pronuncié las palabras que aún me atormentan y me arrepiento de haber gritado. Me fui a casa de mis padres.

Los últimos días no salí mucho de mi habitación y mucho menos fui a casa de mi abuelo. Estaba enfadado con él, pero también conmigo mismo. Mi estúpido orgullo me impedía volver a ese lugar y pedirle disculpas.

- Óscar, ven rápido - escuché que mi madre me decía algo nerviosa.

Bajé las escaleras y la vi en el salón. Mi padre también se encontraba ahí. Él cogía las llaves del coche y mi madre caminaba rápido hacia la puerta.

- ¿Qué pasa? - me atreví a preguntar.

- Es el abuelo. Está en el hospital - habló apresuradamente.

- Vamos Óscar, al coche.

Mis padres y yo subimos velozmente al coche y tomamos rumbo al hospital.

Las lágrimas empezaban a caer en mi pantalón. Mi padre conducía, mi madre se mordía las uñas y las siete y veinte parpadeaba en el reloj del coche.

Llegamos al hospital, dando fin al tenso y silencioso trayecto.

Mi madre se fue a hablar con la recepcionista y le dio sus datos para poder saber en qué habitación se encontraba mi abuelo.

- Habitación ciento dos, en la primera planta.

- Gracias.

Subimos las escaleras, pero al llamar a la puerta del cuarto número ciento dos, no contestó nadie. Mi padre iba a abrir la puerta cuando nos encontramos con un hombre de unos cuarenta años, vestido con una bata blanca. Supuse que sería el médico. Se dirigió hacia nosotros.

- Veo que habéis salido del cuarto ciento dos, ¿sois los familiares de Pedro López? - nos preguntó.

- Sí, somos nosotros - respondió mi madre.

- Lamento decirles que el cáncer se ha extendido - comentó tristemente.

- ¡¿Cáncer?! - exclamó mi padre sorprendido y asustado a la vez.

- ¿No lo sabían?

- No. Ese cabezota, seguro que se lo calló para no preocuparnos - habló mi madre con las lágrimas amenazando salir.

Estaba muy asustado como para aportar algo a la conversación. La idea de perderlo no entraba en mis planes. No podía hacerme eso.

- Permítanme que les explique. Pedro tiene cáncer de pulmón desde hace unos años y nunca ha querido ningún tratamiento. Al parecer, el cáncer se ha extendido más.

- Entonces... ¿él...? - murmuró.


- ... - asintió. - Lo siento mucho. Si quieren pueden pasar a verlo. Está dentro - se refirió a la habitación.

Entramos en el cuarto. Mi pobre madre rompió en llanto y abrazó a mi padre al ver a mi ya difunto abuelo. Yo seguía procesándolo todo. “Lo has perdido”. Me decía a mí mismo. “Ya no te hará más compañía, ya no podrás hablar con él y lo peor de todo, se ha ido sin que pudieras decirle lo arrepentido que estabas por haberte enfadado sin motivo alguno”.

Mis padres se sentaron en las sillas que habían colocado en la habitación. Yo me acerqué a mi abuelo.

- Lo siento - sollocé y una lágrima bajó por mi mejilla hasta caer al suelo.

UN LARGO TIEMPO SIN SU REFLEJO

n día él me dijo: “Cualquier día faltaré, recuérdame, no te preocupes puesto que nos volveremos a ver, no mucho más tarde de lo que realmente piensas”.

Ese día había llegado. Fue el doce de febrero del 2015 cuando mi abuelo ya no estaba. No es que hubiera muerto ni mucho menos, él seguía en buena forma. Solo que algo extraño había ocurrido. Yo siempre sentía que había algunas cosas que no nos contaba.

Soy Abril, tengo catorce años y vivo en Florida (Estados Unidos). En realidad, soy de España, hace solo unos años que vivo aquí. Mis únicos familiares son mis dos abuelos y mi madre. Mi madre se llama Marta y trabaja de diseñadora de interiores de casa; mi abuelo tiene sesenta y cinco años, se llama Matías y es un investigador retirado. Por último, está mi abuela Rosa, a ella le encanta viajar y fue una gran arquitecta. La situación de trabajo siempre ha sido difícil, mi madre y yo junto a mis abuelos tomamos la decisión de venirnos a vivir a Florida, un lugar con más oportunidades de trabajo y una calidad de vida genial. Al principio, fue bastante difícil ya que mi abuelo se oponía, nunca decía por qué. Al venirnos aquí,

ellos decidieron que querían una casa para ellos solos, aunque siempre habíamos vivido todos juntos.

Mi abuela nunca estaba ahí, era una mujer muy ocupada, siempre iba de un lugar para el otro. ¡Nunca paraba! El día en el que mi abuelo desapareció ella estaba jugando al tenis con sus amigas. Al parecer, ante la falta de mi abuelo ella no se sentía muy afectada ¿Acaso ella sabría dónde estaba?

Sin embargo, ese mismo día yo estaba muy preocupada, pero recordé otras palabras que él siempre me repetía como si fuera a ocurrir algo en cualquier momento y, al parecer, estaba en lo cierto. Él me decía: “Cuando falte, no avises ni preocupes a nadie, el tiempo te dirá lo que tienes que hacer”.

Esta confesión era confusa, así que ese mismo día examiné su casa entera de arriba abajo, hasta que en un cajón encontré el reloj de mano que él siempre llevaba en el bolsillo de su camisa. Las agujas no se movían, marcaban siempre la misma hora, las siete y veinte de la mañana. ¿Qué me querría decir eso?

Después de mucho tiempo pensando, recordé que había otro reloj de pared en mi casa. Fui corriendo para ver la hora que marcaba ese reloj, realmente nunca me había fijado. Al llegar abrí la puerta y, efectivamente, ahí estaba el reloj colgado en una pared de la entrada de mi casa, el reloj que me indicaría que eso no era solo casualidad sino algo más, una especie de señal. ¿Que querría decir todo esto? Eran un sinnúmero de preguntas que tocaba contestar por mí misma.

No se me ocurría nada. Cogí el reloj para verlo mejor de cerca, pero lo que descubrí fue que había una nota tras él, en la que ponía: “Espero que seas tú, Abril, la que esté leyendo esto. Si es así será porque he desaparecido, No te preocupes, yo sabía que esto pasaría. Tranquila, estoy bien. Si me he ido será por un motivo que descubrirás más adelante. Te dejo una dirección, no seas impuntual, corre”.

Me dejó unas coordenadas: Latitud 40.6643 Longitud -73.9385 409 Norte 39'51.ºeste 739 56 19**.

Una pregunta me mantenía con intriga, ¿a dónde me llevarían? Lo busque con mi móvil y me llevaban a ... NUEVA YORK.

Mucha emoción al principio, pero ¿cómo iría? Yo no tengo dinero, mi madre de viaje por trabajo y mi abuela ... mi abuela ni hablar. Conseguiré apañármelas sola.

Quizás el reloj de bolsillo tendría algo detrás como el reloj de pared, no perdía nada en ir a comprobarlo. Para mi sorpresa, había un billete de tren. Pero no ponía la estación. No fue muy difícil llegar a una conclusión, sin duda, era la estación favorita de mi abuelo de la que tanto hablaba, West Palm Beach (Florida). Efectivamente, los billetes eran a Nueva York. Como era de esperar salían a las siete y veinte de la mañana. Todo estaba relacionado.

Me pasé toda la noche en vela, haciendo una pequeña bolsa de viaje con solo lo necesario para una gran aventura en Nueva York.

Al día siguiente, justo a las seis de la mañana, puse mi despertador. Me vestí, tomé un ligero desayuno y en marcha fui hasta la estación.

Allí me sentí un poco perdida, ya que no había ido nunca, pero he de admitir que era preciosa. Era muy amplia, con bonitos decorados de los más famosos monumentos de la ciudad. Como, por ejemplo, La Estatua de la Libertad, que se encuentra en Nueva York. ¡ME ENCANTARÍA PODER VERLA! Según había visto en las fotos por internet, era una gran estatua de una mujer sosteniendo una antorcha de fuego, parece enorme.

En la estación tuve que preguntar a empleados que en ese momento estaban vendiendo tickets para las demás personas. Estaba buscando mi tren mientras me preguntaba a mí misma si llegaría a tiempo. Seguí buscando y buscando, al final lo encontré, estaba a punto de salir de la estación. Corrí como nunca. Al final sí llegué al tren a tiempo.

Después, un poco más tranquila me senté en mi asiento, estaba sola. Durante el viaje no comí nada, solo disfruté del paisaje y seguí pensando dónde podría estar mi abuelo. Estaba tan preocupada por él, que ni me había acordado de que al día siguiente era mi cumpleaños. ¡Qué emoción!

La verdad es que el viaje no se me hizo muy largo. Una vez allí, en Nueva York... ESPERA ¡QUÉ IBA A HACER YO AQUÍ? En mi cabeza solo me repetía esa frase a mí misma: qué haría ahora yo sola por las calles de Nueva York sin la remota idea de qué hacer, a dónde ir, cuándo...

Solo con pensar eso me estaba volviendo loca. Todo esto pasó justo cuando me bajé del tren, ya en la estación de Nueva York. Ahí me quedé parada unos instantes. En mi mochila se encontraba mi móvil y decidí mirarlo para saber la hora. La abrí y justo cuando iba sacar mi móvil alguien había metido algo en ella. Estaba totalmente segura de que yo no habría metido un diccionario en mi mochila, era estúpido. Lo saqué y empecé a mirarlo pasando una página tras otra. Pensé que así no acabaría nunca. Como imaginé que podría estar relacionado con mi abuelo, busqué su palabra favorita, *brisa*. Decía que le recordaba a cuando de pequeño vivía en su pueblo marítimo y jugaba en verano mañana y tarde con sus amigos a la orilla del mar. Sin duda, esa palabra era muy bonita.

En la página de la letra “b”, la palabra *brisa* se encontraba subrayada junto a otras palabras de la misma página. Si las unía formando una frase ordenada pondría: “Aquí no podrás sentir la brisa del mar, imagina algo parecido, pero sin playa ni sal”.

Sin playa, ni sal, sin playa, ni sal ... Me llevé un buen rato pensando. Era obvio que no se trataba de la playa. Piensa Abril, me repetía una y otra vez. Algo parecido al mar era ¡EL RÍO! Además, encajaba a la perfección con la frase del diccionario, el río no tenía playa, no tenía sal. Era perfecto. Además, para mi fortuna, se encontraba La Estatua de la Libertad justo al lado.

En realidad, el río de Nueva York no estaba muy lejos de la estación, fui andando tranquilamente. Mi abuelo dijo que estaba bien y en Nueva York no se está todos los días. Por el

camino vi los grandes rascacielos, con sus pantallas gigantes en ellos con anuncios y carteles de conciertos, festivales, etc.

Estaba ya al lado, desde la calle por la que caminaba ya se podía ver el río. Había como una especie de camino asfaltado de cemento alrededor de él. Ahí me encontraba yo en su asfalto. Dispuesta, mirando hacia un lado y el otro. Realmente, no sé si estaba buscando a mi abuelo u otra pista. En realidad, no lo sabía con certeza, yo solo observaba.

Pero después de llevarme un rato mirando, no podía ser verdad. No me lo podía creer. En la otra punta del puente estaba mi abuelo saludándome como si nada. Lo primero que hice fue saltar de la emoción y devolverle el saludo inmediatamente. Como siempre, ahora había otro problema, el puente estaba demasiado lejos de allí. ¿Cómo cruzaría? Menos mal que él rápidamente me señaló con el dedo una solución. Cerca de mí había un bote con dos remos, no sabía de quién era. Igualmente lo cogí y remé lo más rápido que pude hacia la otra parte del río.

No me lo podía creer, ya estaba ahí junto a mi abuelo. Le di un gran abrazo, tenía muchísimas preguntas para él. Sin duda, la primera sería que por qué se le había ocurrido irse de casa sin avisar. Antes de preguntarle nada, me contestó a todas mis dudas. Me dijo: “Sé que mañana es tu cumpleaños y te encantan las aventuras, los acertijos, las sorpresas ... Decidí irme sin contarte nada, sabía que vendrías en mi busca y que una chica tan intrépida como tú encontraría todas las pistas sin ningún problema. Y no me equivocaba. Sí, sé que suena

raro saber que me he venido a Nueva York solo por tu gran sorpresa, pero te lo mereces, esto y más pequeña”.

Con voz llorosa y las lágrimas saltadas respondí: “Abuelo, te lo agradezco muchísimo, no sabes lo mucho que te quiero, aunque tampoco hay ninguna palabra que exprese el aprecio y amor que te tengo. No soy yo quien se lo merece, te lo mereces tú, por todas las cosas buenas que has hecho por mí y por todos. Tú eras quien estabas ahí para hacerme feliz cuando estaba triste, quién me compraba mis caprichos porque sabes que me van a gustar, quien me organiza esta pasada de cumpleaños y, además, lo más bonito de todo es que nunca esperas obtener nada a cambio, lo haces de puro corazón y con toda tu buena intención siempre. Para mí no eres solo mi abuelo, eres mi amigo, mi compañero de payasadas, de mis ideas más locas, más estúpidas. También sé que siempre podré confiar en ti y contarte lo que me ocurra porque me ayudarás o me ayudarás todo lo que esté a tu alcance. Yo lo sé. Abuelo, por eso y por más te quiero infinitamente, te mereces lo mejor y yo no te merezco a ti”.

Después de contarle a mi abuelo todo lo que le quería y hacía por mí, a mi abuelo que nunca lo había visto llorar, se le saltaron las lágrimas. Nos abrazamos fuertemente, durante un largo rato. Me explicó que tenía planeado una gran lista de actividades para hacer en Nueva York y que no regresaríamos hasta la semana siguiente. Nos hospedamos en un gran hotel. Fue maravilloso. De regreso a casa, les conté todo lo que habíamos hecho a mi abuela y a mi madre por teléfono.

Esta es la historia de mi cumpleaños quinceañero con mi abuelo en Nueva York, pasándolo como nunca.

BORRADOR

BUTTERFLY



Elle nunca pensó que el destino existiera.

Que su padre desapareciera, eso no debería haber sido escrito. Ni que fuera incapaz de socializar, eso no estaba planeado. Ella era una falla, una falla en los hilos del azar. Sin embargo, conocer a Noah fue un regalo y a la vez su perdición.

Cuando empezó a escuchar las voces, lloró. Empezaron como susurros, palabras que se colaban en sus oídos y la hacían estremecer. El colmo fue cuando, un día, se encontraba sola leyendo.

–¿Mamá? - preguntó al aire. Había escuchado una voz, pero al estar centrada en la lectura, no estaba segura. –Mamá, ¿eres tú?

Silencio.

Cerró el libro suavemente y se levantó de la cama. Se acercó a la puerta y asomó su rubia cabeza. Las luces del pasillo se acababan en la escalera, lo que significaba que no había nadie. Su pecho se encogió.

Otra vez las escuchaba.

Se tumbó en la cama y se tapó entera, con sus rodillas en el pecho. Ahora escuchaba las voces mucho más fuertes. La llamaban, desesperadas. Elle deseó que se callaran, que cesaran.

Entonces se hizo el silencio y una sola habló, alto y claro:

-¿Elle? - la nombrada asomó la cabeza y sus ojos azules oscuros se abrieron con sorpresa a la vez que pegaba su cuerpo a la pared con desesperación.

Una persona translúcida la observaba sentada en su cama.

Era muy guapa. Fue lo primero que pensó luego del shock inicial. Su cara estaba llena de contradicciones, facciones masculinas y femeninas combatían por adueñarse del rostro. Labios gruesos, pestañas largas y unos ojos grises redondos contrastaban con los pómulos elevados, la mandíbula definida y la afilada nariz que portaba aquella persona.

No tenía claro su género. Su cuerpo tampoco daba muchas pistas; más bien veía su cómoda que se transparentaba a través.

-¿Me ves?!- preguntó con ilusión. Elle tardó en reaccionar.

-Sí... - el fantasma se abalanzó sobre ella, atravesándola. Elle sintió una sensación de calidez recorrerle el cuerpo.

–¿Quién eres? - le preguntó mientras se aferraba a las sábanas.

–La verdad es que no lo sé- confesó rascándose la cabeza.
– No lo recuerdo.

–¿Y cómo sabes mi nombre? - el fantasma volvió a reflexionar.

–No lo sé, solo sé que he aparecido aquí y que sabía tu nombre. Sé que tenía que decirte algo, pero no lo recuerdo- dijo más bien murmurando para sí mismo.

–¿Tampoco tu nombre?

Elle se mostró preocupada soltando las sábanas y acercándose. Se sentó a su lado y, extrañamente, sintió su calor corporal.

–Noah... Mi nombre es Noah, creo- contestó luego de un rato.

–Ok, y... ¿eres un fantasma?

–Eso creo, es decir, traspaso todo a mi alrededor, así que...

–A lo mejor, como has dicho anteriormente, tienes que decirme algo y por eso estás aquí- sugirió. Elle quería ayudarle, no sabía por qué, cuando tendría que estar aterrorizada. Por

primera vez en años, se sentía bien en compañía de alguien más.

-Puede ser. . .

La frase se interrumpió cuando el sonido de la puerta indicó que su madre había llegado. Se giró a decirle a Noah que se escondiera. Pero ya no estaba.

Elle descubrió que Noah aparecía siempre que se encontraba sola en casa, algo que no era extraño. Así pues, pasó una semana en compañía del fantasma, el cual absorbía como una esponja todo lo que Elle le enseñaba. Noah era muy respetuoso: si Elle no quería interactuar ese día, el fantasma desaparecía para que ella pudiera descansar.

Y es que después de años encerrada en su casa, recibiendo clases allí, y sin apenas hablar con su madre, Elle se agotaba mentalmente después de una charla.

Al octavo día, Elle se percató de una pequeña mariposa partida por la mitad en la muñeca derecha de Noah.

-¿Y eso? - dijo soltando la bolsa de patatas en la encimera. Noah bajó al suelo y le miró extrañado.

-¿El qué? - cuestionó.

-La mariposa- señaló la muñeca y Noah miró la marca como si fuera la primera vez.

–Pues no lo sé- zanjó riendo.

–No sabes nada, ¿eh?

A pesar de habérselo tomado con humor en la cocina, en cuanto llegó su madre, Elle prácticamente escaló hasta su habitación y encendió su ordenador. Luego de unas cuantas páginas de tatuajes y especies de mariposas en extinción, dio con su resultado.

“Una mariposa en la muñeca puede significar que se busca la felicidad en el matrimonio. Sin embargo, un significado más profundo podría ser el de la lucha contra el suicidio. Este método consiste en dibujar una mariposa en la zona de autolesión para evitarla. Se aconseja hacerlo con un ser querido para cuidar la mariposa y que no muera al ser cortada. Esta bonita iniciativa...”

Elle dejó de leer al sentir cómo su marca de nacimiento le ardía. Se miró la muñeca izquierda. Una marca más clara que su piel adoptaba más o menos la forma de la mitad de una mariposa.

No podía ser coincidencia.

Como Halloween se acercaba, Elle y su madre empezaron a sacar la decoración del desván y a pasar más tiempo juntas. En consecuencia, Noah dejó de aparecer, pero al menos, la relación con su madre mejoró un poco.

–Mamá- la llamó.

–Dime, cariño- dijo apoyándose en un mueble mientras desenredaba una guirnalda.

–Me gustaría ir al instituto el año que viene- anunció solemnemente. Su madre soltó la decoración y la miró con ojos bien abiertos.

–¿De verdad? - le cuestionó asombrada. Elle asintió– ¿Estás segura? Podemos esperar más, si quieres.

–No, mamá, ya me siento preparada. Me lo he estado pensando. Creo que, si empiezo en el grupo de apoyo que me recomendó la psicóloga, el año que viene estaré preparada.

–Cielo... estoy muy feliz por ti- dijo abrazándola entre lágrimas. Elle le devolvió el abrazo mientras sonreía. Su madre se alejó un momento y volvió con un pequeño cofre.

–Esto era de tu abuela -anunció abriéndolo. Dentro había un colgante de oro en forma de corazón– Lo conservó siempre, nunca la vi sin él. Se lo regaló su amiga de la infancia y ella querría que te lo diera. Ahora que te vas a abrir a otras personas, espero que este colgante te ayude a encontrar a un verdadero amigo.

Elle tomó el collar. Ella sabía que su madre se ponía muy sensible con el tema de su abuela, pues había muerto el mismo día que ella nació. Aun así, tuvo el valor de sacar el tema y entregarle este recuerdo de ella.

Acarició el metal, descubriendo una pequeña ranura. La chica tiró de ella y el colgante se abrió.

Dentro había una foto muy antigua y, aunque estaba desgastada, Elle reconoció a su abuela, de joven. Tendría más o menos la edad de Elle. A su lado había otra chica y, aunque le costó, cuando se fijó en el rostro casi deja caer el collar al suelo.

Era Noah.

Ese mismo día por la tarde, cuando su madre se fue al claustro de profesores, Noah volvió a aparecer y, en cuanto le vio, Elle se abalanzó sobre el fantasma, cayendo al suelo.

–Yo sé que parezco corpóreo, pero te recuerdo que sigo siendo un fantasma- dijo entre risas. Sin embargo, borró la sonrisa cuando vio que Elle no le seguía el juego. –¿Ocurre algo?

–¿Sabes quién es Rosemary? - preguntó, afrontando el tema directamente. Los ojos de Noah empezaron a parecer una tormenta avecinándose.

–No- respondió cortante. Estaba claro que sí sabía de qué hablaba.

–Sí sabes quién es- discutió Elle.

–¡No lo sé! -las cosas de la casa comenzaron a flotar y a girar en torno a Noah mientras el fantasma se cubría la cabeza. Elle se percató del error que había cometido.

–Noah, tranquilízate, no pasa nada si no recuerdas.

–¡NO LA RECUERDO!

Las cosas explotaron y Elle se cubrió la cara. Cuando ya no escuchó nada, levantó la vista.

Noah desapareció dejando un desastre detrás.

El fantasma no regresó al día siguiente. Ni al otro. Ni en una semana.

Con el pasar de los días Elle aceptó que no regresaría pronto. Lloró y se disculpó, pero aquellas palabras se las llevó el viento.

Empezó a ir a las terapias colectivas que le recomendó su psicóloga e hizo lo que parecía ser su primera amiga en años. Se llamaba Amber y sufría de ansiedad. La psicóloga las emparejó ya que Amber era una chica muy sociable, así que sacaría a Elle de su cascarón y Elle le aportaría la calma que necesitaba.

Decidieron quedar para salir en Halloween y, por primera vez, Elle se emocionó al saber que iban a salir. Acordó con su madre que regresarían sobre las siete y que irían por calles

concurridas. Amber se encargaría de cualquier interacción social, así que ella podía estar tranquila.

Cuando empezaron a caminar de vuelta a casa, Elle se paró de golpe, sintiendo un susurro colarse en sus oídos.

“Elle...”

De repente sabía qué tenía que hacer.

Soltó la bolsa con los dulces y corrió, dejando a Amber en medio del camino. Corrió, voló, dirigiéndose al acantilado que había cerca de su casa.

El cielo parecía un cuadro de colores naranja, rosa y violeta; las nubes estaban bajas y la magia se sentía en el aire. Al llegar a la cima, se detuvo al ver una figura al borde.

–¡Noah! - le llamó, corriendo hacia él. Cuando llegó a su lado, Noah le abrazó con fuerza, esta vez sin atravesarle. –Te he estado llamando mucho tiempo, ¿dónde estabas? ¿y por qué puedo tocarte?

–He venido a despedirme, Elle - dijo sonriendo tristemente.

–¿Por qué? ¿Por qué ahora? -Elle lloraba sobre el cuerpo cálido de Noah.

–He recordado lo que tenía que decirte- dijo llamando su atención y sujetándola de la cabeza para que le mirara a los

ojos. -Vengo a contarte la verdadera historia de tu abuela, Rose.

- Rose y yo éramos muy amigas. Nos conocimos un día en la iglesia, ella estaba llorando, escondida y yo llegué. Me contó que su madre había muerto hacía poco en un incendio. Ella se culpaba porque dejó la caldera encendida, pero yo le decía que no pasaba nada, que no era su culpa. Ella continuó con esos pensamientos, hasta que un día la encontré cortándose el brazo. Le hice prometer que dejaría de hacer eso. Y para recordárselo, nos pintamos media mariposa cada una, así que, si se cortaba la mariposa, moriría y con ella nuestra amistad. Día tras día, remarcaba la mariposa y ella dejó de cortarse. Pero entonces, mientras regresaba de la compra, no vi un camión acercándose. Morí y nunca supe qué pasó con Rose. Por eso me quedé aquí, para verte una vez más - esta vez se dirigió directamente a Elle.

-¿A mí? Pero... - se paró cuando sintió a Noah empezar a desaparecer entre sus brazos. - ¡No! ¡No te vayas!

-Prométeme que me buscarás- le dijo juntando sus brazos y completando a la mariposa.

-No te vayas... - dijo sollozando.

-Nos veremos pronto- susurró, desapareciendo y dejando a Elle abrazándose a sí misma.

Te quiero.

Elle, por supuesto, se cuestionó si solo fue un sueño. Sin embargo, sintió todo demasiado real, tan bello que lágrimas de plata rodaban por sus mejillas. Lágrimas de melancolía, de la tristeza de saber que no volvería a verla, no en esta vida. Fue una experiencia veloz, que le dejaría un sabor agrisado; que haría su corazón estremecer de nostalgia y sacudiría su interior.

Y cuando la luna se fundía con el atardecer, Elle miró una vez más el lugar donde desapareció. Y lloró. Lloró desconsolada hasta que su madre la vio.

A ella la encontraron, pero su alma gemela se perdió por el camino.

Observó por la ventana el precioso atardecer y miró el reloj. Las siete y veinte, hora en la que volvió a nacer.

Vio dos mariposas juntas, jugueteando y bebiendo del rocío de las flores.

E, inevitablemente, pensó en Noah.

Porque, justo como una mariposa, se alejó y voló lejos, esperando una suave brisa de primavera para regresar a sus brazos.

Iana Miranda Caramé 1º Bachillerato A

EDÉN



uando acallaron los gritos, el calor del cuerpo de mi madre sobre el mío se había desvanecido. Era la cuarta vez en el día que el clan Suroeste atacaba aquel torreón que nos daba cobijo y que yo conocía como hogar. Las tres primeras veces, las diecisiete mujeres que allí vivíamos habíamos conseguido ahuyentar a los componentes de aquella numerosa banda; no obstante, en la cuarta ofensiva cayeron todas nuestras defensas y nos vimos obligadas a contraatacar. Mi madre me ocultó bajo su cuerpo, consiguiendo así que sobreviviese. Sin embargo, ni ella ni las otras quince chicas corrieron mi misma suerte: fue una absoluta masacre. Me asomé a la ventana y vomité todo lo que quedaba en mi estómago ante el mero pensamiento de que, a partir de ahora, sola y sin la protección de un grupo, debería vagar por las rebosantes calles de la ciudad con el objetivo de obtener el favor de algún clan vecino.

Edén, la ciudad del caos, no había sido siempre como yo la conocí. Mi madre solía hablarme de cómo era el mundo generaciones atrás y cómo aquel oasis de paz acabó por convertirse en el infierno distópico en el que nos había tocado vivir. En tiempos cercanos a la creación del todo, Edén era el paraíso máspreciado de la sociedad. Los Padres fundadores

se aseguraron de que hubiera recursos ilimitados y unos muros inquebrantables que mantuviesen a la ciudad protegida ante la corrupción de la sociedad. La escasa gente que poblaba Edén era respetuosa y amable: la paz y la tranquilidad reinaba en las calles. Como bien sabemos, la felicidad es solo un soplo de viento y todo lo bueno acaba por extinguirse de forma inexorable. A medida que la población aumentaba, lo hacían también los choques entre vecinos, hasta que llegó un punto en el que el hilo que nos mantenía unidos rompió. El incesto, la violencia y la lucha por el espacio y los recursos, a pesar de que estos últimos aún eran abundantes, estaban a la orden del día. Con el tiempo, se formaron clanes que luchaban por el poco terreno que quedaba disponible, mientras que la mayoría de las mujeres se auto aislaban para no quedar embarazadas. Algunos de estos grupos tan solo se limitaban a sobrevivir a duras penas alternando el sueño y la comida. Otros, se dedicaban a atacar a los más débiles. En aquellos momentos era yo el eslabón más débil, lo que significaba que por primera vez en mi vida tendría que barajar las opciones de las que disponía para encontrar cobijo y una “familia” que me acogiese.

Mientras me alejaba del torreón, notaba cómo la ciudad me observaba, felina, esperando el momento para dejar caer sus muros sobre mi exiguo cuerpo. Pude ocultarme bajo el manto de la oscuridad, cuyo único objetivo parecía ser protegerme de aquella mirada que no sentía nada al arrebatarles la vida a quienes habían crecido entre sus límites. Hallé refugio entre las sombras mientras reflexionaba sobre cómo con cada paso me jugaba la vida. Tuve la suerte de encontrarme, al cabo de una hora, con el grupo de los Bellos,

un clan pacífico que vivía al margen de la locura que producía aquel lugar. Sin pensármelo dos veces, corrí hacia ellos y les supliqué que me acogieran, aunque solo fuera por una noche. Un chico moreno que parecía ser el líder se limitó a mirarme con una expresión vacía, como si tras sus ojos no hubiera pensamiento alguno. No sé muy bien el porque, pero tuve la inmediata certeza de que no les importaba en absoluto lo que hiciera, siempre que no intentara dañarles. Gracias a este sentimiento de seguridad, pude reunir valor suficiente para sentarme a cenar junto a ellos, en total silencio.

Durante las próximas dos semanas nadie pareció reparar en mi presencia. Vivíamos una vida simple que consistía en la subsistencia a base de sueño y comida; ni siquiera el sexo estaba presente. Nunca he disfrutado de la monotonía, por lo que cada cierto tiempo hacía un amago de entablar una breve conversación con alguno de los que, como yo, vivían en las páginas de un libro olvidado. Al tiempo dejé de intentarlo, pues solo obtenía, como respuestas, escuetos monosílabos que no hacían más que amargar mis días. Si tan solo hubiera sabido que aquellos preciados momentos serían los últimos resquicios de felicidad que tendría...

El 7 de mayo a las siete y veinte de la mañana dio comienzo lo que sería el principio del fin. A través de una disputa territorial, dos de los mayores clanes entraron en guerra y, con ellos, todos los demás. Si hasta entonces Edén había conseguido corrompernos de maneras horrendas, debió de frotarse las manos ante el espectáculo que daría comienzo. El caos fue más que evidente en cuestión de minutos y, tras un par de horas, la mitad de los habitantes habían muerto.

La gente ya no era capaz de distinguir a qué clan pertenecía, por lo que atacaban hasta a sus propios amigos. La muerte, armada con su guadaña en forma de descontrol, no tardó en llamar a nuestra puerta. Todos los Bellos se rindieron ante ella como si hiciera tiempo que la esperaban, pero yo me negaba a dejarla vencer. Eché a correr entre angostas calles inundadas de cadáveres desfigurados y con el reflejo de la risa de Edén en sus ojos inexpresivos. Corría y lloraba mientras pensaba en la locura del alma que, en situaciones como esta, se desbocaba ante años de abstinencia. ¿Cómo puede un paraíso convertirse en el más cruel de los villanos? ¿Cómo pudimos sucumbir ante el horror del instinto? ¿Cómo llegamos a esta situación? ¿Por qué nadie había intentado nunca salir de la ciudad? ¿Por qué no lo había intentado yo? Por mucho que quisiera hacer culpable a Edén, siempre supe que los únicos culpables éramos nosotros mismos. Sin embargo, poco importaba ya todo esto pues, al acallar los gritos, me desprendí de los cadáveres bajo los que me había escondido sabiendo que era yo la última que quedaba.

FIN DEL EXPERIMENTO

PROFESOR LEODOVINICH Compañeros, es fascinante cómo a lo largo de estos cuatro años hemos podido ser parte de la creación y decadencia de esta población de ratas. Quién hubiera dicho que lo que empezó con seis parejas llegaría a esto en un tiempo tan reducido.

AYUDANTE SÚLICK Pero profesor, esto no ha servido para nada. Mientras usted miraba un montón de ratas matándose entre sí, los americanos creaban nuevas armas

nucleares, los chinos se convertían en la primera potencia y los norcoreanos se preparaban para lo que podría ser una Nueva Guerra Mundial.

PROFESOR ADJUNTO VASILIEV Su ayudante tiene razón, Leodovinich. Hay cuestiones más importantes que atender.

PROFESOR LEODOVINICH Son ustedes unos ignorantes. ¿Es que no lo ven? Las ratas son solo un reflejo de nosotros mismos. ¿Cuántas guerras se habrán iniciado por la posesión de unas tierras que no tienen dueño? ¿Cuántas veces habremos oído hablar de la superpoblación en países como Japón? Se sorprenderían si observasen las numerosas similitudes entre los grupos de ratas y nuestros países: su jerarquía, su egoísmo, su afán de conquista y su próxima destrucción. El drenaje conductual que llevamos años estudiando en Edén lo tenemos ante nosotros y no lo miramos; queremos hacer como si no existiese, pero está ahí. Ha comenzado y ha venido para quedarse.

NO TODOS SABEN COMPRENDER

Hola. No sé qué vendréis buscando, supongo que saber mi historia; solo os aviso de que, si esperáis un final feliz, no lo tendréis. Ya avisados, os la cuento.

Día 13 de enero de 2019 a las siete y veinte. Me levanté en una habitación vacía y blanca; no veía nada, así que me levanté nervioso.

— ¡Oh! ¡Estás despierto! — dijo una niña de mi misma edad. Y antes de poder decir algo, me cegaron unas luces.

— ¡Hola! Me llamo Nazaret, pero me gusta que me llamen Nara— dijo la chica, que era medio ciervo, en un tono alegre.

— ¿Dónde estoy? — dije nervioso y tartamudeando.

— En Naver, la capital del país. ¿Tú no deberías estar muerto? — preguntó. Me quedé callado y, de repente, vi a un chico conejo asomado por la ventana. Daba miedo, tenía la mitad de una oreja arrancada, la pupila en espiral, su ojo derecho era un botón y tenía cicatrices en el cuello.

Entonces, Nara abrió la ventana y él, de un salto, entró; me miró con mala cara.

—Saben que él está aquí— dijo.

Yo, sin saber nada, pregunté qué era lo que pasaba, a lo que Nara respondió: “Hace más de un siglo, cuando los humanos predominaban el mundo, aparecimos nosotros, somos una evolución del humano. Pero, el hombre, no muy contento de nuestra existencia, nos empezó a atacar, nos intentó extinguir para no perder el poder del mundo. Hubo una guerra y finalmente ganó nuestra raza. Los humanos se extinguieron. Por ello, se supone que tú no deberías existir. De hecho, el gobierno piensa que nos quieres matar a todos, por eso mismo estás en busca y captura.”

— Entonces, ¿por qué me ayudáis? — pregunté después de haber podido asimilar todo.

Tras un rato de silencio, el chico conejo me dijo que se llamaba Hole. Entonces, me preguntó mi nombre. Le contesté que me llamaba Urion y proseguí hablando.

— Si el problema es que la gente me tiene miedo, ¿por qué no les mandamos el mensaje de que no les quiero hacer nada? — les dije.

— Es una buena idea. ¿Tú traes el portátil, Hole? — dijo Nara tras pensar un rato.

Hole asintió con la cabeza, sacó el portátil y lo encendió.

— ¿Qué quieres que hagamos? — preguntó él. — Aprovechando que la ciudad está llena de pantallas, podemos retransmitir el mensaje en ellas — respondió Nara. Hole se puso a abrir pestañas y a la hora y media dijo que ya tenía preparado el mensaje que iba a transmitir a través de los monitores.

Una hora más tarde, llegaron cuerpos militares gritando.

— Gracias a lo que habéis hecho hemos logrado localizaros. Dadnos al humano u os mataremos a todos — dijeron.

Yo decidí entregarme para que no les matasen. Me llevaron a una especie de sala en la que me interrogaron, pero yo no supe responder ya que no tenía ningún recuerdo. Como no pude responder dijeron que me matarían. Me llevaron a una sala, donde estaban los cadáveres de Nara y Hole. Allí me dijeron que ellos habían ayudado a un humano y que eso tenía pena de muerte. No dije nada, solo me quedé callado. Al rato empecé a sentir dolores y me contaron que, cuando me llevaron a la sala, respiré un gas mortal. Me quedaba media hora de vida. Cerré los ojos y cuando los quise abrir, no pude.

EL CAMPO QUE HACE RETROCEDER LOS RELOJES

Todo sucedió un día de verano, pues todos los niños y niñas ya estaban de vacaciones. Era muy temprano, en torno a las siete y veinte de la mañana. Nathan, como todos los días se levantó dispuesto a pasear a Cloe. Él suele pasear a su perrita por un descampado que hay unas calles a la derecha de su casa, pero esta vez decidió pasear a su mascota varias calles a la izquierda. Llevaba unos cascos con cable blancos y estaba escuchando su canción favorita en su móvil cuando sucedió. Al pasar las calles llegaron a un campo, no había personas ni casas, por lo que Nathan decidió pasear ahí a Cloe, ya que era un terreno muy extenso donde podrían jugar hasta que se cansaran.

Al poco de llegar, a Nathan lo llamaron sus padres preocupados. Fue para preguntarle por qué tardaba tanto y si estaba bien, ya que normalmente él tardaba muy poco. Lo raro fue que en su móvil no habían pasado tantas horas. En cambio, cuando Nathan llegó a su casa el reloj se puso bien de nuevo. ¿Qué habría pasado?

Al día siguiente Nathan salió a pasear a Cloe, esta vez se llevó un reloj analógico que le pidió a su abuelo Carlos, además de su móvil. Ese día fue mirando constantemente el

reloj de su abuelo y el móvil. Cuando llegó al campo, notó una bofetada de aire y su móvil y el reloj se retrasaron una hora. En ese momento supo que el hecho de que su móvil se hubiera retrasado no era una casualidad. Entonces decidió averiguar en qué lugar del campo se retrasaban los relojes y por qué tanto el reloj de su móvil como el de su abuelo se retrasaban. El hecho de que se retrase el reloj de un móvil podría ser fácil de explicar, sería que la tecnología puede tener fallos. Pero, ¿¡un reloj analógico!?. No tiene nada que ver con algún fallo tecnológico. Nathan se empezó a poner nervioso ya que no tenía ninguna explicación lógica a ese fallo en los relojes.

En cuanto llegó a su casa de pasear a Cloe, se dirigió rápidamente a su ordenador y se puso a investigar exhaustivamente. Tras varias horas de investigación, no logró ninguna respuesta científica. Aunque sí encontró una coincidencia con lo que a él le pasaba en un foro. Esto le produjo un poco de alivio, al saber que no era el único al que le sucedía. Se dispuso a leer en el foro para ver si allí encontraba la respuesta. Desafortunadamente, no logró encontrar ninguna, sólo preguntas y más preguntas.

Al día siguiente decidió ir a devolverle el reloj a su abuelo Carlos. Su abuelo le preguntó por curiosidad por qué le había pedido el reloj, que era muy antiguo y no tenía apenas uso. A lo que Nathan no sabía qué contestar, ya que para lo que lo necesitó era un problema muy extraño. Al final Nathan decidió contárselo, pues tenía mucha confianza con su abuelo, y sabía que seguramente lo ayudaría.

Tras contarle todo lo que le había sucedido y toda la información que había conseguido investigando, Nathan y su abuelo decidieron ir a ese campo a ver si encontraban alguna pista al respecto. Después de haber caminado un rato por el campo, lograron apreciar una casa rústica, como una casa pequeña de un pastor. Se armaron de valor y decidieron llamar a la puerta, ya que, si algo sucedía, quien fuera que viviera en esa casa debía de saber algo. Llamaron a la puerta, pero nadie abrió, ya estaba abierta. Decidieron asomarse y preguntar si había alguien, pero nadie les contestó.

De repente, el espíritu curioso de los Fernández les invadió el cuerpo de pies a cabeza. Por lo que sin pensárselo dos veces decidieron entrar. Al entrar no había nada extraño, había una pequeña cocina con elementos de aluminio levemente oxidados y una nevera pequeña con alimentos para un par de días; un sillón de piel teñido de azul marino y una mesa para tomar café color marrón muy oscuro. También estaba decorado con unos cuadros de unos bellos paisajes. Por último, había una pequeña habitación con un lavabo y un inodoro, ambos de color blanco un poco desgastados. Todo parecía normal. Hasta que Carlos vio un libro muy interesante en la mesilla del café y decidió cogerlo para verlo. En ese momento, un inmenso hueco apareció de la nada, conducía a un enorme pasillo de cemento manchado y agrietado donde se podía apreciar una pequeña habitación a lo lejos. Ellos decidieron con mucho cuidado y sigilo ir hacia esa habitación. Cuando estaban a punto de llegar, una chica joven, de unos diecinueve años, se les interpuso en su camino. Nathan, sobresaltado, dijo que ellos no venían a hacerle daño, solo a investigar sobre un problema que sucedía en este lugar y a ver si ella los podía

ayudar. Ella confió en ellos y les mostró las respuestas a las cuestiones que previamente Nathan y su abuelo le habían preguntado.

Clara, la chica que se encontraron en la casa, tenía un perro, un pastor alemán, que tenía, como era normal en esa raza, un problema en las caderas, lo que le estaba provocando que poco a poco fuera perdiendo la capacidad de andar. Entonces Clara se propuso encontrar una cura a esa enfermedad. Sin saber cómo, Clara consiguió establecer un terreno delimitado con unas barreras invisibles. En ese terreno, todo aparato que marcara la hora, retrocedería. Así conseguiría más tiempo para lograr la cura sin que el pastor alemán sufriera y no perdiera la capacidad de andar por completo. Esto funcionaba en todo tipo de relojes. Clara tenía en casa un artilugio que hacía que los relojes retrocedieran en el tiempo, para así almacenar las horas que sobraran y darle más tiempo a su mascota para resolver esta enfermedad.

DIME QUIÉN ERES

Eran las siete y veinte de la mañana cuando salió del baño y empezó a sonar la alarma. Había dormido bastante, pues tuvo pesadillas.

Ella fue al comedor, donde la esperaban su madre, su padre y su hermana. Desayunaron e, inmediatamente, la alarma para salir de su casa sonó. Salió de casa con una camiseta azul marino y una sudadera larga y amarilla, unos pantalones vaqueros negros y unas Nike.

De camino al instituto iba hablando con Óscar, un amigo de Internet, hasta que se encontró con Camila, su mejor amiga. Fueron hablando del examen de matemáticas que tenían ese mismo día. Camila iba vestida con un top blanco y unos shorts negros, a pesar del frío que hacía.

- ¿No tienes frío? – le preguntó extrañada.

- Sí, pero me gusta este conjunto- le respondió.

Se rieron un rato hasta llegar al instituto. Allí, atravesaron la primera entrada hasta el patio, donde estaba todo el mundo.

A pesar de que había mucha gente, a ellas les llamó la atención un grupo de chicos.

- Tía, ¿quiénes son esos? Nunca los había visto. – Le preguntó Camila confusa.

- Ni idea, serán nuevos supongo. – Respondió.

Todos los chicos de ese grupo iban iguales: una camiseta blanca de mangas cortas y pantalones básicos vaqueros.

Entonces, la campana empezó a sonar y los estudiantes comenzaron a entrar.

A primera hora, las clases de Camila y de Aiko comenzaban con Química. Camila era una chica estudiosa e inteligente; sin embargo, Aiko era lo opuesto a ella. Era despistada y nunca atendía en clase.

Aiko se aburría y para entretenerse, agarró el móvil para hablar con Óscar. Él la ilusionó diciéndole que iría a visitarla. Tal era la emoción que sintió que Aiko decidió ir al baño para hablar mejor con su amigo. Salió de clase y mientras se dirigía a los servicios, se dio cuenta de que el grupo de chicos la estaba siguiendo. Ella los ignoró y entró al de chicas. Seguidamente, los chicos accedieron por la misma puerta. Cerraron la puerta y la rodearon. Uno de los chicos dio un paso al frente y dijo: te daré dos opciones. Podrás elegir una.

- Pero, ¿quién te crees que eres? Dejadme en paz y fuera de este baño. – Se atrevió a decir Aiko.

En ese momento, uno de los chicos sacó un cuchillo y la amenazó.

- Te repito: te daré dos opciones. . .

- ¡Que ya lo sé, pesado! – Le interrumpió ella.

- Muy bien, veo que eres muy valiente. Opción uno: te torturaremos. Opción dos: nos dejarás que te pintemos algo en la cara. – Dijo él.

- Estás enfermo, déjame en paz. – Le replicó Aiko.

- Que te calles y elijas de una santa vez. – Le dijo el chico con paciencia.

- A ver, si me torturan, lo más posible es que muera, ¿no? Pero... a saber qué me van a dibujar... - Pensó Aiko.

- ¿Eres tonta o algo? Venga, decide ya.

- Te dejo que me dibujes algo, pero no te pases que ahora tengo clase. – Le avisó Aiko.

Los chicos se miraron entre ellos.

Unas tres horas después, terminaron las clases y aún no había rastro de la chica.

La limpiadora fue a limpiar el baño y cuando fue a entrar, la puerta estaba atascada. Después de un rato dándole golpes

a la puerta, logró abrirla y para su sorpresa, se encontró con el cadáver de una chica, prácticamente irreconocible. Tenía la boca cortada de oreja a oreja y cosida de nuevo, con una puñalada en el cuello y dos en la espalda. Además, le habían dibujado en la piel con un cuchillo las iniciales *GI*. El cuerpo de la chica yacía sobre un gran charco de sangre, que también salpicaba las taquillas del baño.

Camila esperaba fuera del instituto a su amiga, pero no salía. Se apoyó en una pared y escuchó un grito muy agudo. El grito despertó una gran curiosidad entre los estudiantes y, poco después, todos los pasillos se llenaron de alumnos. Además, se empezaron a escuchar sirenas tanto de ambulancia como de policía.

Nadie sabía lo que estaba pasando, pues todo el mundo tuvo que desalojar el instituto para intentar que no se supiera lo que había sucedido.

Días después, Camila seguía sin saber nada de lo que le había ocurrido a su amiga y le aterrorizaba pensar que Aiko pudiera ser la protagonista del suceso del instituto. Camila seguía viendo al mismo grupo de chicos en las cercanías del instituto. Por eso, llegó a la conclusión de que el grupo podía haber tenido algo que ver con la desaparición de Aiko.

Un día, harta, se acercó a ellos cuando iba camino del instituto.

- Hola, esto... ¿sois nuevos? Os encuentro en todas partes... - Dijo riéndose un tanto nerviosa.

- Hola, somos de intercambio. Nos quedaremos unos días más.

- Y, ¿por qué os quedáis tan poco tiempo? – Preguntó Camila.

- ¡Y a ti qué te importa! – Respondió otro chico diferente.

Camila se fue indignada y sospechando que algo ocurría con este grupo.

La mañana siguiente volvió a ver a los chicos, que se dirigían a su misma aula. Ella se extrañó, ya que no estaban en el mismo curso. Antes de que llegara el profesor, fue al baño y los chicos la siguieron.

Tres horas después, estos salieron al patio.

- Ya está, resuelto. Ahora sí que estamos a salvo. Una menos. – Afirmó uno de los chicos.

- Cállate, Óscar, te estás volviendo loco. El trato era una, no dos. – Le insultó el otro.

Los chicos terminaron el intercambio y se marcharon. Al poco tiempo, comenzaron a aparecer nuevos cuerpos.

En todas las víctimas había dos iniciales: *GI*.

Nunca se descubrió su significado.

VIAJE DE IDA



las siete y veinte de la mañana entramos en el tren. Íbamos a hacer un viaje familiar desde Sevilla hasta Madrid. Yo llevaba un vestido que me había regalado mi abuela por mi cumpleaños y unas gafas de sol; mamá y papá llevaban ropa muy básica. Los abuelos vestían similares a papá y mamá, aunque la abuela llevaba un sombrero gigante lleno de flores y el abuelo, como es un amante de las fotos, la naturaleza y los paisajes, llevaba su cámara de fotos colgada del cuello. Llevo mi teléfono móvil porque las cámaras de fotos son muy aburridas y están pasadas de moda, el abuelo siempre se enfada cuando se lo digo.

Tras un rato en el tren, la abuela sacó un juego de mesa de cuando ella era pequeña llamado “La madera matemática”. Se llama así porque es un tablero de madera y al jugar con él hay que hacer operaciones matemáticas muy básicas, aunque en la niñez de la abuela era más complicado que ahora porque muy pocos sabían calcular las operaciones en ese entonces. Nos preguntó si queríamos jugar. Papá y mamá dijeron que no. Lo entiendo, ellos estaban ocupados organizando la llegada al hotel y el abuelo estaba escuchando música en su MP3, así que solo yo me ofrecí para jugar con la abuela.

El juego es muy curioso. Consiste en tirar al tablero tres dados, los dados con los números más pequeños se suman y después se le resta el número más grande que haya salido en el dado restante. Una vez se haya hecho eso, se avanza el número de casillas indicadas según el número resultante de la operación.

La abuela me ganó, seguramente porque es mi primera vez jugando a ese juego. Quien gana obtiene una recompensa del otro jugador y la abuela me pidió que le diese mis gafas de sol. Como yo había perdido no me podía negar a dárselas.

El abuelo se burló de mí durante un buen rato. No me hizo gracia, él no había jugado y, claramente, no sabe lo que es perder contra la abuela, ella es una experta en ese juego.

Después de estar un rato jugando al juego con la abuela me empecé a aburrir y le dije al abuelo que me dejase escuchar música con él. Él accedió, pero con ese MP3 viejo que tenía no se podía escuchar bien la música, solo se escuchaba una especie de eco que retumbaba en mis oídos. Le dije que me había cansado y empecé a jugar a un juego muy bueno que tenía en mi teléfono móvil. La abuela refunfuñaba mientras me veía jugar porque decía que no entendía cómo nos podíamos divertir con esas cosas. Tras eso, el abuelo empezó a reírse porque se le había estropeado su MP3 y comenzó a jugar al ajedrez con la abuela.

Los abuelos jugaban y mis padres y yo conversábamos sobre cómo iba a ser la llegada al hotel y todos los sitios bonitos que íbamos a visitar. De repente, el abuelo soltó

un fuerte grito de emoción y cogió rápidamente su cámara de fotos, la acercó a la ventana y empezó a tomar fotos del inusual paisaje que vimos. Era un gran prado llano, lleno de pasto y flores de colores muy llamativos, también había pájaros de unas especies rarísimas. Parecía un paisaje propio de un cuento de hadas. La abuela miró las flores con descaro, mientras decía que se verían muy bien puestas en su sombrero. Yo también estaba muy sorprendida, los pájaros eran verdaderamente bonitos. Pero después, me sorprendí aún más; nadie se había dado cuenta del hermoso sitio por el que estábamos pasando. Sus caras eran serias y parecía que estuvieran deprimidos. Quién sabe, probablemente ellos fuesen al trabajo, pero yo iba de vacaciones y estaba muy feliz.

Como la cámara del abuelo era instantánea, empezó a sacar las fotos y me las dio para que las viese.

Me regaló una para tener ese recuerdo guardado para siempre.

La abuela y mamá hablaban sobre mi futuro, y papá y el abuelo intentaban arreglar el MP3 que se le había roto antes al abuelo, aunque no estaban teniendo mucho éxito.

Finalmente, llegamos a Madrid y el abuelo consiguió arreglar el viejo MP3 con la ayuda de papá, pero... un problema surgió de repente: los abuelos solo habían comprado billetes de ida. Me despedí de ellos, nunca volveré a verlos. Sé que ahora caminan felices agarrados de la mano por las calles de Madrid, o de algún lugar, pero lo que es seguro es que siempre estarán a mi lado, sin importar lo que pase.

Lo malo de esto, es que se fueron demasiado rápido.

BORRADOR

CUENTA ATRÁS

P

- papá - dijo Pablo persiguiéndolo. El chico era esbelto, con ojos claros y cabellera negra, vestía con ropa deportiva.

- No voy a discutir más, Pablo. Vas a ir a casa de tu abuelo sí o sí - contestó su padre sofocado, mientras se ponía el abrigo. Era alto, su pelo era castaño, ojos oscuros y labios finos. Estaba vestido de traje.

- Pero, ¿por qué? - replicó el niño, con los puños apretados con fuerza.

- ¿No crees que también debes pasar tiempo con tu abuelo?
- cogió las llaves del coche y paró para escuchar la respuesta de su hijo.

- Pues, supongo. ¿Pero por qué hoy? ¿Por qué no puede ser un martes, o un jueves, por qué tiene que ser un fin de semana?

- Tienes más fines para quedar con tus amigos, si es eso lo que te importa - dijo su padre que se acercaba al cajón del recibidor para coger sus gafas de sol.

- ¿Y no tengo más fines para quedar con el abuelo? Es que Álex nos iba a enseñar...

- ¿Por qué eres tan cabezota? Pablo, tus amigos tienen todo el tiempo del mundo. Tu abuelo no. Vamos a ver, ¿cuántas veces has estado con tu abuelo?

- Muchas.

- Pero fuiste obligado.

- Hombre, ¿qué voy a hacer yo allí? Porque paso de hacer croquetas, eh.

- Pues hijo, hablas con él, te cuenta sus historias...

- ¿Y para qué tengo que escucharlas?

- Puf, mira Pablo. No sé qué es lo que no te queda claro. El abuelo no va a estar ahí para cuando a ti te dé la gana. Aprovecha que todavía está aquí. Anda, mete la maleta en el coche y dile a tu madre que baje ya, todavía tenemos que pararnos en casa de tu tío Pedro, y no tenemos tiempo. - Salió de la casa y se montó en el coche. Pablo llamó a su madre que estaba terminando de retocarse.

De camino a casa de su abuelo, Pablo siguió intentando convencer a sus padres de que en casa de algunos de sus amigos se lo pasaría mejor. Iba a estar allí tres días enteros con su abuelo. ¿Qué iba a hacer para entretenerse, jugar al Scrabble, al dominó quizás? Pensaba él. Llegaron a casa de su tío Pedro.

Rodrigo, su hermano pequeño, había dormido aquella noche allí.

- Rodri, ¿a qué tú no quieres ir tampoco a casa del abuelo?
- le preguntó a su hermano, esperando un 'no' por respuesta.
Sus padres se rieron.

- ¿Vamos a casa del abuelo? ¿Y vamos a hacer croquetas?
- dijo el niño ilusionado. Pablo agachó la mirada. El hermano de este tenía una linda cabellera morena, una cara redonda como su nariz, y sus ojos eran de un bonito color azul.

- Vais a quedaros el fin de semana con el abuelo. - aclaró la madre. Tenía el pelo rubio teñido, ojos claros y labios gruesos. Llevaba una camiseta de encaje beige y pantalón y unos botines negros.

Llegaron quince minutos más tarde. El abuelo los esperaba en la cancela de su casa.

El hombre llevaba una camisa blanca, pantalones oscuros y un reloj de pulsera enorme. Algo encorvado, pelo blanco como la nieve y ojos oscuros.

- Hola chicos, ¿qué tal? - Rodrigo se lanzó en brazos de su abuelo. Sin embargo, Pablo se quedó de brazos cruzados al salir del coche. - Pablo, hijo, ven a darle un abrazo a tu abuelo - dijo este. La madre del niño lo agarró del hombro y lo empujó hacia adelante. El anciano le dio un abrazo a su nieto, quien se retiró al instante y entró en la casa - Bueno, ¿y dónde vais a ir vosotros? - se interesó el abuelo.

- Tenemos mañana una reunión muy importante con los dos jefes de la empresa – dijo la hija.

- Bueno, pues nos vemos el domingo - contestó el anciano. Se despidió de su hija y su yerno. Entró en la casa. Pablo estaba sentado en el sofá de brazos cruzados, mirando a la nada. El hermano estaba en la habitación donde dormirían, colocando en una estantería los coches de carreras que se había llevado para jugar.

- Bueno Pablo, ¿qué tal los estudios? - le preguntó su abuelo.

- Mmm, bien - contestó el chico.

- Qué suerte que haya colegios en condiciones hoy en día, ¿no crees?

- Me parece innecesario.

- ¿Cómo? En mi época no todos podían ir a la escuela, eh.

- ¿Tú no ibas a la escuela?

- Empecé a ir al colegio con unos cinco años, antes... bueno, ¿habrás oído hablar de la Guerra Civil española, ¿verdad?

- Hmm, sí. ¿Fuiste a la guerra?

- No, no. Nací dos años antes de la guerra, en una casa que construyó mi padre y mi abuelo, en Jaén el trece de agosto de 1934. Fui el tercero de cuatro hermanos. Mi madre, la pobre, se tuvo que hacer cargo de nosotros, cuando a finales de 1936, mi padre, con veintiocho años que tenía en aquel entonces, se fue a la guerra, con mi abuelo. Volvió siete meses después. Dio la triste noticia de que habían fusilado a mi abuelo. Mi abuela en aquel momento estaba enferma, no teníamos nada para comer, ni medicamentos, nada. Aquella noticia no le ayudó, por lo que murió de depresión. Mi padre se volvió a marchar tres semanas antes del nacimiento de mi hermano pequeño, Esteban. Llegaron noticias de que mi padre estaba desaparecido, le habían secuestrado a él y a sesenta compañeros más, de los cuales solo dieciocho sobrevivieron. Uno de ellos fue, afortunadamente, mi padre. Volvió a casa en septiembre de 1938, acompañado de un compañero vasco, Antonio, que había perdido a su mujer y a su único hijo lo enviaron a Rusia. No supo más de él.

- Pero si tú tenías dos años, ¿cómo lo recuerdas?

- Mis padres me lo contaron muchas veces, esa guerra fue de lo peor.

- ¿Y ahora tus padres y tus hermanos siguen vivos?

- Mi madre murió en el setenta y nueve de cáncer. Y mi padre murió con noventa y siete años, hace quince.

Mi hermano José estuvo trabajando en Alemania. Se enamoró allí, formó una familia allí y allí murió. Hará ya

cuatro años. A mi hermana Carmen ya la conoces, está en todas las cenas de Navidad. Y Esteban vive en Jaén.

- La madre de mamá no sigue viva, ¿qué pasó? ¿Cómo la conociste?

- Bueno, es algo larga la historia... - dijo el abuelo acomodándose mejor en el sofá.

- ¿Qué historia? ¿Estáis contando cuentos? Yo también quiero escucharlos - Rodrigo llegó al salón, intrigado, quería escuchar también las historias.

- Anda cállate bocazas y escucha sin interrumpir - le ordenó su hermano mayor.

- Al cumplir quince años, no volví a la escuela, aunque mi madre no estaba muy de acuerdo. Lo que yo quería era seguir el mismo camino que eligió mi hermano, ir a trabajar al extranjero. En mi caso no pude ir muy lejos. Estuve planeando un viaje con dos de mis amigos, Sebi y Rafa. Y después de tres años...

- ¿Sebi? ¿Qué nombre es ese? - se extrañó Rodrigo.

- Mi amigo se llamaba Eusebio, pero le decíamos Sebi. A Rafael, Rafa. Y a mí Isco, de Francisco. Bueno, que me desvió. Fuimos a Madrid en busca de trabajo, ya teníamos dieciocho años. Nos mandaron para trabajar en el campo. Nos llevamos allí un año, el negocio se fue a pique y tuvimos que volver a Jaén. La otra opción era ir a Sevilla, a trabajar en el puerto,

así que eso es lo que hicimos durante dos meses. Yo era el único que quería volver a Madrid, porque había conocido a una chica, de la que me había enamorado.

- ¿Esa chica era la abuela? - preguntó Pablo.

- Sí. Era la hija mayor de mi jefe, tres o cuatro veces al mes venía a trabajar con nosotros. Volví a Madrid por ella, me acuerdo perfectamente de nuestra primera cita. La llevé al parque del Retiro. Le tenía una sorpresa preparada, y quería que fuese especial. Aquella sorpresa me costó cinco meses de trabajo en el campo, pero valió la pena. Cogimos las barcas y, cuando estábamos en el centro del estanque, saqué del bolsillo un anillo. Era precioso, como ella. - Francisco se levantó del sofá, se acercó a una estantería al lado del televisor. De una de las baldas tomó dos fotografías enmarcadas en cuadros de tamaño mediano, situadas junto un reloj que marcaba las siete y veinte. En uno de los cuadros aparecía una hermosa joven de cabellera negra y ojos claros. En la otra aparecía él y esa chica, los dos vestían de boda.

- Mirad, esta es vuestra abuela de joven. Guapísima, eh - se le escapó una risita - y mirad, este es el día de nuestra boda. Fue el quince de junio de 1958. En Madrid. Un tiempo después nos mudamos a esta casa. El primer hijo que tuvimos fue el tío Pedro, después la tía Espe, la tía Yoli y tu madre, Carmen. La abuela trabajaba en una boutique de moda y llegó a ser una de las encargadas. En el ochenta y seis, tuvo un accidente. La compañera con la que tuvo el accidente se salvó, pero la abuela no; los traumatismos que le quedaron no... en fin, una pena.

- ¿Llorasteis? - preguntó Rodrigo inocentemente.

- Claro, claro que lloramos, mucho. Pero lo único que hay que hacer para vencerlo es aceptarlo, sencillo. Teníamos que meternos en la cabeza que una persona a la que amábamos con todo nuestro corazón no iba a volver más. Había que recordarla con alegría, no con la pena de que había fallecido, no.

- ¿Qué tal el finde, chicos? - les preguntó Roberto, después de haber recogido a sus hijos de casa de su abuelo. Iban de camino a casa.

- ¿Sabíais qué el abuelo y la abuela se conocieron en el trabajo del abuelo? El padre de la abuela era el jefe, y la abuela iba de vez en cuando a trabajar con ellos. Su primera cita fue en el parque de El Retiro y le regaló a la abuela un anillo, en medio del estanque.

- ¡Qué romántico! - dijo la madre - Al final no ha sido un rollazo estar con el abuelo, eh - sus padres se rieron.

- La verdad es que ha sido más interesante de lo que esperaba. Teníais razón, jeje. ¿Cuándo volveréis a tener otra reunión?

Lucía Vélez Bizcocho 1º Bachillerato A

CAOS Y ORDEN



rente a una tumba se podía ver a un chico de pelo negro, con una cara seria, junto a dos chicos de unos veinte años a cada lado. Se podía divisar su dolor a través de sus ojos, pero ninguno mostraba signos de querer llorar.

En la tumba se podía leer el nombre Risoo Dunvar; una chica de veintidós años, atenta, buena persona, impulsiva, crítica, caótica y justa para sus amigos. Los Hibbs del futuro próximo tal vez la reconocerán por ser una heroína, una mártir, una mujer valiente y poderosa. Aunque para los Hibbs de ahora no sea más que una traidora y una asesina.

Esto se debe a quién es su padre, el señor Caos. Él no es más que el producto de un bucle espacio-temporal, que se produjo hace millones de años. Este dio lugar a un tipo de polvo espacial formado por átomos que, al entrar en contacto entre sí, crearon vida extraplanetaria y que, además, viajaba a través de dimensiones. Este choque creó a dos seres: Caos y Orden.

Orden, por otro lado, es su compañera de vida, con la que se crió y desarrolló sus poderes. Ellos, tras completar su entrenamiento y con completo control de su fuerza, crearon

un plan para dar lugar a una raza superior y perfecta. Para lograrlo empezaron por reunir y seleccionar a seres de distintas dimensiones y planetas, que empezaron a llamarles “los señores” y, así, poder crear al ser perfecto. Empezando por mezclarse entre ellos y dar a luz a un hijo con sus poderes combinados. De este modo nació Ajax.

El único problema de esta idea es que Ajax, su hijo, era demasiado parecido a ellos como para dejarse dominar y cumplir con las órdenes que le daban. Por esto Caos, enfadado, lo dejó con Orden y se fue en busca de otra pareja con la que tener otro hijo perfecto. Así nació Risoo. Orden enfadada y carcomida por la envidia, decidió hacer lo mismo que Caos y tuvo a Callum.

Ahora, frente a la tumba, Callum y Ajax, que mantenían una mala relación entre ellos por sus personalidades tan opuestas, decidieron hacer las paces por un bien mayor, y convivir junto a Xiao para sostener la memoria de Risoo.

Xiao solía ser alumno de Deistric, la mejor escuela de magia de todo el planeta, donde sus padres trabajaban impartiendo clases. Toda su vida estuvo junto a la magia aprendiéndola de sus padres. Poco antes de cumplir los trece años escapó del lugar y acabó viviendo en la calle. Allí fue encontrado por un grupo de personas con las que acabó peleando. Tras esto, fue dando tumbos sin hogar o dinero, hasta que Risoo dio con su escondite y empezaron a entablar una amistad.

Tras un año de amistad y entrenamientos, empezaron a viajar entre dimensiones, hasta dar con “La torre”, un edificio en el que “los señores” torturaban y sacaban el poder mágico de todos los Hibbs que mostraban signos de estar en contra de su sistema.

Al intentar colarse en “La torre” fueron capturados, pero Risoo ideó un plan lo suficientemente complejo para destruirla sin ser atrapados en el intento, aunque acabase en un trágico final. A las siete y veinte de la tarde de ese día se produjo la destrucción de “La torre” y la muerte de Risoo.

El plan trataba de dejar que su magia fuese succionada durante el interrogatorio y antes de quedarse sin esta, crear un portal para que Xiao viajase junto a Callum y Ajax. Al absorber su magia, esta se comprimió y, de esa forma, con la creación del portal, estalló una bomba. A causa de eso, murieron miles de mercenarios que se encontraban a favor de Ajax, quien al igual que sus hermanastros, deseaba acabar con el reinado de sus padres.

En ese momento, los tres jóvenes se disponían a dejar el cementerio improvisado que les dieron a los mercenarios bajo su tutela, tras la tragedia de “La torre”. Mientras estos se alejaban, un águila volatinera los acechaba desde la espalda. Jacob, así es como se llamaba esta águila que fue adoptada por Xiao como su mascota, aunque escondía su propio secreto. Posándose en el hombro de su amo, continuaron su camino hasta el conjunto de carpas que se hacían llamar refugio.

Ahí es donde todo aquel en contra de “los señores” se reunía para planear una contraofensiva al incidente de “La torre”. El plan propuesto hasta el momento consistía en atacar de frente con todas las fuerzas y tratar de ganar como sea.

Sin embargo, Xiao tenía un plan distinto, aunque no lo comentaría con los hermanos. Por otro lado, Ajax pretendía hacer un dúo junto a Callum y derrotar poco a poco todas las bases ofensivas de Caos y Orden.

Tras exponerlo y debatirlo junto a los gerentes del suministro de armas y víveres, aprobaron dicho plan. Comenzando el día siguiente, fueron una a una destruyendo cada base que los Hibbs rastreadores, usando magia tectónica, lograron localizar. Esto puso en alerta a “los señores”, quienes intensificaron sus medidas de seguridad. Tratando de localizar a los rebeldes en contra de su reinado, empezaron a formar una guerra “tectónica”. Esta era sobre inteligencia y poder de los Hibbs.

Al notar que esa guerra no iba a llegar a ninguna parte decidieron parar. Los hermanos trataron de convencer a Xiao para unir fuerzas, pero él se negó, pues iba a poner en marcha su propio plan dentro de poco. Tan solo necesitaba localizar por última vez a “los señores”, haciendo uso de la magia que, gracias a Risoo, desarrolló y controló. Planeaba desintegrar a los señores y evitar la formación de este ante un nuevo choque.

-Xiao, ¿cuál es tu plan entonces? - La voz de un hombre joven le llegó por la nuca tras salir de la sala donde se

encontraban reunidos los hermanos discutiendo sobre un nuevo plan con él.

-Hola Jacob, lo siento, pero no te lo puedo decir aún. - Dijo girándose para ver la cara de su mascota. Descubrir que tu águila siempre ha sido un hombre fue chocante, aunque él ya estaba acostumbrado.

-Xiao, no hagas ninguna tontería, por favor- dijo besándole la frente mientras pasaba lentamente sus brazos por el cuello de Xiao para formar un abrazo.

-Por favor, suéltame- dijo este mientras le abraza fuertemente para después soltarle rápidamente. - Sígueme.

Xiao se transformó en un gorrión usando magia del alma, con la que cambió su cuerpo justo como Jacob lo hacía. Y comenzó a volar hacia la última localización que tenía de “los señores”. Planeaba usar su magia de neutralidad para disolver los poderes de los señores y, forzando esta al máximo, tratar de cambiar la forma de su alma para que se disolviesen. Corría el riesgo de morir en el intento, ya que este tipo de magia es prácticamente desconocida para el resto del mundo, a excepción de los hermanos, quienes la descubrieron al pelear entre ellos. Su magia era tan opuesta y similar al mismo tiempo que acabaron neutralizándose. Posteriormente, Risoo se la enseñaría vagamente a Xiao.

A Xiao no le hacía gracia ninguna tener que dejar el futuro del mundo en manos de los zopencos con los que trabajaba, aunque claro, eran mejores que “los señores”.

Mientras pensaba en eso, llegaron a la guarida en la que se encontraban escondidos Caos y Orden. En forma de pájaro era mucho más fácil pasar inadvertidos por las protecciones que usaban en ese lugar. Al estar lo suficientemente cerca de ellos, Xiao bajó de la rama en la que se había posado y se colocó cerca de Caos.

Jacob intuyó su plan fácilmente, por lo que comenzó a negar con su cabeza en advertencia hacia Xiao. Lentamente este comenzó a expandir su magia ahuyentando a Jacob, quien salió disparado fuera de la base para avisar a los hermanos de lo que estaba ocurriendo.

Esta magia poco a poco fue debilitando el poder que “los señores” tenían. Cuando Xiao pensó que era un buen momento, se transformó de vuelta en humano y lanzó un rayo al núcleo de magia que ellos tenían. Este se encontraba justo bajo las costillas derechas de cada Hibb, y los señores no eran una excepción.

Caos empezó a desaparecer en lo que podrían haber sido motas de polvo. Al ver a su compañero en ese estado, Orden trató de lanzarle un ataque lleno de magia hasta que notó que no contaba con ella. Xiao, decidido a dar su vida por honrar a su amiga, salvar al mundo y dejar libre de toda atadura a Jacob, lanzó otro rayo en la misma dirección, no teniendo tanta suerte en este intento. Falló su disparo y Orden fue a por él. Lo que esta no sabía es que llevaba semanas preparando un bote lleno de esa magia acumulada que podría usar en caso de fallar, justo como ahora. Así fue cómo logró

que desapareciesen, pero que se llevasen con ellos toda luz en sus ojos.

Al cabo de unos minutos, algunos lacayos de Caos entraron en su carpa viendo solo dos montañas de polvo junto al cuerpo de vida de un chico de quince años. No pasó mucho tiempo antes de que los hermanos y Jacob llegaran al lugar y que lo destruyesen, prendiendo fuego especialmente a la carpa, donde decidieron cremar el cuerpo de su héroe.

Años más tarde, en el centro de la capital, lugar donde se encontraba el antiguo castillo de Caos y Orden, que actualmente es un congreso socialista en el que se decide una justicia para todo aquel ser que habita el planeta, se podía ver una estatua de Xiao, Risoo, Callum, Ajax y Jacob, unos al lado de otros, haciendo alguna pose característica de cada uno. Ellos fueron nombrados salvadores y justicieros del pueblo.

En la placa de oro bajo la estatua se podía leer “No hay sacrificio más justo que el que está hecho por uno mismo y, a veces, uno mismo es la familia. La familia no es más que a quien escogemos para que nos acompañe en el camino de la vida.”

Esto fue dicho por Jacob quien, tras perder a su único amor, Xiao, decidió cumplir el sueño que alguna vez tuvo: salvar a niños y enseñarles el verdadero significado de la magia, hacer realidad los sueños más fantásticos de cada uno.

Fin.

EL MISTERIO EN EL THE BROOKLYN'S HOTEL

Eran las siete y veinte de la tarde, una bala sonó atravesando el cuerpo de una persona en el hall del hotel. Eso fue lo que los huéspedes escucharon una tarde tranquila de enero de 1999.

Días antes...

El señor Mr. Robert y la señora Mrs. Black, un espléndido matrimonio, inauguraron su nuevo hotel llamado The Brooklyn's Hotel. Los primeros huéspedes que asistieron a la inauguración fueron los siguientes:

- Mr. Sterbet: un respetuoso caballero de Washington, sin cabello y con bigote. Siempre llevaba consigo una maleta negra y una pipa. Era un señor de alrededor 50 años.
- Mrs. Rose: una dama joven, con cabello largo, claro y ondulado. Vestía de un vestido largo gris y unos pendientes de diamante. Tenía alrededor de 25 años.
- Mr. Robinson: era un caballero mayor, de alrededor 60 años, tímido, siempre llevaba con él un sombrero negro, chaqueta negra y una pipa siempre en la boca.

- Mrs. Rehat: una hermosa señorita de 39 años, cabello liso y castaño, con media melena. Vestía con una blusa blanca, y una falda larga rosa.

- Mr. Gregg: caballero extrovertido de 45 años, con bigote elegante y melena corta. Llevaba un sombrero de fieltro y una bufanda marrón. Este señor no fumaba, ni bebía.

El día de la inauguración el señor Mr. Sterbet fue a pasear al jardín del hotel, el cual poseía una maravillosa vegetación. Notó que alguien le seguía, pero no le dio importancia. Al día siguiente todo parecía ir bien, pero todo cambió a las siete y veinte de la tarde. Se escuchó un solo disparo. Los residentes preocupados se asomaron al hall del hotel y vieron un cuerpo tirado ensangrentado al lado de unas pisadas llenas de sangre. El cuerpo tirado correspondía al del señor Mr. Sterbet. Mientras tanto, los investigadores llegaron al lugar de los hechos. Solo observaron sangre y pisadas. Tuvieron la certeza de que el asesino utilizó una pistola.

Comenzaron a interrogar a los huéspedes y trabajadores del hotel. La primera interrogada fue la señora Mrs. Rose. Ella dijo que a esa hora estaba paseando a su gatita, su vestimenta era normal, solo que en la suela del zapato tenía manchas de barro y podría haber estado en el jardín por la tarde.

Después interrogaron a Mr. Robinson. Él afirmó que estaba en ese momento en el restaurante bebiendo un té. Llevaba una maleta un poco sospechosa, pero nada más.

A continuación, siguieron interrogando y fue el turno de la señora Mrs. Rehat. Ella confirmó a los investigadores que había estado realizando un tour por la ciudad.

Luego interrogaron a Mr. Gregg. En el momento del crimen se estaba duchando. Esta declaración extrañó a los investigadores ya que lo habían visto en el hotel muy arreglado con intención de dar una vuelta por la ciudad.

A continuación, buscaron posibles motivos que podrán haber tenido los huéspedes para asesinar al señor Mr. Sterbet:

- Con el señor Mr. Gregg tuvo una discusión, ya que el señor Mr. Sterbet tenía deudas de años anteriores.
- Con la señora Mrs. Rose no se hablaban desde el primer momento, pero eso no significa que no hubiera hecho nada.
- Con el señor Mr. Robinson se llevaba mal desde el primer momento. El señor Mr. Sterbet le robó unos cuantos de dólares en una apuesta que tuvieron.
- Con la señora Mrs. Rehat tuvo un encontronazo por una copa de vino que le manchó su vestido caro. La señora Mrs. Rehat se enfureció bastante con esta acción.

Los investigadores no tenían pistas suficientes para resolver el crimen, hasta que uno de los recepcionistas dijo que vio a un hombre con abrigo negro salir del hall del hotel a las siete y veinte de la tarde, con una maleta negra y un sombrero de fieltro, muy parecido al del señor Mr. Gregg.

Entonces, teniendo en cuenta el dato anterior, llegaron a las siguientes conclusiones:

- Las señoras Mrs. Rose y Mrs. Rehat no tienen abrigos negros, tampoco estaban en ese momento en el hotel porque la señora Mrs. Rehat estaba en un tour de la ciudad y la señora Mrs. Rose estaba paseando a su gatita, pero fuera del hotel. Además, no llevan ni tienen una maleta negra y ningún sombrero de fieltro.

- Los señores Mr. Robinson y Mr. Gregg tienen muchas cosas en común de las que tenía el sospechoso: el señor Mr. Robinson tiene abrigo negro y tiene una maleta negra, pero, según él, ese día estaba en el restaurante bebiendo un té; el señor Mr. Gregg tiene un sombrero de fieltro muy parecido al del sospechoso y ese día estaba demasiado cerca del hall del hotel...

Todo apuntaba a que el señor Mr. Gregg y el señor Mr. Robinson eran los principales sospechosos. Uno de los investigadores quiso ver las cámaras para ver si las imágenes podrían aportar alguna prueba más.

Los investigadores vieron a la señora Mrs. Black, la dueña del hotel, dándole una pistola a Mr. Gregg, y al lado Mr. Robinson dándole su maleta negra y su abrigo negro. El señor Mr. Gregg se dirigía a su habitación a coger su sombrero de fieltro y más tarde salió y se dirigió al hall. Más tarde, se reunieron los tres en el bar y celebraron la muerte de Mr. Sterbet.

Una vez que los investigadores sabían quiénes participaron en el asesinato, intentaron buscar la causa de la muerte de Mr. Sterbet. Lo mejor que hicieron fue interrogar a Mrs. Black y eso fue lo que pasó:


Lo odié desde el primer momento, me debía dinero, era una persona sin escrúpulos. Iba por la vida pisoteando a todo el mundo. Los otros dos huéspedes se unieron a mi plan al ver el odio que le tenía. Yo iba a ser el cabecilla, Mr. Gregg el asesino y Mr. Robinson el buscador del arma y así lo hicimos.

Tras la declaración de Mrs. Black, al día siguiente, arrestaron a Mr. Gregg que fue condenado a veinte años por asesinato y a Mr. Robinson, con una pena de 12 años por cómplice. Mrs. Black, por ser el cabecilla del grupo, tuvo una pena de 25 años.

Hoy se cumplen 22 años del asesinato del señor Mr. Sterbet.

25-01-1999, Londres.

NUESTRA HISTORIA

na noche en las fiestas patronales de Peñafiel, Valladolid, se conocieron Sebastiana y Salvador. Los abuelos de Alejandro y Aurora.

Todo comenzó entre los días 14 y 18 de agosto, en la época del año donde se celebraban las fiestas patronales de Peñafiel. Salvador era nativo de Peñafiel y, como es habitual, participaba activamente en las fiestas de su pueblo. Por otro lado, Sebastiana viajó a Peñafiel para ver a su tía, ya que celebraba su cumpleaños por esa fecha. Para celebrarlo, decidieron ir a ver al coro de Peñafiel, además de ver el grandioso cohete de apertura de las fiestas.

Salvador y Sebastiana tenían un amigo en común, Antonio el pescador, este fue el que los presentó. Al conocerse, en una de las noches de fiesta en Peñafiel, Salvador le confesó su amor a Sebastiana y le contó que, desde el primer momento en el que la vio, se enamoró de ella. Le dijo que amaba sus ojos verdes color esmeralda y su cabello rizado y oscuro como el café. Sebastiana se sintió muy halagada y aceptó la propuesta de noviazgo de Salvador.

Diez años más tarde se celebró la boda de la pareja y, al poco tiempo, nació la primera hija, Teresa, la tía mayor de Alejandro y Aurora.

Esta pequeña familia llevaba una vida estupenda, hasta que Sebastiana anunció que se había vuelto a quedar embarazada. En aquel segundo parto, hubo varias complicaciones. Pero a pesar de eso, todo salió bien. Ese bebé se llamaba Margarita y era la mamá de Aurora y Alejandro.

La bonita pareja de Sebastiana y Salvador, junto a sus dos hermosas hijas Teresa y Margarita, pasaron una infancia maravillosa, nunca les faltó de nada gracias al empleo como maestra de su madre y al de albañil de su padre.

Varios años después, cuando Margarita ya era toda una adolescente de 19 años, conoció a Pedro de 21 años. Ellos solo se conocían de vista, ya que no vivían muy cerca el uno del otro. En su juventud coincidieron en el mismo grupo de amigos, comenzaron a hablar, se dieron cuenta de que tenían muchas cosas en común, y a hacerse más que amigos. . .

Este pequeño romance parecido al de una película americana, tuvo el desenlace que todos esperábamos. Pero en este caso, Margarita rompió los estereotipos, fue ella la que le hizo la petición de noviazgo a Pedro. Pedro también le confesó su amor a Margarita. A partir de ese momento empezaron a salir.

Una noche, 10 años después, Pedro y Margarita se encontraban en un restaurante de Valladolid, uno de los

mejores valorados de allí. Estaban teniendo una cena tranquila, hablando de temas como su juventud, recordando momentos juntos. Y, de repente, Pedro se levantó de su asiento, se arrodilló ante Margarita y le pidió matrimonio. En ese momento Margarita no se lo esperaba, quedó estupefacta.

Pasaron pocos años después de la boda y Margarita se quedó embarazada de su primer bebé. Este bebé era una niña, y se llamaba Aurora. Una chica dulce, extrovertida y responsable.

Todos juntos pasaron la infancia de Aurora muy feliz, hasta que un día su mamá le dio una fantástica noticia, iba a tener un hermanito. A los nueve meses de esa maravillosa noticia, nació Alejandro, un chico magnífico, cariñoso y trabajador.

Esta familia vivía muy feliz, pero trece días después del séptimo cumpleaños de Alejandro, ocurrió la tragedia.

Aurora y Alejandro estaban merendando en la casa de sus abuelos sobre las siete y veinte, la tarde estaba tranquila. Acto seguido, Sebastiana, la abuela de los niños, recibió una llamada anónima. La persona que se encontraba al otro lado del teléfono preguntó por los familiares de Margarita y Pedro. Seguidamente, Sebastiana escuchó la peor noticia de su vida. La muerte de su hija Margarita y de Pedro.

Sebastiana cayó al suelo destrozada, rompió en un horrible llanto de lágrimas puras de dolor. Salvador acudió inmediatamente al escuchar el llanto de su mujer y preguntó

qué había sucedido. Sebastiana contó lo sucedido a su marido y posteriormente a sus nietos. Los niños se echaron a llorar en las rodillas de sus abuelos, quienes también estaban destrozados, al oír que sus padres habían muerto de un accidente de tráfico.

De inmediato salieron todos en la búsqueda del lugar donde ocurrió el accidente.

Días más tarde del entierro de la pareja, la policía informó a la familia de lo sucedido. Todo fue por culpa de una imprudencia al volante por parte de una familia alemana.

Tras el entierro de la pareja, todo el mundo se formulaba la siguiente pregunta: ¿quién se iba a quedar con la custodia de los niños?

Los abuelos, al principio pensaron en Teresa, la tía mayor de los niños, pero luego recordaron que ella ya tenía cuatro hijos y le sería imposible encargarse de dos más. Luego pensaron en la familia de Pedro, pero él era hijo único y sus padres fallecieron ya hace varios años. Así que no tuvieron otro remedio, ellos se quedaron con la custodia de los niños.

Los niños pasaron una infancia feliz, pero con un vacío interno que nunca podría llenarse.

Los abuelos, de un día para otro, tenían a su cargo a dos menores de edad y, aunque hubiesen tenido experiencia anteriormente, seguían siendo dos personas mayores a cargo de dos niños con el sueldo justo para ellos.

La abuela Sebastiana, desde que su hija Margarita ya no estaba con ella sentía un vacío interno, algo que no podía llenarse con nada material ni sentimental, era como una herida que nunca cicatrizaba y nunca lo haría.

El abuelo Salvador también echaba muchísimo de menos a mamá y papá. Él recuerda todavía los días de pesca con papá y los días de comprar regalos para la abuela que pasaba con mamá. Él nos decía a mi hermano y a mí que somos la viva imagen de nuestros padres, pero como dice él, modernizada.

Por otro lado, mi hermano Alejandro de vez en cuando necesitaba evadirse un poco de todo para poder reflexionar sobre su vida o simplemente porque necesitaba estar solo y pensar en sus cosas. Incluso hay veces que me hace alguna que otra visita en casa y me cuenta todo, absolutamente todo lo que le pasa en su día a día, el cómo se siente. . . Esos momentos juntos charlando, son mis favoritos, son momentos de hermana mayor y hermano pequeño, son “nuestros momentos de hermanos”.

También, yo siempre intento hacer sonreír a mi abuelo como lo hacía antes, como lo hacía cuando mi abuela aún vivía.

Cuando nos independizamos, mis abuelos se quedaron viviendo solos. Al poco después de irnos de casa, a la abuela Sebastiana le diagnosticaron cáncer de mama. Cuando a mi

abuela le dieron la noticia, ella sabía que se iba a marchar, debido a su edad y a los problemas que provoca en algunos casos el hacerse mayor.

A día de hoy, yo, Aurora, tengo tres maravillosos hijos y un marido estupendo y los cinco vivimos en una gran casa en el centro de Palencia, una provincia que se encuentra muy cerca de Valladolid, para así poder ir a visitar a mi abuelo.

Mi hermano, por otro lado, vive feliz junto a su nueva pareja, un hombre muy amable y simpático que conoció en uno de sus viajes a Burgos. Los dos juntos viven en una pequeña casa a las afueras de Valladolid, pero cerca de Burgos, junto a dos perros encantadores. La verdad es que me alegro mucho de que mi hermano sea feliz y sea quien siempre ha querido ser.

Y, por último, mi querido abuelo Salvador, un hombre en el que siempre he podido confiar y siempre me ha cuidado muchísimo. Mi abuelo se quedó viudo después de casi sesenta años casado con el amor de su vida, se vio solo, todo el día en casa, viviendo en donde estaban todavía los recuerdos que tuvo con mi abuela. Estuvo así varios meses, hasta que ya no aguantó más y se marchó a las afueras de Valladolid, cerca de donde vive mi hermano y se construyó una pequeña granja escuela de animales. Así ya no estaría tan solo y podría hacer feliz a muchos niños, como ha hecho siempre.

Actualmente, todos estamos muy felices, sanos e independientes, aunque todos los fines de semana mi hermano

y yo hacemos una pequeña escapada con la familia hacia la nueva casa de nuestro abuelo.

FIN. Atte.: Aurora.

BORRADOR

DOS POLOS OPUESTOS



fue en ese momento cuando presentí que el mundo giraba alrededor de nosotros. . .

Me llamo Laura, soy alta, castaña y de ojos verdes. Tengo quince años, voy al instituto más famoso de Córdoba. Casi han acabado las vacaciones de verano, aún no sé en qué clase estaré, espero que me toque con Emma. Ella es mi mejor amiga, tiene mi edad y su novio se llama Hugo.

Hoy por fin, después de tres meses de vacaciones, ha empezado el instituto. Al entrar en mi clase me llevé un gran disgusto, no conocía a nadie, no estoy con Emma. La maestra nos dijo que nos presentásemos. Había un chico que se llamaba Carlos, es el chico más popular del instituto, alto, rubio, delgado, tiene los ojos marrones casi negros. Su novia se llama Nuria, ella es muy popular también. Yo no me junto con gente así. Durante la clase me ha dado la sensación de que Carlos me estaba mirando más de lo normal, será porque nunca me ha visto. A la salida, una compañera se me acercó y me preguntó que si sabía dónde estaba Emma, yo le comenté que era la chica alta, delgada, rubia y de ojos azules, que estaba con aquel chico alto, delgado, de ojos marrones y castaño. Ella

habló con Emma. Después de un rato Emma vino y me contó que conocía a mucha gente de su clase.

- ¡Qué suerte! yo no conozco a nadie –le dije.
- Tranquila, ya harás amigos -me contestó.
- Eso espero – le respondí.

Una semana después ya conocía a bastante gente. Durante una clase, Carlos me preguntó la hora y si le prestaba algún material. La verdad es que lo juzgué mal, es un buen chico, me está empezando a caer bien. A la salida, Carlos me preguntó si me llevaba a casa en su bici, yo me sorprendí y dudé, casi no nos conocíamos y le consulté a Emma, ella me aconsejó que le dijera que sí. Le hice caso y él me llevó a mi casa, cuando me bajé de su bicicleta, me dio un beso en la mejilla, yo me quedé sin palabras, simplemente me fui sin decirle nada. Al entrar en casa me asomé por la ventana y vi que estaba sonriendo.

Al día siguiente, al entrar en clase vi que Carlos me guiñó un ojo, me puse muy colorada y miré hacia otro lado intentando disimularlo. Nuria que lo había visto todo se acercó a mí y me susurró:

- Espérame a la salida para hablar de esto, a ver si eres tan valiente como dicen.

No me quería meter en peleas, Carlos es el que se acercaba a mí, pero estaba empezando a sentir algo por él. A la salida Nuria me encontró y me dijo:

- Como te vea otra vez con mi novio te vas a meter en un lío – me advirtió.

Yo no le contesté y la ignoré, creo que no fue la mejor opción, pues me persiguió y me pegó. Yo se lo devolví, cuando estaba a punto de volver a pegarme Carlos la separó de mí.

- ¡Eh Nuria! - le gritó.

- ¿Qué te crees qué estás haciendo? - le preguntó. Ella no contestó. - No vuelvas a hablarme, hasta aquí hemos llegado – le aclaró. Ella con las lágrimas por las mejillas, le contestó:

- ¡Pues muy bien, vete con esa niña, no me mereces! - le gritó mientras se estaba marchando de allí.

Carlos me agarró y me llevó a un sitio muy especial para él, un puente encima de un río. Nos sentamos en el puente. Carlos empezó a contarme la historia de su relación con Nuria. Empezaron muy felices siendo novios, pero que con el tiempo ella empezó a engañarlo y aunque le dio una segunda oportunidad. Ella volvió a engañarlo y por eso se empezó a fijar en mí. Carlos me dijo una frase que me llamó bastante la atención:

- Somos dos polos opuestos y por eso nos atraemos.

Yo le di un abrazo como señal de que lo entendí. Miré el reloj, eran las siete y veinte de la tarde. Miré a Carlos, entonces ocurrió, nos dimos nuestro primer beso.

Ya había pasado un año desde que Carlos y yo nos hicimos novios. Habíamos decidido que cada día que hiciéramos un año más de novios nos regalaríamos algo, una cosa que nos gustara y que recordásemos siempre. Yo le regalé un viaje para los dos a Francia, ese viaje ya lo teníamos pensado desde hacía algún tiempo. Carlos me dijo que quería darme su regalo en una ocasión especial.

El día antes de irnos a Francia fuimos a visitar a mi madre y a mi padre. Ya tenía ganas de presentarles a mi novio. Comimos en la casa de mis padres, pero a ellos no pareció gustarles mucho Carlos. A mí me daba igual, yo lo quería, él me trataba bien y eso es lo único que importaba.

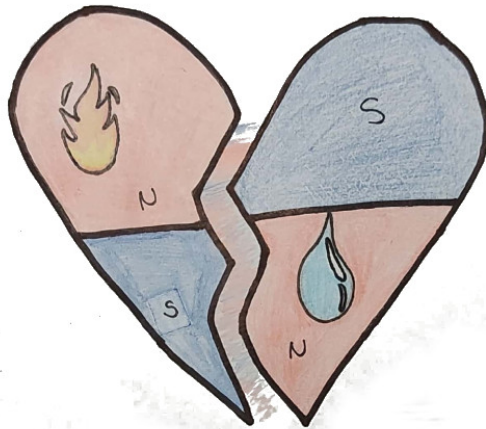
Al día siguiente fuimos a Francia, pasamos el día en París, conociendo esa bonita ciudad, por la noche fuimos a comer en un restaurante muy famoso. Cuando acabamos de cenar fuimos a ver la Torre Eiffel, que era lo único que nos faltaba por ver. Al llegar, Carlos me dio su regalo, era un hermoso collar que decía “dos polos opuestos”, entonces recordé nuestro primer beso y lo abracé.

Un año después del viaje, nos seguíamos haciendo regalos, estábamos muy enamorados y esperábamos que siguiéramos así mucho tiempo.

Ya han pasado cinco años desde que empezamos siendo novios, pero terminamos. Todo fue un plan para arruinarme. Carlos y Nuria montaron un teatro, Nuria engañó a mi mejor amiga, le contó mentiras sobre ella que supuestamente era yo la que las había dicho. Emma se ha separado de mí. El

primer beso que nos dimos Carlos y yo fue otro teatro, igual que el viaje y todos esos cumplidos que me decía. Me dijo que me reuniese con él en un sitio para dejarme y él volver con Nuria. Todo estaba planeado y salió a la perfección. Me han arruinado, he perdido a mi mejor amiga y a mi supuesto novio. Me siento muy sola.

Después de dos años de la traición me hice amiga de una chica que se llama Julia. Es muy buena persona, gracias a ella he salido de mi tristeza y me ha hecho ver la vida de otra manera. Además he conocido a un chico que se llama Alejandro, él es mi mejor amigo y también me ha ayudado a ver la vida de otra manera. Estoy muy feliz, pero aún no confío en tener un novio, no quiero que vuelva a pasar lo que me pasó otra vez.



Paula Moreno Carrabeo 1º Bachillerato A

NIEBLA

Eran las siete y veinte de la mañana y la niebla me impedía ver más allá de los próximos dos metros. No podía evitar pensar en todas las leyendas que se contaban sobre aquella espesa niebla y cada vez me entraban más ganas de adentrarme en ella.

Aquel día decidí sumergirme en ella para poder comprobar si las leyendas eran realmente ciertas o se trataba solo de un bulo urbano.

Algo me impulsó a cerrar los ojos y, acto seguido, a dejarme llevar por una dulce voz. Era cautivadora, de esas que te erizan los vellos con solo afinar. No logré distinguir bien la letra de esa gloriosa y serena melodía, pero pude asegurar que no era nada dentro de lo normal. Tras una confusa y preciosa ruta, un destello me hizo despertar de esa música que me tenía en cautividad. No podía creer lo que mis ojos veían, ¡era el templo de Hécate! Todos los cuentos que leía en mi niñez sobre él podrían ser ciertos.

Hécate era la diosa de las nieblas, la peculiar diosa de las tres cabezas. Su pelo, largo y oscuro, le rozaba las caderas; su piel era pálida y su apariencia débil. Sin embargo, era la más

poderosa de todas las diosas. Su voz fue la que me había traído hasta aquí por una compleja razón: devolverle los tesoros a la princesa Luna.

Abrió la niebla con sus manos e hizo de ella un pasillo para que las dos pudiésemos entrar a ese magnífico templo.

Una vez dentro, solo podía admirar la belleza de ese inmenso lugar. Había criaturas que no eran de este mundo, que ocultaban ahí su existencia al mundo que conocemos. Si esto saliera a la luz, los pondría en un serio peligro. Seguí a Hécate por un pasillo que parecía no terminar nunca hasta que se detuvo ante un portón de cristal y sacó de debajo de su siniestro vestido una especie de llave de madera que lo abrió.

Dentro estaba el mítico cofre de plata con las joyas de la princesa Luna y el príncipe Sol, las cuales simbolizaban el amor puro e imposible. Estos tesoros tenían una emotiva leyenda detrás que narraba cómo el príncipe Sol y la princesa Luna se enamoraron perdidamente el uno del otro, pero no podían estar juntos ya que cuando uno dormía, el otro debía estar despierto. Harto de esta situación, el príncipe le regaló a la princesa un anillo de plata, para que cuando se uniese con el anillo de oro del príncipe se formase un eclipse y pudiesen estar juntos por un día. Pero cuando el rey Luna y el rey Sol se percataron de la situación, les arrebataron sus preciados anillos y los tiraron hacia el vacío para que eso no volviese a suceder. La princesa Luna mandó a la diosa Hécate a buscar los anillos. Así ella, en su templo, los custodiaría hasta que llegase la persona idónea para devolvérselos a los enamorados, quienes para entonces ya serían rey y reina.

Estaba realmente confundida, ya que no entendía por qué era yo la persona indicada para esa compleja misión.

Extrañada y un poco aturdida desperté en mi casa, llevaba un singular bolso con detalles en plata, donde se encontraba un pequeño joyero con ambos anillos y un papel con un nombre. Lo guardé todo debajo de la cama y me dispuse a descansar para comenzar pronto mi búsqueda.

Al día siguiente, me desperté aún aturdida y miré debajo de la cama para comprobar que todo esto no había sido más que un simple sueño. Tomé el bolso y saqué un papel que había dentro donde se podía leer el nombre “*chaménos gios*”, “hijo perdido” en griego. Impulsada por la curiosidad, me dispuse a ir a la biblioteca del pueblo a buscar libros sobre ello. Encontré algo que me dejó muy sorprendida. El libro que hablaba sobre la familia de la princesa Luna tenía un árbol genealógico en el que la última parte de su descendencia estaba arrancada. Saqué algunos libros más relacionados y partí hacia la casa de mi abuela, ya que la conocían por sabia, para ver si sabía algo acerca de esto. Para mi sorpresa, me confesó que realmente yo era esa descendencia desaparecida, arrastrada hacia el reino mortal como castigo a causa de la princesa Luna, por desobedecer las reglas y enamorarse del príncipe Sol. Perpleja, fui a casa a procesar toda la profunda información que había recabado.

Miré hacia un lado de mi habitación y me fijé en la pequeña manta que tenía desde bebé, adornada con bordados dorados y plateados en forma de sol y luna. Al igual que los anillos, también tenía una palabra bordada, “*Sempiterno*”,

que significa “algo que no tendrá fin”, así como el amor que el príncipe y la princesa se tenían. Recordé que en un parque del pueblo próximo había un árbol tan inmenso que parecía no tener fin. La curiosidad, nuevamente, me llevó a aquel árbol, ya que parecía demasiada coincidencia. También existían leyendas relacionadas con la princesa y el príncipe en este árbol.

Tras un prolongado rato mirando el árbol vi dos distinguidas grabaciones que se me hicieron familiares; eran justo los símbolos que poseían los anillos. Quise probar a encajar las joyas para ver qué sucedía y ocurrió lo esperado. Un particular camino se abrió ante mí, tenía ante mis ojos el legendario reino de la Luna y me convertí en la primera persona en descubrirlo.

La cadena que llevaba conmigo desde niña inesperadamente flotó ante mis ojos guiándome hacia una determinada dirección.

Me llevó hasta el palacio de la princesa Luna, ahora reina. Era algo verdaderamente impresionante, prácticamente inefable para mí. Pasé sigilosamente al interior y la vi, era la preciosa e histórica princesa Luna, mi verdadera madre, Selene. Su pelo era de un color oscuro pero brillante, tenía un aspecto sereno y un vestido muy elegante y voluminoso. Sus ojos eran grises, con un brillo singular que los hacía especiales.

Me recibió con mucho encanto, por alguna extraña razón me sentía en casa después de mucho tiempo. Me dio un cálido abrazo de bienvenida y le cedí los anillos que Hécate

me dio semanas antes. Me llevó hasta una gran habitación con cuadros distintivos sobre estrellas, constelaciones y más cuestiones del mundo de la astronomía. Colocó su anillo de plata en una mesa elegante y me contó que el príncipe Sol, incitado por la tristeza de no poder verla nunca más, se escapó de su palacio buscando los anillos y nadie sabía dónde estaba. Acto seguido me pidió que, junto a sus soldados, me embarcase en su búsqueda para anunciarle que ya podría ver de nuevo a su enamorada. Accedí encantada y me implicué en una nueva aventura, la búsqueda del príncipe Sol, mi padre.

Sofía Mendoza Albert 1º F

BLACK HAT

Dicen que los protagonistas de la historia siempre deben ser los buenos, pero yo nunca fui de cumplir las reglas. En esta historia conoceréis la vida del asesino más buscado del mundo. Me llamo Jacob, aunque también me conocen como Black Hat.

Como no tengo mucho dinero para pagar a escritores más buenos, me las he tenido que apañar con Sofía, aunque no hace mucho la verdad. . .

Bueno, sigamos. ¡Sofía!, ¿qué se supone que hay que contar ahora?

-Pues, no sé, cuenta cómo fue tu infancia y después vamos a lo mejor, ¿vale?

-Vale. . . pues vayámonos a cuando tenía seis años.

Mis padres me abandonaron. Me pasaban de mano en mano, como si fuese un juguete. La verdad, era un rompecorazones. No me gustaba mucho el amor, hasta que la conocí. Era alta, de pelo castaño, con los ojos verdes y, sobre todo, era rebelde. Se llamaba Chloe.

Estuve saliendo con ella mucho tiempo. En mi cumpleaños me regaló un sombrero de copa. Ella sabía que me gustaba vestir elegante. El sombrero tenía bordado unas palabras que decían: “que nada ni nadie te detenga”.

En ese momento era feliz, no tenía preocupaciones, pero aquella noche tuve un mal presentimiento... hasta que...

¡Chloe cuidado! - dije.

Se oyó un horrible sonido de ruedas frenando.

No podía crérmelo, mi cuerpo estaba lleno de sangre, sujetaba en brazos a Chloe mientras que escuchaba el sonido de ambulancias, pero ya era demasiado tarde, Chloe estaba muerta.

Los años que siguieron iba de un trabajo a otro. No me fue mal, incluso saqué mis estudios de Ciencias y Matemáticas. Aunque ya tenía una nueva vida, nunca olvidé el accidente, ni a Chloe, ni las palabras que Chloe había bordado en el sombrero, así que juré vengarla. Pensaréis que esa persona fue a la cárcel ¿verdad?, pues no. El conductor no se dejó ver en ningún momento, salió a toda velocidad justo después del accidente, se fue tan rápido que nadie pudo verle la cara.

Los vecinos y yo fuimos los únicos espectadores. Nadie se quedó con la matrícula, ni hicieron fotos ni vídeos. Pero no creeréis que se iba a quedar la cosa así, ¿verdad? No, por amor todo se hace.

Había leído muchas teorías sobre cómo se podría viajar por el cerebro. Así que después de tres años construyendo una máquina que hacía que las células del cerebro, sobre todo las que contienen los recuerdos, se unieran y resolviendo la expresión matemática

$$12 + y \times 2719 \div 793576$$

averigüé la solución para que los tejidos de la parte superior del cerebro...

-Eh, eh, tranquilízate que algunos de aquí no pueden entender esto.

-Bueno, Sofía, ¿y cómo lo explico?

-Por favor, Jacob, entiende que no todos son tan inteligentes como yo, un poco de consideración por el resto.

-Vale.

Conseguí construir la máquina que reúne los recuerdos de alguien en un solo casco, al conectarlo a un ordenador se puede ver el recuerdo. Lo detuve justo cuando salió la cara del culpable y me apunté la matrícula.

Conté a la policía todo. Les recordé que hubo un accidente hace diez años y les expliqué lo del casco, que llamé Bright Helmet.

-Espera, espera, ¿no me dijiste que lo llamaste Little Helmet?

-No, Sofía, eso es casco pequeño, ¡aprende inglés!

-Pero Bright Helmet es casco iluminado, Jacob, ¿qué pasa? ¿Se te iluminó la cara al darte cuenta de que aquel hombre era tu padre?

- ¡Sofía! Todavía no lo había contado, pero sigamos con la historia, ¿te parece bien Remember Helmet? Significa casco del recuerdo.

- Sí, sí, llámalo como tú quieras.

-Bueno, sigamos.

Sé que ese hombre era mi padre que, por cierto, se llamaba James, pero me abandonó. Para mí era un desconocido.

La policía no me hizo caso, no creyeron nada de lo que les conté, así que me tomé la justicia por mi mano. Diseñé un traje, obviamente incluyendo el sombrero que me regaló mi amada, y el 30 de junio de 2005, a las siete y veinte de la mañana, justo diez años después del accidente, empezó mi vida como asesino.

Averigüé su dirección hackeando el ordenador principal de la policía. Después de pasar varios días vigilándolo conseguí colarme en su casa. Silenciosamente, sujeté un arma que compré a un delincuente y, mientras dormía, me colé en su armario. Rápidamente se despertó, abrí la puerta y me vio. Me reconoció bastante rápido, ni se inmutó, solo me dijo:

-Me sorprende verte aquí.

-No creí que me reconocerías tan rápido. ¿Qué sabes de mi madre?

-Lo último que oí de ella fue que se suicidó, de esto hará unos cinco años - dijo.

No me sorprendió, la recuerdo siempre triste y deprimida.

- ¿Sabes por qué estoy aquí? - pregunté.

-No, pero lo imagino. No pensaba que te volvería a ver después de más de veinte años - contestó.

- ¿Veinte años? No hace tanto tiempo del accidente, James.

- ¿Qué accidente?

- ¿Ni siquiera te acuerdas de que mataste a una chica? En ese accidente mataste a Chloe, mi novia - le aclaré. - Desde entonces he estado siguiéndote el rastro, pero al fin te encontré y llegó tu momento. Buenas noches papá.

Y antes de que pudiese responder, sonó una bala en la silenciosa noche.

Después de eso no dejé pruebas y escapé. Seguí cometiendo crímenes por mi cuenta. Pero ahora era diferente, no tenía un motivo en concreto. Me puedes llamar loco, no me importa.

Desde aquella noche me conocían como Black Hat o Sombrero Negro. Hace unos meses Sofía vino arrodillándose y ahora trabaja para mí... o bueno, lo contrario.

- ¿Puedes bajar el volumen? No me dejas terminar de grabar el vídeo de Tiktok. Por cierto, tráeme un Cola Cao, por favor.

- Solo nos queda Nesquik.

- ¡¿CÓMO?!

- Bueno, déjame terminar la historia de una vez.

El motivo por el que ha escrito Sofía esto, es para que veamos el punto de vista de otras personas porque los malos pueden parecer más buenos cuando sabes su historia.

LOS DIAMANTES

María era una chica rebelde, siempre contradecía a sus padres. Ella tenía diecisiete años cuando conoció a Rafael, un joven encantador, aunque demasiado encantador con las chicas. Se conocieron en primavera, a las siete y veinte, uno de esos días en que no hacía tanto calor, pero se podían sentir los rayos del sol atravesando la piel. Ellos pertenecían al mismo grupo de amigos, pero decidieron ser novios.

En el pueblo ocurrió una desgracia para la familia de Ana, una de las mejores amigas de María. Y es que Ana había desaparecido. La policía trataba de encontrarla, pero pasaban los días y no había ni rastro de ella.

El padre de Ana se dedicaba a traficar con diamantes y órganos, pero él ya hacía un mes que había muerto. Amenazaron a Ana, aunque ella no sabía nada de la doble vida que llevaba su padre. Un cuatro de junio ella apareció. Se notaba que había cambiado, ya que en su mirada se podía ver como un vacío y que algo le atemorizaba. María y Rafael querían saber qué le había pasado a su amiga que ya ni siquiera les decía un “hola” en los pasillos del instituto.

Decidieron ir a su casa, hablaron con ella y les contó que unos hombres se la habían llevado a una cabaña donde la habían tenido atada mientras que la golpeaban, buscando unos diamantes que su padre antes de morir había dejado en una caja con un compartimento secreto. Según esos hombres que la secuestraron, solo ella sabía dónde estaban, y la habían soltado con la condición de que les entregaría la caja con los diamantes, sin involucrar a la policía. Solo tenía una semana para encontrar la caja, así que María y Rafael decidieron ayudarla.

Registraron la casa de Ana por todas partes, pero no había ni una pista, así que siguieron buscando hasta que encontraron una llave que no pertenecía a ninguna de las puertas ni habitaciones de su casa. En la llave estaba grabado el número quinientos doce. Esa llave era la de un piso que había alquilado su padre hacía un año y medio. Ese piso era bastante caro para una familia como la de Ana, que tenían lo justo para vivir, sin que les faltase nada importante.

Ana buscó en aquel piso y no encontró nada, hasta que vio que el sofá estaba roto por una parte. Entonces decidió romper el sofá en busca de alguna pista. Ahí estaban los diamantes, en una caja pequeña, junto con una carta de su padre donde le decía que esos diamantes y el dinero que tenía en una cuenta bancaria eran de contrabando.

Ana recibió una llamada de recordatorio diciéndole que le quedaban setenta y dos horas para entregar los diamantes. Decidió entregárselos y acabar con esa pesadilla, ya que ella no necesitaba esos diamantes.

Fue al banco y vio el dinero que le había dejado. Era una grandísima cantidad de dinero y decidió darles una parte a sus dos amigos. Le dio a cada uno cinco millones de dólares y les agradeció a los dos su ayuda. Después de aquello, Rafael y María decidieron hacer sus vidas por separado, ya que querían dejar atrás aquel suceso tan extraño de los diamantes y estar en un lugar tranquilo.

Después de cinco años se reencontraron en el mismo pueblo y decidieron darse una oportunidad. Tuvieron cuatro hijas, las dos pequeñas empezaron muy rápido a “volar” y, al tener tanta libertad, no supieron cómo utilizarla en su favor y se estrellaron porque eran muy irresponsables. En cambio, las dos mayores eran más responsables y a ellas les tocó vivir las órdenes de sus padres. Nunca hubo la igualdad que debería haber habido, sino que había una desigualdad enorme. A las hijas mayores, Ruth y Mariela, les tocó lo más duro; en cambio, a las pequeñas siempre les dejaban hacer de todo, les daban alas.

Y cuento esta historia porque yo soy hija de Mariela y tengo dos hermanos pequeños: Miguel Ángel y Luis. Ahora tengo veintisiete años, veo aquellas fotos con mis abuelos y recuerdo muy buenos momentos. Sé que durante el tiempo que estén conmigo los adoraré y, si algún día me faltan, sé que me cuidarán desde el cielo.